MALVINAS

UN SENTIMIENTO

MOHAMED ALI SEINELDIN

ARCHIVO
NSRARG



Mohamed Alí Seineldín

MALVINAS
un sentimiento

Editorial Sudamericana

MALVINAS

un sentimiento

Del 2 de abril al 14 de junio de 1982, los argentinos vivimos momentos cruciales de nuestra historia: primero la recuperación de las Islas Malvinas, en poder de Inglaterra durante los últimos 150 años, luego la guerra que enfrentó a ambos países, finalmente el revés de la contienda.

El entonces teniente coronel Seineldín narra en *Malvinas, un sentimiento* sus experiencias como jefe del Regimiento 25 de Infantería: desde la organización junto al general Daher de la operación "Virgen del Rosario" —a la cual dio el nombre—, el desembarco y la posterior toma de la casa del gobernador, hasta el fin de la batalla el 14 de junio. El autor relata con gran realismo sus vivencias en las misiones que le fueron asignadas, en particular la defensa de Puerto Argentino, única vía de contacto con el continente.

Al leer su testimonio nadie puede dejar de conmoverse por las acciones heroicas que allí se realizaron. Hombres como el teniente Estévez, el cabo Castro y el soldado Carrascul ascendieron a la merecida categoría de Héroes de la Patria.

Por el papel protagónico del teniente coronel Seineldín y por la fidelidad histórica de su relato, *Malvinas, un sentimiento* se convierte en un documento valioso para la comprensión del pasado reciente y su proyección en el presente y el futuro de nuestro país.

Testimonios de la historia argentina

Mohamed Alí Seineldín nació en Entre Ríos, Argentina, en 1933. Muy joven se convierte al catolicismo e ingresa al Colegio Militar de la Nación. La graduación de su carrera militar culmina en 1983 cuando es ascendido a coronel.
En 1982 encabeza el operativo "Virgen del Rosario", de recuperación de las Islas Malvinas. En *Malvinas, un sentimiento*, su primer libro, brinda testimonio como jefe del Regimiento 25 de Infantería en las islas.

MALVINAS

UN SENTIMIENTO



Diseño de tapa: María L. de Chimondeguy/Isabel Rodrigué

MOHAMED ALÍ SEINELDÍN

MALVINAS

UN SENTIMIENTO

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.

Humberto I° 531, Buenos Aires.

ISBN 950-07-1572-4

Dedico este libro a mi nieto Agustín, integrante de la nueva generación de argentinos

PRÓLOGO

Cuando el Coronel me llamó por teléfono desde su prisión de Campo de Mayo y con su vozarrón firme y cariñoso me pidió que prologara *Malvinas, un sentimiento*, surgió en mí algo así como un miedo extraño.

Miedo a no saber corresponder con suficiente altura esa solicitud que es para mí un verdadero y gran honor.

Miedo a que mis impresiones, recuerdos y sentimientos sobre Malvinas difirieran de los del autor, perjudicando así el propósito del libro.

Miedo de enfrentar a los lectores que, al no haber profundizado el hecho más importante de la historia argentina del siglo, no elevaran su espíritu a ese nivel, yo diría sobrenatural, por el cual se perciben las acciones de los hombres como mandatos divinos.

Miedo, en fin, de reabrir una herida, nunca cerrada, que mostraría mi corazón herido...

Sin embargo, sin titubear, dije ¡sí!

Seguramente el miedo no es mi fuerte.

Leyendo *Malvinas, un sentimiento* se pierden todos los miedos.

Cuando un soldado vive una guerra, deja de serlo para convertirse en un testimonio, vivo o muerto, de aquellos hechos cuya transmisión es tan difícil, tan dura, tan compleja como el haberlos protagonizado.

La Guerra de las Malvinas tan discutida, tan amada, tan vapuleada, tan elevada, tan cruel, tan santa, tan triste, tan dulce, es el exponente histórico más acabado de cómo la justicia de la causa puede transformar a los

hombres. Hacer de casi niños, verdaderos varones. De cobardes, valientes, y de valientes, héroes y de héroes, mártires. Cómo la justicia de la causa basta para asombrar al mundo, para mover flotas invencibles, para suscitar odios y venganzas, para descubrir traidores.

Malvinas, un sentimiento es el relato descarnado ofrecido por uno de los principales protagonistas de la gesta. Con su lectura queda el sabor amargo de la derrota producida por aquellos otros que no supieron convertirla en victoria; del dolor que no dejaron fructificar en honor; del valor que al no ser reconocido hundieron en la mediocridad, en el olvido, cuando no en la cárcel.

Pero también nos deja la certidumbre de que la guerra no fue buscada, de que la incomprensión, la soberbia, la tozudez del enemigo nos arrastraron a ella; de que la Argentina la necesitaba para redescubrirse en esta heroica gesta, continuación de la hazaña sanmartiniana; de que solamente por la sangre, como en el Gólgota, se redimen los pueblos y de que el haber participado en la recuperación de las islas es lo más sublime que un soldado pueda pedir a la vida.

De aquí en más, sean cuales fueren los derroteros que sigan las negociaciones, los tratados, los acuerdos, las componendas, nada podrá opacar ese sentimiento que es Malvinas y que por sobre discrepancias, calumnias, mentiras, espera su Pascua de Resurrección.

Para ello la Santísima Virgen del Rosario los cobijó con su manto, los Rosarios protegieron los pechos varoniles, la Eucaristía alimentó los cuerpos y las almas, el Cielo y la Tierra y el Mar vibraron con el Canto Glorioso de los que la amaron: "Oh, Señor seas tú mi juez, puesto que yo he procedido según mi inocencia, esperando en el Señor, no vacilaré" (Salmo 25).

MARÍA DELICIA REARTE DE GIACHINO

PROEMIO

Es mi intención relatar mi experiencia personal durante la Gesta de Malvinas y exponer mis sentimientos sobre la Causa Malvinas. Estos dos términos definen acciones y emociones; actos humanos y profesionales y el superior sentido de la Recuperación del Honor Nacional con la restitución del territorio usurpado.

Sobre los hechos, que he tratado de relatar con la mayor fidelidad, hasta donde me permitió mi memoria, doy fe absoluta; sobre mis Sentimientos, los cuales pueden no ser compartidos, ratifico sus contenidos plenamente.

Es posible que no todos los que desembarcaron en Malvinas supieran, desde su corazón, por qué lo hacían. De allí surgen algunas actitudes disímiles respecto de las razones y de la intensidad del compromiso. También, el grado de dolor ante la derrota y la renovada esperanza de que la lucha continúa.

Entendí que debía este testimonio a los muertos por la Patria de todos los tiempos y, particularmente, a los que quedaron en las Islas, como centinelas eternos a la espera de los relevos, para que con su llegada puedan, finalmente, descansar en paz, con la plena satisfacción del deber cumplido.

Deseo, fervientemente, que este testimonio llegue a las manos y al corazón de los jóvenes argentinos; para que conozcan la historia y se sientan impulsados a interpretarla, para sentirla circular por sus venas.

EPISODIO 1

"VIEJO, ¿PARA CUÁNDO EL LIBRO SOBRE MALVINAS?"

—Desde hace dieciséis años te escucho relatar anécdotas y episodios sobre la Gesta de Malvinas, y no veo que tengas intenciones de volcarlas en un libro; viejo, ¿para cuándo el libro sobre Malvinas?

—Hijo, ya lo sabes, en muchas oportunidades te expresé que me resisto a escribir. Tengo mis razones, la primera es que no soy escritor ni pretendí intentarlo; la segunda es que me resulta muy difícil procurar volcar en un escrito un sentimiento tan profundo y maravilloso, como considero a la Gesta, realmente; la tercera es que, dentro de mí, existe algo así como una resistencia a desenterrar un tesoro tan sagrado; temo no saber transmitir la verdad en su plenitud, especialmente a los jóvenes. La manifestación de un sueño hecho realidad, el que compartí con mis queridos Oficiales, Suboficiales y Soldados del Regimiento 25 de Infantería, durante el año 1982. Y la cuarta razón es que, a pesar de mi situación de prisión, no dispongo del tiempo necesario para hacerlo, fundamentalmente, por la correspondencia que debo atender diariamente y la atención de las personas que se acercan a visitarme.

—Viejo, me vas a disculpar, pero creo que ninguna de esas razones es valedera para que no escribas el libro. Para ayudarte en esta tarea, que imperiosamente debes iniciar, te sugiero la metodología a seguir, la que, sin dudas, te facilitará el trabajo; consiste en que te impon-

gas la obligación de escribir, una vez por semana, en una extensión que no sobrepase una carilla, sobre un episodio que hayas vivido. ¿Te parece mucho? ¿Te parece que no está a tu alcance?.

Debo aceptar que su planteo, claro y firme, y el que se me formulaba por primera vez, me sorprendió; quedé perplejo; sólo intenté dar respuestas formales y alguna excusa para tratar de eludir el más difícil de mis compromisos: documentar la única etapa "metafísica" del siglo, en la que participé en su totalidad, por gracia de Dios.

De todas maneras, la energía con que se expresó me conmovió; no me quedó otra alternativa que la de iniciar el trabajo, tantas veces deseado y tantas postergado.

—Marianito, me comprometo, hoy 23 de abril de 1998, a iniciar el libro y entregarte semanalmente un Capítulo, para que lo leas y me ayudes a transmitir el mensaje trascendente que conlleva la Gesta por Malvinas; considero que debe ser dirigido, especialmente, a los jóvenes, quienes son los depositarios naturales de los Grandes Ideales de la Patria.

—Papá, me quedo tranquilo, sé que cumplirás.

—Si te parece, su nombre será: "Malvinas, un sentimiento"; es el nombre que eligió tu Madre el mismo día en que regresé de la Guerra.

—Es un trato.

impecable formación, la Señora Emma me tomó de la mano y me condujo hacia el despacho de ese Señor que nos inspiraba tanto respeto. Durante el trayecto muchas cosas circularon por mi mente: "¿Qué hice? ¿Será algo malo, llorar? ¿Habrá sido una debilidad de mi parte? ¿Habré ofendido a alguien? ¿Qué dirán mis Padres cuando llegue a casa?" Y ¡cuántas cosas más!

Cuando estuve en presencia del señor Soraides, creí que estaba al pie de una enorme montaña; sentí una gran presión, una mezcla de temor y de inquietud. De repente, escuché la voz de la Señora Emma.

—Señor Director, mientras se cantaba la "Marcha de Malvinas", a este niño se le cubrió el rostro con lágrimas.

Al tiempo que ese "hombre grande" me miraba fijamente y, atemorizado, esperaba una reprimenda, escuché su voz enérgica, pero suave a la vez:

—¡Bien, cuando una persona llora en un acto patriótico es porque tiene muchos y buenos sentimientos en su corazón! ¡Te felicito! ¡Sigue así!

No podía creer lo que había vivido, sentía una gran alegría; pedí a mi hermana Katef —quien cursaba el Segundo Grado y era la responsable de esperarme y llevarme a casa— que apresuráramos el regreso, para llegar lo antes posible y contarles a nuestros padres lo sucedido.

Tanto mi padre, Don Mahmoud Mohamed Seineldín, como mi madre, Doña Emelí Melhem Hamade, eran de origen Libanés y de religión Drusa; pero, en términos generales, y a pesar del poco tiempo de su permanencia en la República Argentina, se habían asimilado a las costumbres Religiosas y Patrióticas de la Nación. Entre ambos había una diferencia de cuarenta años. Mi Padre vivió su juventud bajo la dominación de los Turcos; en cambio, mi Madre vivió su adolescencia cuando la región estuvo dominada por Francia.

—¡Hoy me felicitó mi Maestra y, después, el Director... por Malvinas! ¿Por qué a las Islas Malvinas las tienen los ingleses? ¿Por qué no las entregan a la Argentina?

Éstas pudieron haber sido algunas de las tantas preguntas que les hice a mis padres, para que me contaran más cosas sobre el tema. A pesar de que desconocían los detalles del caso, se esmeraron por darme las mejores explicaciones, en su imperfecto castellano, basándose en sus propias experiencias de dominaciones extranjeras arbitrarias.

—Hijo —solía decir mi padre—, existen países grandes que se apoderan de los chicos, con fines de dominación y de explotación. Por esa causa, también nosotros debimos pelear contra los Turcos; fue grande el sacrificio para obtener nuestra Independencia.

—Los hombres deben tener su brazo fuerte para defender a su Patria —agregaba mi madre.

Era habitual que, luego de este tipo de reflexiones, siguieran los relatos de acciones heroicas llevadas a cabo por parientes y amigos; relatos memorables, cuyos detalles aún guardo celosamente.

El tema "Malvinas" se había instalado en mi mente y en mi corazón; la fantasía infantil me ubicaba como protagonista de la recuperación de las Islas.

Creo que este episodio fue el que marcó a fuego mi vocación Patriótica y Militar, y definió mi Sentimiento por las Islas Malvinas.

EPISODIO 3

"¡LES SACAREMOS LAS ISLAS POR LA FUERZA DE LA RAZÓN, O POR LA RAZÓN DE LA FUERZA!"

Habíamos finalizado las actividades de rutina en la "Acción Católica Argentina". Luego de despedirme de nuestro asesor, el Presbítero Pablo Isidoro Martínez —mi primer Pastor—, de mi Catequista, el Señor Pedro Rivero, de mis compañeros de lucha: Roberto O'Connor, Carlos Decopett —a quienes les debo mi aceptación de la Fe de Cristo—, y demás amigos, tomé el camino habitual a mi casa. Fue al pasar por la Plaza, ubicada frente a la Parroquia San Antonio, que observé a un grupo de jóvenes, en un número no mayor de cincuenta, que escuchaban a un orador de su misma edad; éste, desde un atril, agitaba sus brazos mientras decía enérgicamente: "¡Les sacaremos las Islas por la fuerza de la razón, o por la razón de la fuerza!". Corría el año 1948.

Disminuí el ritmo de mi andar para tratar de escuchar algo. ¡Estaban hablando de Malvinas! Me detuve y me acerqué al grupo.

El orador era delgado, de cabello negro y tez morena, usaba un traje color marrón; estimé que era mayor que yo. Con fervor patriótico expresaba su rechazo respecto de la situación de las Islas, y, seguramente, habría mencionado lo inadmisible de su "status" jurídico.

Cada palabra que pronunciaba me conmovía el corazón; todo mi ser se estremeció por la fuerza de esa vocación. Fui incorporándome al grupo, trataba de que percibieran mi presencia y de demostrarles que yo era "uno de ellos";

pero, por mi edad, no me tomaban en cuenta, todos estaban seducidos por la intensidad de la proclama.

Finalizado el acto se dispersaron en varias direcciones. Caminé junto a algunos de ellos durante un trecho, sin atreverme a preguntarles de dónde eran, quizás acomplejado porque nadie me dirigió la mirada. Sorpresivamente, todo el sector quedó sumido en el silencio provinciano y habitual de la hora.

"¡Cuánto me agradaría integrarme a este grupo de muchachos, para luchar por la recuperación de las Islas Malvinas!", pensé mientras caminaba hacia mi casa, recordando la experiencia reciente: estaba conmovido.

Este sorpresivo episodio había desempolvado mi sentimiento y mi fervor por las Islas.

Tiempo después, en días previos al festejo de un 25 de Mayo, mientras me desplazaba por la Plaza San Martín, observé que un grupo de personas, las que me resultaban familiares, se encontraba frente al Monumento del Prócer realizando algunos arreglos. Entre ellos descubrí al "orador"; en esta oportunidad dirigía a sus compañeros, quienes trabajaban tenazmente acomodando piedras al pie de la estatua del General San Martín; trataban de simbolizar el cruce de los Andes. No me pude contener.

—Señor, quisiera plegarme a ustedes para luchar por la recuperación de las Islas Malvinas. Lo escuché hace un tiempo en un discurso.

—Mirá, gurí, eres muy chico; cuando seas mayor, como nosotros, podrás hacerlo —mi cara de frustración debió haberlo conmovido; inmediatamente, y con una sonrisa, dijo:

—Pero podrías empezar con algo, trae esas piedras a este lugar.

Trabajé duramente, me sentí importante; sin dudas intenté hacer los méritos suficientes para lograr mi lugar dentro de este grupo de patriotas.

Ésa fue la última vez que los vi. Jamás supe sus nombres. Héroes anónimos de la dura lucha por la Patria, que sin quererlo nos dan el ejemplo de civilidad auténtica.

EPISODIO 4

"¡JAMÁS ABANDONE SUS IDEALES!"

Un mes antes de su fallecimiento, recibí la última carta de quien fuera mi Rector en el Colegio Nacional Alejandro Carbó, de la Ciudad de Concordia, el Profesor Don Bernardo Narvaiz. Entre otros consejos, me expresaba: "¡Jamás abandone sus ideales!"

Recuerdo su figura, un estado físico impecable, y su caballerosidad; estos aspectos lo destacaban. Creo que siempre estuvo presente; no recuerdo que haya estado ausente algún día de clase, era su costumbre recibir y despedir a los alumnos. Siempre me impresionó su mirada, la asemejaba a la de un soldado. El tratamiento de los temas patrióticos era habitual en él. Su tarea y su conducta fueron la "síntesis del maestro ideal": instructor y educador para la Patria.

Toda vez que visitaba mi hogar paterno, asumí como una obligación hacerle una visita a mi querido Rector, el Profesor Narvaiz. Él, que había sido una de las personalidades más destacadas de la ciudad cuando ejercía el rectorado, luego de su jubilación vivía modestamente; esto me hizo reflexionar sobre la "dignidad" de los "hombres de bien".

—Señor Rector —le dije durante una de las visitas—, a usted siempre lo admiré por su testimonio de vida, sus procederes y sus características particulares; hasta llegué a presentir en usted una definida vocación militar.

—No, Seineldín, yo siempre tuve vocación por la do-

cencia; quizás haya influido en mí la personalidad y la trayectoria del General Don Manuel Belgrano, personalidad que siempre me atrajo. Usted sabe que Belgrano fue un ciudadano civil, abogado de profesión, pero, cuando debió comandar en las batallas, lo hizo con la misma naturalidad con la que resolvía sus problemas de gobierno o profesionales. Además, aportó importantes triunfos a la Causa de la Patria; bueno, así eran nuestros prohombres. No existían diferencias entre civiles y militares, como las hay hoy. Y terminaban sus funciones más pobres que cuando asumieron. Le recuerdo que pagó sus consultas médicas con la entrega de su reloj; no tenía dinero.

Con estas pocas palabras, las que aún conservo en mi corazón, me reveló el secreto de su personalidad; y al mismo tiempo me dio una de las mejores clases que he recibido. Hasta el final de su vida, a través de sus cartas, continuó siendo mi rector y mi maestro; llegaron a mí su dignidad y el mejor consejo.

EPISODIO 5

"LE GUSTARÁ"

En los viejos Regimientos, allá por 1958, se vivía una expectativa especial hacia fin de un año y principio del otro, por las novedades que se referían: a las calificaciones, los cambios de destino —dentro o fuera de la Unidad—, la asignación de nuevas funciones; y, particularmente, por los temas asignados a cada oficial, para el desarrollo de las clases propias de la "Instrucción para Oficiales". Estas clases se impartían en forma semanal, con mucha severidad y celo profesional. Para estas tareas, por la importancia que se les asignaba, se estilaba que el mismo Jefe del Regimiento anunciara, personalmente a cada oficial designado, el tema que debía desarrollar en la clase. En 1958, el Jefe del Regimiento de Infantería 4 era el Señor Teniente Coronel Don Enzo Renato Garuti.

Hacía poco tiempo que yo había egresado del Colegio Militar de la Nación, donde tuve muchos y buenos maestros; entre ellos destaco especialmente al entonces Teniente Primero Don Enrique Scarnati Almada, un modelo de soldado Sanmartiniano, como el maestro militar que conformó mi personalidad de soldado. Al llegar al Regimiento, en la ciudad de Monte Caseros, Provincia de Corrientes, no sentí el cambio de estado —de cadete a oficial—, en razón de la llamativa similitud de las condiciones de mando de ambos: eran muy exigentes, muy humanos y siempre dando el ejemplo personal. Modalidad que adopté para toda mi vida.

—Subteniente Seineldín, le asigné para el año entrante una conferencia que le gustará: Pasado, presente y futuro de las Islas Malvinas.

Instintivamente, por la sorpresa, hice un gesto que motivó la expresiva mirada del Jefe.

—Subteniente, si no está en condiciones, puedo asignarle otro tema más técnico y acorde a su grado.

—¡Mi Teniente Coronel, usted me privilegia con este tema! Es el origen de un sentimiento que llevo en el corazón desde muy pequeño, muchas gracias.

Saludé y me retiré con la formalidad militar; esos movimientos los hice con tanta energía, dado mi entusiasmo por el resultado de la entrevista, que provocó que el Teniente Coronel Garuti, con humor, me dijera:

—Me parece bien que esté contento, pero por favor no desarme mi despacho.

A pesar de que esa clase se dictaría el año entrante, de inmediato concurrí a mi habitación y comencé a reunir todos los datos necesarios para su preparación.

Siete meses después cumplí la tan esperada tarea. Fue algo así como un "día de fiesta". Estaba pleno de alegría y con la sensación de que, ese día, aunque fuera por tres horas, estuve, espiritualmente, recuperando las Islas Malvinas.

El Teniente Coronel Garuti, el Segundo Jefe Mayor Fernández, el Oficial de Operaciones Mayor Machi y mi primer Jefe de Compañía, el Capitán Don Carlos Alberto Frione, presenciaron todo el desarrollo. Finalmente, y después de una exhaustiva crítica (metodología propia de la actividad educativa militar, definida como "acción de juzgar para enseñar"), pero con una permanente exaltación del tema, recibí felicitaciones de mis Jefes. A ellos, a quienes hoy recuerdo con gratitud y afecto, les debo mi confirmación definitiva como Oficial del Ejército Argentino.

Mientras retiraba de la Sala de Conferencias todos los elementos utilizados en la tarea, y con la satisfacción del "deber cumplido", reflexioné profundamente sobre la clase impartida, los saludos de mis camaradas, sobre

aquellos recuerdos de los episodios de mi infancia y del anhelo de que, algún día, yo pudiera participar en su recuperación definitiva.

EPISODIO 6

"MI CORONEL, CREO QUE SE ESTÁ GESTANDO UN NUEVO GOLPE DE ESTADO"

—Señores Jefes, los he convocado para poner en conocimiento de ustedes algunos aspectos relacionados con la difícil situación que vive la Nación. Dirigentes guerrilleros han usurpado lugares destacados en el gobierno de la Señora Isabel Martínez de Perón; las muertes de empresarios, sindicalistas, militares y de civiles de todas las edades, en manos de la guerrilla, se suceden a diario; el País ha entrado en cesación de pagos...

Así comenzó diciendo el Director de la Escuela de Infantería durante 1975, Coronel Osvaldo García, ante los Jefes pertenecientes a ese Instituto; entre los cuales me encontraba.

—El Comandante en Jefe del Ejército, General Numa Laplane, no actúa en la medida de sus responsabilidades y atribuciones... —continuó, permitiendo vislumbrar la gravedad de la situación que se vivía, y la impresión de que se producirían acontecimientos de importancia.

Mientras el Coronel García continuaba hablando, en el tono pausado que lo caracterizaba, comencé a recordar situaciones similares que me tuvieron como protagonista: las instancias de los acontecimientos de 1955, siendo cadete; y, en 1966 y 1969, siendo Oficial Subalterno. Recordé sus primeros momentos, pleno de euforia y deseos de contribuir al bien de la Nación; pero, lamentablemente, finalizamos con el grave deterioro de las Instituciones Armadas, especialmente, el de mi que-

rido Ejército Argentino. De esas dolorosas experiencias surgió mi compromiso de oponerme, cuando dispusiera de un grado militar Superior, a todo intento de forzar la participación del Ejército en acciones tendientes a ocupar las funciones de gobierno de la República.

—¿Alguien tiene alguna pregunta que formular? —dijo, finalmente, el Coronel.

—Mi coronel, creo que se está gestando un nuevo Golpe de Estado —expresé con todas mis energías y sin vacilar, fiel a mi promesa. Había llegado al grado de Mayor y ya disponía de la mínima capacidad de decisión que me otorgaba la jerarquía.

Presentí las miradas de todos los Jefes Superiores sobre mi persona, sorprendidos, quizás, por mi actitud de manifiesta confrontación, cuando se me conocía por haber hecho gala de una estricta disciplina, respeto y subordinación, en todas mis actitudes. En estas difíciles circunstancias, la fuerza de mi promesa superó mis formalidades.

—Mayor Seineldín, le puedo asegurar que se trata de un problema Institucional, referido exclusivamente al desempeño del Comandante en Jefe del Ejército, pero jamás afectará el Orden Constitucional —respondió en un tono más enérgico.

—Mi Coronel, el paso que usted menciona será el primero, pero no tenga dudas de que el próximo será el Golpe de Estado, el establecimiento de un Gobierno Militar y, finalmente, tal como siempre ocurrió, su fracaso, con el riesgo de la destrucción definitiva del Ejército —le contesté, con firmeza, pero con el tono de respeto que le debía por su prestigio, honestidad y hombría de bien.

—¡Mayor Seineldín, le reitero, descarte el Golpe de Estado! —Ahora, su voz expresaba mayor firmeza, e insinuaba dar por finalizado el tema.

—Mi Coronel, le informo que no adhiero a las medidas que se están adoptando; apoyo al Gobierno Constitucional y a sus decisiones, para aniquilar al Terrorismo y resolver los problemas políticos —concluí. No hubo más preguntas y se dio por finalizada la reunión.

Este episodio constituyó la única protesta formal contra los proyectos golpistas; el incidente se divulgó por toda la Fuerza, con los agregados difamatorios hacia mi persona. Había quedado comprometido mi futuro profesional; las intervenciones del Señor General Don Cesáreo Cardozo (quien falleció, poco después, como consecuencia de un atentado terrorista en su propio domicilio, ejecutado por una amiga de la familia) y del propio Coronel García atemperaron la situación; pero fui trasladado a otro destino militar.

EPISODIO 7

"¡USTED ESTÁ LOCO!"

—Mi Coronel, creo que deberíamos iniciar la preparación de la "Hipótesis de Conflicto probable" por las Islas Malvinas —le manifesté a mi Superior Jerárquico, una mañana de 1979, cuando prestaba servicios en la Jefatura de Operaciones del Estado Mayor General del Ejército.

—Seineldín, ¿usted lo dice en serio? —fue la respuesta del Coronel Villanueva, con manifiesta sorpresa.

—Sí, mi Coronel, lo digo en serio —le respondí con seguridad. Y agregué—: La arbitraria actitud de Inglaterra genera tensiones que culminarán, indudablemente, en un conflicto de tipo militar.

Bajó la cabeza, la movió hacia los costados, en señal de desaprobación; me miró fijamente sin pronunciar palabra alguna. Seguramente, la propuesta le resultó tan absurda que parecía una broma; pero, conociendo de quién provenía, lo hizo dudar. Esta vez su respuesta no fue coherente con su prestigio:

—Seineldín, ¡usted está loco! ¿Cómo se le ocurre la posibilidad de prepararnos para enfrentar a una Potencia atómica? Lo que me propone no tiene asidero. Usted sabe que yo siempre le brindé un especial afecto, pero lo que me está proponiendo no condice con las cualidades que debe poseer un Oficial de Estado Mayor, que debe caracterizarse por su criterio y sentido común; su propuesta se aleja de estas cualidades.

—Mi Coronel, permítame expresarle que una situa-

ción similar a ésta me ocurrió en 1975. Había logrado reunir los datos suficientes que me indicaban que nos encontrábamos prontos a tener que participar en una guerra civil, la que sería dura y larga y caracterizada por la modalidad de la guerrilla y el terrorismo. Fue cuando informé sobre mis conclusiones a mis superiores; en esa oportunidad tampoco fui tomado en serio.

Entendí que no debía darme por vencido. En ese momento no supe precisar si mi urgencia por el tratamiento de este tema era una cuestión de responsabilidad de mi función o si se debía a que realmente presentía que un hecho militar futuro involucraría a nuestras Islas Malvinas. Retomé mis argumentos para tratar de lograr el interés de mi jefe:

—Mi Coronel, cuando me encontraba prestando servicios en la Escuela de Infantería, en 1975, durante la circunstancia que le mencioné, quien era mi Jefe entonces me respondió: *"Seineldín, los argentinos, por su idiosincrasia, no son proclives a la Guerra no Convencional; es así que todas las aventuras guerrilleras que se produjeron terminaron en fracasos. Ahora, en el caso de que suceda, serán resueltas directamente por las Fuerzas Policiales y, a lo sumo, por las Fuerzas de Seguridad, pero jamás por las Fuerzas Armadas"*.

El Coronel Villanueva me miraba sin responder; yo insistía, aunque no observaba gesto alguno que me indujera a pensar en un cambio en su posición respecto de preparar esa Hipótesis de Conflicto.

Finalmente, y quizás cansado por un tema que parecía una broma, pero que estaba siendo tratado con manifiesta seriedad, expresó:

—Bueno, vamos a trabajar, hoy tenemos muchas tareas —con estas palabras, una mirada agradable y una ligera sonrisa, fui invitado a retirarme.

Mientras caminaba hacia mi despacho, recordé que en la anterior situación, uno de los Jefes Superiores me dijo con sorna: "Seineldín, revise debajo de su cama, quizás encuentre guerrilleros".

EPISODIO 8

"TUCHY, ¡PREPARÁ LAS VALIJAS! ¡NOS VAMOS AL SUR!"

—Teniente Coronel Seineldín, le comunico que ha sido designado Jefe del Regimiento 25 de Infantería, se encuentra emplazado en la localidad de Sarmiento, en la Provincia de Chubut.

Recibí la noticia de parte del Coronel Villafañe. Por primera vez en mi carrera era destinado a una Unidad de la Patagonia.

Mi primera reacción fue la de llamar por teléfono a mi esposa, para darle la noticia: "Tuchy, ¡prepará las valijas! ¡Nos vamos al sur! A Sarmiento, cerca de Comodoro Rivadavia, tu pueblo natal".

Rápidamente, cambié de vestuario y, con toda celeridad, me dirigí a mi domicilio; debíamos planificar el traslado de la familia y, justamente, hacia un lugar alejado y hasta ese momento desconocido para mí.

—Está ubicado, exactamente, en el centro de la Patagonia; lejos de Buenos Aires. Además, te informo que es una zona con clima muy frío; la ciudad de Sarmiento es chica, con unos cinco mil habitantes; está ubicada a 120 kilómetros de la Ciudad de Comodoro Rivadavia. Es un oasis en medio del desierto, existen dos lagos majestuosos y la irriga el río Senguer —me dijo mi esposa, frente a mapas desplegados; la noté algo preocupada.

Permanecimos en silencio, absortos en la geografía del mapa; el destino nos imponía una nueva exigencia, profesional y familiar.

Al día siguiente llegué al Estado Mayor, más temprano que de costumbre.

—Sargento Primero Arroyo, busque toda la información que pueda sobre el Regimiento 25 de Infantería —fue mi primer requerimiento al suboficial encargado, un destacado soldado con quien había compartido uno de mis destinos más apreciados, la Unidad de Comandos 601; él había colaborado conmigo para su creación.

—Mi Teniente Coronel, lo hice antes de su llegada. Le informo que obtuve información de algunos suboficiales que estuvieron prestando servicios allí; además, conseguí este resumen sobre la historia del Regimiento.

Mientras me relataba anécdotas y referencias obtenidas, yo leía detenidamente el informe escrito; observé que en su historial no se registraban acciones heroicas, como las que honraban a la mayoría de los Regimientos del Ejército Argentino.

—Hasta este momento, desempeñé funciones en zonas de llanura. ¿Por qué me envían a una zona tan especial? No tuve destinos en la Patagonia, la conozco sólo de paso, o por publicaciones. ¿Cómo podré desempeñarme eficazmente en un sitio del que conozco poco? No encuentro lógica en esta designación. ¿Tendrá esto que ver con mi actitud de rechazo al Golpe de 1976? Y ¿es posible que este Regimiento, formado en el sacrificio del desierto patagónico, no tenga, además, su cuota de historial heroico?

Éstas fueron algunas de mis reflexiones; trataba de encontrar una explicación coherente a lo que suponía una designación extraña.

EPISODIO 9

"¡RUEGO A LA SANTA VIRGEN DEL ROSARIO, GENERALA DE LOS EJÉRCITOS!"

Observé el rostro emocionado de mi esposa cuando el avión aterrizaba en el Aeropuerto de Comodoro Rivadavia. No creí conveniente hacerle preguntas, pero imagino que recordaría su infancia, a su madre Doña Sara, integrante de una tradicional y antigua familia comodorense; a su padre, Don José Julián Labeau, un prestigioso y honesto caballero francés, afincado en el lugar por razones comerciales; su escuela; sus amigas; sus juegos y sus sueños. Por primera vez regresaba a su ciudad natal; comprendí que era un momento importante para ella. Preferí guardar silencio.

Al descender por la escalerilla del avión, el fuerte viento que golpeó mi cara me advirtió que había llegado a la misteriosa y desconocida, para mí, Patagonia. La primera impresión fue de agrado, tuve una sorpresiva sensación de serena alegría; me atrajeron las particularidades de su geografía, recorrí con la mirada el amplio e infinito paisaje.

—Permiso, mi Teniente Coronel, soy el Soldado González, responsable de trasladarlo hasta la ciudad de Sarmiento.

Recibí la invitación para abordar el vehículo; de inmediato le propuse al Señor Teniente Coronel Don Jorge Tocalino y a su Señora Miriam que nos acompañaran, pues debíamos hacer el mismo recorrido; él asumiría la Jefatura del Grupo de Artillería 9, con asiento en la misma Guarnición.

—¡Sarmiento! —dije con entusiasmo, después de más de una hora de viaje. Pudimos observar este oasis, surgido en medio de la maravillosa y atrayente inmensidad del desierto. Absortos, y en total silencio, miramos hacia el lugar señalado, como buscando descubrir lo que el destino nos tendría preparado. Volví a experimentar alegría.

A medida que el vehículo se aproximaba a gran velocidad, dejando una larga y densa estela de polvo, se divisaban con más detalles los edificios que integraban la estructura edilicia de los Cuarteles.

—Teniente Coronel Seineldín, sean ustedes bienvenidos. Dentro de dos horas realizaremos la formación de cambio de mando de la Unidad.

Con estas palabras nos recibió el Señor Teniente Coronel Martorell. Así se iniciaba la mejor etapa de mi vida. Las dos horas transcurrieron con rapidez, la ceremonia fue breve; de pronto me encontré frente al que sería mi Regimiento por el término de dos años.

Ese día 15 de diciembre de 1980 se presentaba apacible, soleado y apenas corría una leve brisa; inusual para el lugar, famoso por sus fuertes vientos. Ésta fue la principal causa por las cuales los primeros pobladores se dedicaron afanosamente a la plantación de distintas variedades de árboles.

—¡Soldados! Con mi corazón pleno de alegría asumo la Jefatura del Regimiento; Unidad que, a lo largo de muchos años, contribuyó con esfuerzos y sacrificios a sostener la defensa de la Patagonia Argentina y consolidar así la grandeza de la Patria. Al hacerme cargo, humildemente, ruego a la Santa Virgen del Rosario, Generala de los ejércitos, que me conceda la oportunidad de contribuir para darle una página de gloria a este Regimiento.

Así me expresé en la arenga de rigor, recordando la falta de un historial heroico, lo que ya consideraba injusto. A veces los sacrificios y rigores particulares se pierden en las referencias históricas formales; lo que prevalece en los registros históricos son las acciones de combate.

EPISODIO 10

"POR FAVOR, ¡BASTA DE PROBLEMAS! PONGAMOS MANOS A LA OBRA"

Las dos grandes Maniobras Militares, de 1979 y 1980, habían provocado un excesivo desgaste en los materiales y equipos; estas deficiencias no pudieron ser solucionadas oportunamente, en razón de la demora en recibirse los insumos necesarios para las actividades logísticas de mantenimiento. La ubicación geográfica de la Guarnición, tan alejada de las grandes ciudades, impedía la celeridad necesaria en algunas urgencias.

—Los vehículos de la Unidad no están en condiciones de cumplir ninguna misión. De los setenta vehículos, sólo funcionan dos —informó el Teniente Primero Julián Lamas, Jefe de la Compañía Servicios y Oficial Logístico del Regimiento, durante la primera reunión que mantuve con los Jefes Subalternos.

—El vestuario, especialmente el calzado, está en estado deficiente, y solamente contamos con un uniforme por hombre —agregó el Teniente Primero Néstor Montero, Jefe de la Compañía A.

—El sistema de comunicaciones aún no ha sido instalado —dijo el Teniente Primero Mermoz, Jefe de la Compañía B.

—Los Servicios de Guarnición, especialmente el funcionamiento del Barrio Militar, demanda mucho trabajo, especialmente de mantenimiento —dijo el Suboficial Mayor Peñalver, Encargado del Regimiento y de la Guarnición Militar.

El Segundo Jefe del Regimiento, Mayor Don Carlos Cáceres, cerró esta exposición de penurias afirmando que "además de tiempo y esfuerzos, hace falta mucho dinero". A su lado estaba el responsable de las Finanzas de la Unidad, el Teniente Primero Néstor Messina, quien asentía sobre esta opinión con semblante de preocupación.

Mientras se desarrollaba esta reunión sobre la situación real del Regimiento, se presentó el Capitán Banús, Ayudante del Regimiento.

—Mi Teniente Coronel, hemos recibido un radiograma, donde se nos comunica que dentro de dos días visitará la Unidad el Comandante del Cuerpo de Ejército V, General Villareal; inspeccionará la Unidad y desea observar las previsiones para la incorporación de la nueva Clase de Conscriptos. Además, debo darle la ingrata noticia del fallecimiento del Cabo Pérez, como consecuencia de un accidente fuera de los límites de la Guarnición.

—Señores oficiales, ¡basta de problemas! Pongamos manos a la obra —atiné a decir, en forma enérgica, pero sin demostrar nerviosismo. Me parecía que el estado anímico estaba afectando sus capacidades de reacción; los conocía perfectamente a todos, sabía de su calidad profesional. Demandaría sus esfuerzos lograr normalizar y poner al "25" en pie de guerra. No tuve nada más que decir.

Mientras me desplazaba para atender la situación del Suboficial fallecido, observé que todos los Oficiales continuaban conversando sin disolver la reunión. La orden impartida, sin mayor reflexión, había comenzado a dar sus resultados: se unían ante la adversidad.

Sabía que la "unidad espiritual" era primordial, sería lo único que nos permitiría "salir a flote". Para ello, y apenas quedaron resueltos los primeros problemas de rutina, convoqué al Capellán de la Unidad, el Padre Petitti, y al Padre Jorge Grasset, que se dedicaba a la dirección de retiros espirituales. Juntos planificamos una jornada de oración y silencio de tres días de duración, para Oficiales y Suboficiales. A continuación, recorrimos en vehículo

todos los lugares de la Guarnición Militar, oportunidad en la que los sacerdotes bendijeron las instalaciones. Se celebró la Santa Misa, y se puso a la Guarnición, formalmente, bajo la protección de la Virgen María.

Los meses posteriores se caracterizaron por el febril e intenso trabajo de todos los integrantes de la Unidad. Al mismo tiempo se profundizaba la instrucción a los soldados incorporados, no solamente en lo que hace a su preparación Militar, sino también Patriótica y Religiosa; esta última actividad estaba conducida por los Señores Subtenientes Heriberto Giandinoto, Horacio Calderón y Eduardo Dobal, y por el distinguido Sargento Pruyas, un hombre que había sido seminarista en su juventud.

En todas las direcciones se observaba a personas trabajando y en continua actividad. El "25", poco a poco, se recuperaba de sus heridas. Todos teníamos misiones, incluso yo, quien para dar el ejemplo tomé como responsabilidad la peor y más sucia de las tareas: el funcionamiento del sistema de cloacas, que estaba obturado totalmente. Esta tarea me ocasionó una seria infección, que me obligó a permanecer internado por varios días.

—Permiso, mi Teniente Coronel, deseo invitarlo para que presencie el desfile de los pocos vehículos que conseguimos hacer funcionar. La intención es alentar a todos los que han trabajado arduamente en estos dos largos meses —expresó el Señor Mayor Carlos María Vergara, Oficial de Operaciones, a quien conocía desde los tiempos en que fui su instructor en el Colegio Militar de la Nación.

Mientras se desplazaban los vehículos frente a mí, no pude contener mi emoción y desahogué en lágrimas la preocupación contenida, no pude disimular este sentimiento. Al finalizar el escuálido desfile, el Mayor Vergara entendió que yo había descubierto que a quien deseaba alentar era a mí, y no a mis subalternos. Sin decir palabra, abracé, a modo de reconocimiento, a cada uno de los conductores, sin secarme la humedad de las lágrimas y sin decir palabra. Este gesto natural, también

comprometió a mis subordinados, en unos pocos meses más alcanzamos un alto grado Espiritual y una significativa recuperación de lo Material.

Regresé a mi despacho haciendo un balance de la aún pequeña gestión: ¡Cuánto esfuerzo! ¡Cuánto queda por hacer! ¿Es posible que el Señor esté probando nuestras voluntades, para alguna Misión importante? De todas maneras, las cosas empezaban a solucionarse. Estábamos imponiendo nuestra voluntad a la adversidad, con un gran sacrificio.

EPISODIO 11

"TENIENTE CORONEL SEINELDÍN, QUIERO HABLAR CON USTED Y EL GENERAL DAHER, A SOLAS"

—Mi Teniente Coronel, recibí un radiograma que dice que el Señor General de División Don Osvaldo García ha sido designado Comandante del Cuerpo de Ejército V, en reemplazo del General Villareal —me informó mi Ayudante, el Señor Capitán Banús, una fría mañana de fin de diciembre, en 1981.

Traté de no demostrar inquietud por ese nombramiento, pero mi Ayudante, con un ligero gesto de sutil complicidad, me estaba demostrando que él conocía el episodio de la Escuela de Infantería, cuando el ahora general García era su Director. Cuando el capitán Banús se retiró, dejé mi escritorio y me senté en un sofá con la cabeza echada hacia atrás; estaba muy preocupado.

—¿Es posible que, justo ahora, cuando después de un año de duro trabajo, en el que logramos resolver cuantiosos problemas y poner el Regimiento en condiciones operacionales óptimas; después de haber estado bajo las órdenes de dos excelentes Comandantes, los Generales Villareal y Carlos María Filips, quienes me apoyaron mucho, se produzca este cambio, que no sé en qué puede terminar? Seguro que voy a tener problemas.

Le estaba dando a esa noticia una trascendencia exagerada; ya me imaginaba que tendría que dejar el Regimiento por disidencias con el futuro Comandante. Recordé cada una de las actividades llevadas a cabo durante el año, mi relación con los queridos vecinos de la

ciudad de Sarmiento: Don Casimiro Slapelis, Patriarca y primer aviador de la Patagonia, al Señor Hughes, al Señor Intendente Larreguy, y a tantos amigos.

—Mi Teniente Coronel, recibí otro radiograma que dice que dentro de dos semanas el nuevo Comandante de Cuerpo, General García, recorrerá la zona. Comenzará por el Regimiento 25 de Infantería —con este informe, mi Ayudante se asociaba a mis conjeturas.

Me retiré a mi domicilio, aun más preocupado.

—Permiso, mi General, Teniente Coronel Seineldín, le presento al Regimiento 25 de Infantería, formado, sin novedad.

—¿Cómo está Seineldín? —me respondió con afecto, mientras me extendía la mano. Quedé gratamente sorprendido, había imaginado alguna dureza en el trato. Desde el episodio en la Escuela de Infantería no había vuelto a verlo. De todas maneras, mi desconfianza, por lo que podría llegar a suceder, continuaba.

Lo acompañaba el nuevo Comandante de la Brigada IX, el General Don Américo Daher, persona con quien había compartido otros destinos militares, y a quien apreciaba por sus condiciones personales, profesionales y, fundamentalmente, por su culto a la amistad.

Al finalizar la recorrida a la Unidad, el Señor General García se dirigió a mí.

—Seineldín, quiero hablar con usted y con el General Daher, a solas.

Ya solos, el General García dijo: "Seineldín, empecé mi recorrida por esta Guarnición Militar, en razón de que antes de hacerme cargo del Cuerpo de Ejército, ya tenía conocimiento de la eximia preparación de las Unidades de esta Guarnición. De modo que me retiro muy satisfecho por lo visto. El 1 de febrero, usted y el General Daher, en el más absoluto de los secretos, concurrirán a la ciudad de Bahía Blanca para conversar sobre algunos temas. Es importante, reitero, mantener el secreto del desplazamiento del General Daher y el suyo. Encúbralo como un viaje de paseo".

En las cinco horas que duró la recorrida de inspección

del General García, mi pensamiento había dado un vuelco total. Si bien me dejaba inmensas dudas respecto al porqué de tantas indicaciones para mantener el secreto, estaba más tranquilo.

EPISODIO 12

"TENIENTE CORONEL SEINELDÍN, ¿JURA, POR SU HONOR DE SOLDADO, GUARDAR EL SECRETO QUE LE REVELARÉ?"

Hice el viaje a la ciudad de Bahía Blanca como un simple turista. En el Aeropuerto tomé un taxi y en pocos minutos estaba en el Comando del Cuerpo de Ejército V. Cambié mi ropa de civil por la de militar y de inmediato me dirigí hacia el despacho del General García. El General Daher ya se encontraba en el lugar, esperando mi llegada.

—¿Cómo le va, Seineldín? —El General García me saludó con afecto y me extendió su mano con franqueza. Se borraba, definitivamente, aquella imagen que yo guardaba desde los tiempos de la Escuela de Infantería. Posteriormente, abrazó al General Daher.

Sobre su escritorio había mapas desplegados; aunque tuve curiosidad, no intenté mirarlos. En un primer momento, pensé que se me impartiría alguna misión secreta, del tipo de Operaciones de Comandos, que era mi especialidad predilecta; aunque, también, podría tratarse de simples ejercitaciones o cursos. Pero lo que echaba por tierra esta ligera apreciación eran las estrictas medidas de seguridad que me habían ordenado que adoptara.

—Teniente Coronel Seineldín, ¿jura, por su honor de soldado, guardar el secreto que le revelaré?

—¡Sí, mi General, lo juro! —contesté de inmediato. Ya no tenía dudas de que se trataba de algo muy importante; algo que sobrepasaba todos los cálculos de mis reflexiones.

—He seleccionado a su Regimiento, el 25 de Infantería, para recuperar a nuestras Islas Malvinas —me dijo, con tono sereno y una leve sonrisa. Quedó esperando mi respuesta, como alguien que entrega un regalo muy esperado y se complace luego con la reacción del agasajado. El General Daher, que conocía de antemano la Operación, me miraba con atención; sin dudas, conocía todos sus detalles y mis sentimientos.

—No lo puedo creer, mi General, usted me asigna la más hermosa de las responsabilidades —le expresé con una gran emoción. Sentía que todo mi cuerpo se expresaba, desde la piel erizada, hasta mi corazón que latía más de lo normal. El Regimiento había sido seleccionado para integrar la Fuerza de Recuperación de nuestras Islas. Era un alto honor, que lo acercaría a las páginas de gloria que tanto anhelé cuando leí su historial.

—A partir de este momento, y en el más absoluto secreto, usted trabajará con su Comandante, el General Daher, quien ya dispone de todos los detalles para la planificación de las operaciones. Debo aclararle que esta Operación se caracterizará por un aspecto muy importante, el que deberá ser tenido en cuenta de forma indefectible: ¡no deberán producirse bajas en las fuerzas inglesas ni en la población civil de las Islas! Le repito, aunque nos las ocasionaran, se evitará producir bajas en el bando contrario. La intención del Alto Mando, con esta medida, es facilitar las acciones políticas posteriores. ¿Me entendió bien?

Con esta, poco usual, instrucción se dio por concluida la reunión. Las órdenes estaban impartidas con claridad.

Durante el viaje de regreso a la Guarnición Sarmiento, no podía contener la emoción. Estaba realmente eufórico. Recordé todos esos episodios de mi niñez donde las Malvinas estaban presentes; con mis maestras, Emma de Cava y Celeste de Salcedo; con mis Padres; las vivencias infantiles y juveniles en Concepción del Uruguay, mi pueblo de nacimiento, y en Concordia, mi pueblo de adopción, con mis amigos. Busqué en mi memoria todos

aquellos momentos en que mi imaginación infantil me tuvo como principal protagonista de la recuperación de las amadas Islas Malvinas. Ahora, esos sueños se tornaban realidad; tenía sobradas razones para sentirme feliz.

—Madre del Cielo, te doy gracias por permitir que este pobre servidor haya recibido una bendición tan grande. Ayúdame a cumplirla para el Señor, tu Santísimo Nombre, la Grandeza de la Patria y la Felicidad de mis hermanos argentinos.

EPISODIO 13

"TUCHY, ES CONVENIENTE QUE VIAJES A BUENOS AIRES"

El "año militar 1982" se inició con la incorporación de los nuevos soldados conscriptos; con estos ciudadanos de dieciocho años deberíamos recuperar nuestras Islas Malvinas. En su mayoría eran hombres de la Provincia de Córdoba, y muy pocos los oriundos de la propia zona, en razón de la baja densidad de población en la Patagonia.

Como era mi costumbre, durante el período de instrucción en el terreno me instalé en el propio vivac de la agrupación de Instrucción. En ese mismo período debía trabajar en la planificación de la operación de recuperación, junto al General Daher. Por estas dos razones, consideré urgente adoptar algunas medidas en el orden familiar.

—Tuchy, es conveniente que viajes a Buenos Aires; es necesario que verifiques la actividad escolar de los chicos. Además, las tareas de instrucción de los soldados me llevarán a instalarme en el campo con ellos, durante un mes.

De esta forma podría abocarme con el General a trabajar en la planificación.

Por su parte, como nuestro trabajo se realizaría de noche para no despertar sospechas, el General Daher se presentaría en mi domicilio, en el Barrio Militar, a partir de las 23; debiendo emprender el regreso a Comodoro Rivadavia, sede de su Comando, a partir de las 4 del

siguiente día. Si bien el tiempo disponible, en horas de trabajo continuo, era escaso, esto se compensaba, en el tiempo, porque disponíamos de muchos días.

La fecha para el desembarco fue establecida, inicialmente, para el 24 de mayo. El 25 de mayo, el Pueblo Argentino se despertaría con la noticia de que se había iniciado la Segunda Independencia, esta vez del dominio anglosajón; un dominio que ha influido negativamente en la vida argentina por espacio de casi cien años.

—Mi General, le propongo crear una nueva Compañía, la denominaríamos "C", para destacarla en Puerto Darwin; de esa forma evitaríamos debilitar al Regimiento 25, que debe actuar sobre la zona de Puerto Argentino —ilustraba mi propuesta con los mapas que mantenía desplegados sobre la mesa de la cocina. Habíamos cubierto las ventanas con mantas, para evitar que fuera percibida nuestra actividad desde el exterior de la vivienda; no era usual que en el Barrio Militar se mantuvieran las luces interiores encendidas durante toda la noche.

—¿Serán suficientes esos efectivos? Allí podríamos encontrarnos con un destacamento inglés importante, que nos provocaría muchas bajas —fue la respuesta del General.

Absortos en los temas, aunque parecieran mínimos, transcurrían las horas. Aunque los problemas fueran de simple tratamiento, no dejábamos de darles la máxima atención. Cometer un error por imprevisión podría significar pérdidas de vidas y el fracaso de la operación. Además, sobre nosotros estaba presente la recomendación del General García, de no provocar bajas en las filas inglesas.

Así transcurrían las noches, sólo interrumpidas cuando el General, haciendo gala de su sentido de la camaradería y buen humor, me decía: "¿Mozo, podríamos tomar un buen café y, por qué no, algún emparedado con *lomito de guanaco*?" De esta manera, y haciendo un esfuerzo lingüístico para no utilizar la palabra inglesa *sándwich*,

me inducía a tomar un recreo de algunos minutos y conversar sobre algunos temas de rutina; una vez distendidos, retomábamos la delicada tarea del Planeamiento.

En la Guarnición Militar nadie sospechaba lo que pronto sucedería. Las actividades se desarrollaban normalmente. Como la Unidad disponía de una preparación logística excelente, ninguna de las previsiones se presentaba como anormal.

Los nuevos soldados se endurecían con el trabajo diario y con el ejemplo de sus Oficiales y Suboficiales, quienes cumplían cabalmente con las dos exigencias del mando que les impuse: *en el sacrificio y en el peligro, el Superior siempre adelante y el subalterno detrás; en cambio en las actividades de bienestar, el Subalterno siempre adelante, y el Superior atrás.* De esta manera, se fue forjando una sólida disciplina, similar al orden natural familiar, con deberes y derechos privativos del padre, o de la madre, o de los hijos.

En una oportunidad, ante un grupo de soldados, cuando me referí a este tema, pregunté: "Si el Oficial es el Padre, el Suboficial la Madre y el soldado es el Hijo ¿yo que rango tengo en la familia del Regimiento 25?" Uno de ellos me respondió con rapidez y seriedad: "El abuelo, mi Teniente Coronel". Esta respuesta me sorprendió gratamente, comprendí que habían entendido el sentido trascendente del orden militar nacional, y el porqué del Servicio Militar.

En una oportunidad en que se distribuía la comida, yo estaba formado en la fila con los setecientos hombres, de acuerdo a la ley establecida en el Regimiento, y observé al soldado que distribuía las raciones, mirando nerviosamente hacia donde yo estaba; entendí que él estaba contando el número de soldados que se encontraban delante de mí en la fila. Supuse que habría problemas con la cantidad de las raciones, me acerqué por detrás de la cocina de campaña tratando, además, de inspeccionar la calidad de la comida del "fondo de la olla" —lugar donde se define la cocción y el sabor del

conjunto—. Observé que, si bien todo estaba normal, había una generosa porción de carne apartada de las otras que eran más chicas.

—Soldado, ¿para quién es ese buen pedazo de carne que apartó? —lo interrogué enérgicamente.

—Es para usted, mi Teniente Coronel —me respondió casi con una sonrisa.

—Soldado, cuando usted se case y tenga hijos, cuando distribuya la comida en su hogar, ¿a quién le dará las mejores partes? —volví a interrogarlo, tratando de hacerlo razonar.

Mirándome sin entender mucho, me contestó: "A mis hijos, mi Teniente Coronel".

—Entonces proceda aquí de la misma forma —le dije, mientras lo obligaba a entregar el pedazo de carne a uno de sus camaradas. A partir de esta anécdota, fui una permanente víctima de mi propio invento, pues raramente alcanzaba a disponer de una buena ración; aunque reconozco que esa situación me hacía feliz.

Dispuse que el señor Teniente Don Roberto Estévez, quien había completado su Curso de Comandos en la Escuela de Infantería, impartiera un cursillo a los Cuadros y a los Soldados. Esta capacitación especial incrementó la fuerza y el espíritu de combate. Al finalizar estos cursillos, a aquellos que los aprobaron les hice entrega, en una Ceremonia, de una boina verde con el emblema del Regimiento y el correspondiente diploma, asignándoles la categoría de "Combatientes Especiales"; realmente, lo eran.

A pesar del duro entrenamiento físico y técnico, la alegría siempre estaba presente en la Unidad; era notoria la fortaleza espiritual del personal. Percibí, en esos jóvenes, un auténtico orgullo por pertenecer al Ejército Argentino, especialmente al Regimiento 25 de Infantería, al que, en un día no muy lejano, cubrirían de gloria.

A menudo recordaba los tiempos de mi juventud, cuando hacer el servicio militar era una distinción, no solamente para el conscripto, sino también para su familia y sus amigos.

EPISODIO 14

"SE ADELANTÓ LA OPERACIÓN, SE HARÁ EL 2 DE ABRIL"

Regresamos al Cuartel cuando hubo finalizado con éxito el primer período de instrucción. Aquellos jóvenes, que apenas hacía dos meses se incorporaron al Regimiento, no eran los mismos. Sus cuerpos demostraban fortaleza, y sus rostros, curtidos por el frío y el sol, firmeza y seguridad.

La Planificación de la Operación, para la recuperación de las Islas, estaba bastante adelantada, pero aún faltaban algunos detalles. El General Daher era el que llevaba el peso del esfuerzo físico, por los largos viajes nocturnos que debía hacer a Sarmiento.

El 20 de marzo, el Segundo Jefe del Regimiento ingresó a mi despacho con un diario en la mano, era *La Nación*, de Buenos Aires. Me indicó un artículo y agregó: "Mi Teniente Coronel, acá informan que en las Islas Georgias, que están en poder de los ingleses, hubo un incidente con una empresa argentina del Señor Constantino Davidoff; es un contratista que debía desarmar una estación ballenera, en un todo de acuerdo con un contrato que firmó". Quedé sorprendido por esta noticia; estaba muy relacionada con el objetivo de nuestra planificación. Las tareas secretas de planificación eran desconocidas, también, para el Mayor Cáceres.

Sin duda que este acontecimiento alteraba el desarrollo de nuestras actividades. Cuando el Mayor se retiró, me ubiqué en el "sofá de las reflexiones", intentando

imaginar el curso futuro de los acontecimientos, y de qué forma esta situación podría afectar los programas y planes de Recuperación.

El oficial Ayudante, Capitán Banús, interrumpió mi meditación.

—Mi Teniente Coronel, el General Daher quiere hablar con usted, por teléfono.

—Ordene mi General —respondí con tranquilidad.

—Seineldín, mi esposa Maritza y yo lo invitamos a almorzar el próximo 25 de marzo, comeremos *"lomito de guanaco"*; venga vestido con ropa de civil.

La frase fue pronunciada con humor y risas. Comprendí que la reunión social servía de excusa para velar una reunión, referida a la Planificación. Mi esposa continuaba en Buenos Aires acompañando a nuestros hijos, Mariano y María Marta, y asistiéndolos en sus estudios.

Durante el viaje hacia Comodoro Rivadavia, imploraba para que la operación no se aplazara. Este imprevisible acontecimiento, producido en las Islas Georgias, podría arruinar todo el trabajo de Planificación que habíamos desarrollado, la ilusión de hacer posible la Gloriosa Gesta.

Cuando llegué al domicilio de Daher fui recibido por su esposa; quince minutos después se presentó el propio General, me saludó ligeramente y, bajando la voz para que no escuche su señora, me dijo: "Se adelantó la operación, será el 2 de abril". Sentí gran alegría; lentamente, fui tranquilizándome de la excitación que me produjo la noticia. Inmediatamente nos pusimos a trabajar en su escritorio particular.

—Escuche bien, pues disponemos de poco tiempo. Con motivo del imprevisible acontecimiento producido en las Islas Georgias, y ante la posibilidad de que los ingleses se alerten y refuercen la guarnición militar de las Malvinas, el Alto Mando adelantó la fecha de la Operación. En consecuencia, modificaremos nuestra planificación solamente en las fechas: El 28 de marzo embarcaremos en Puerto Belgrano, usted, con la Compañía "C", y

yo, con un Estado Mayor reducido del Comando de la Brigada IX. Su misión será: ejecutar una operación aeromóvil, para tomar como prisionero al Gobernador de las Islas; y una operación anfibia, para ocupar Darwin, tal como lo hemos planificado. El resto del Regimiento 25 de Infantería y la Compañía de Ingenieros 9, a órdenes del Señor Mayor Don Oscar Minorini Lima, serán trasladados por vía aérea desde el Aeropuerto de Comodoro Rivadavia; deberán desembarcar en el Aeropuerto de Malvinas una hora después de la ejecución del desembarco anfibio. Los vehículos, munición y víveres del Regimiento serán embarcados, también, el día 28 en Puerto Belgrano; usted podrá reunirse con este contingente el 3 de abril en horas de la tarde. Le recomiendo que movilice a la clase anterior; estimo que los soldados de esta clase, por el escaso tiempo de incorporación, no están en condiciones de ejecutar una operación tan importante y trascendente —sobre este aspecto, intenté explicarle que no era así, pero la urgencia del momento me lo impidió—. Seineldín, regrese de inmediato a su Unidad. ¡Buena suerte y viva la Patria! —así me despidió este querido Jefe.

Una vez dentro del vehículo, con una gran sonrisa y en baja voz para que no escuchara el conductor, me dice el General: "Seineldín, le quedo debiendo el lomito de guanaco".

El viaje de regreso se hacía interminable. Eran las 14; traté de ganar tiempo imponiéndole al vehículo la máxima velocidad. Ya no quedaban dudas; aproveché cada instante para repasar cada paso de la operación que debíamos realizar.

Me propuse que, al llegar al Regimiento, reuniría a los Jefes, Oficiales y al Suboficial Mayor Encargado, para imponerlos de la Misión y tomarles el juramento de conservación del secreto. Esta exigencia era de suma importancia, pues se trataba de una Guarnición muy pequeña y cualquier descuido podría develar la Operación. Estaba alegre, con la misma sensación del día en que

me hice cargo del Regimiento. Presentía en el corazón el resultado de los acontecimientos futuros.

EPISODIO 15

"¡SEÑORES, LES IMPARTIRÉ UNA ORDEN DE OPERACIONES! PERO..."

Al llegar al Cuartel del Regimiento, convoqué a una reunión —de manera rutinaria, tratando de disimular su real importancia— a las siguientes personas: al Jefe del Grupo de Artillería 9, Teniente Coronel Don Jorge Tocalino; al Jefe de la Compañía de Ingenieros 9, Mayor Don Oscar Minorini Lima; al Segundo Jefe del Regimiento, Mayor Don Carlos Cáceres; al Jefe de Operaciones, Mayor Don Carlos Vergara; al Encargado de la Guarnición, Suboficial Mayor Peñalver, y a los Oficiales Subalternos del Regimiento 25 de Infantería.

—¡Señores, les impartiré una orden de operaciones, pero, por la trascendencia de la misma, previamente debo tomarles un juramento individual!

Lo expresé con tranquilidad; observé cómo sus cuerpos se irguieron en sus asientos; sus rostros expresaban, ahora, otro grado de atención. La exigencia de un juramento los alertó de que se iba a tratar un tema de magnitud.

—¡Señor Subteniente Don Carlos Polidano: ¿jura ante Dios y la Patria conservar celosamente el secreto que le voy a revelar?! —De esta manera, fui interrogando uno por uno a la totalidad de los presentes en esa reunión; en todos los casos la respuesta fue: "¡Sí, juro!". Pude apreciar el grado de inquietud y emoción que había generado la circunstancia.

—¡Señores, les impartiré la Orden de Operaciones

para la recuperación, dentro de muy pocos días, de nuestras queridas Islas Malvinas! —La única respuesta, ante el anuncio, fue un total silencio. La expectativa estaba centrada en la próxima mención de los detalles.

Aproveché la sorpresa para impartirles rápidamente las órdenes. "Señores, a partir de este momento, la Fuerza de Tarea 'Virgen del Rosario' se organizará y cumplirá lo siguiente:

Embarcar la Compañía 'C' del Regimiento 25 el día 280930 Mar. 82, desde el Puerto de Bahía Blanca; integrará una Fuerza de Tarea Anfibia a órdenes del Señor Contraalmirante Don Carlos Alberto Busser. Sus misiones son las siguientes:

1. Con la Primera Sección de la Compañía 'C' —al mando del Subteniente Don Roberto Reyes— y por medio de una operación aeromóvil, conquistará la casa del Gobernador inglés de las Islas Malvinas, debe ser capturado sin provocársele daño alguno; se evitarán las bajas al enemigo. Dicha misión deberá quedar finalizada el 020630 Abr. 82. Esta operación estará a órdenes del Jefe del Regimiento.

2. Con la Segunda Sección —al mando del Teniente Don Roberto Estévez— y la Tercera Sección —al mando del Subteniente Don Juan José Gómez Centurión— de la Compañía 'C', mediante una operación anfibia, capturará y consolidará antes del 031500 Abr. 82, los caseríos de Darwin y Goose Green, también sin provocar bajas al enemigo. Esta operación estará a órdenes del jefe de la Compañía 'C', el señor Teniente Primero Don Carlos Esteban.

Concretada la captura y consolidación del 'objetivo Aeropuerto' —operación a cargo de los Comandos Anfibios de la Marina el 020730 Abr. 82— se ejecutará el desembarco, por modo aéreo, del resto del Regimiento de Infantería 25. Nuestra Unidad relevará al Batallón de Infantería de Marina 2, a partir del 021300 Abr. 82. El Regimiento 25 quedará a cargo de la seguridad de Puerto Argentino.

El 28 marzo los elementos logísticos y pertrechos, que serán transportados por mar, abandonarán la Guarnición Sarmiento y se dirigirán a Bahía Blanca.

El 011900 Abr. 82, los elementos del Regimiento 25 de Infantería; la Compañía de Ingenieros 9, a cargo del Señor Mayor Don Oscar Minorini Lima; y la Sección Morteros 120 mm, integrada por personal del Grupo de Artillería 9, a órdenes del Señor Subteniente Don Jorge Giandinotto, se desplazarán hasta Comodoro Rivadavia, mediante una marcha administrativa, y ocuparán una zona de reunión en las inmediaciones de la Base Aérea, para su posterior embarque y transporte a las Islas Malvinas el día 02 de Abr. 82.

Como 'Plan de Engaño', para no despertar sospecha, diremos que concurrimos a una ejercitación conjunta sobre la frontera con la República de Chile.

Me han ordenado movilizar a los ciudadanos de la 'clase anterior', pero, como se corre el peligro de develar el secreto de la operación y solamente disponemos tres días previos al embarque, he decidido llevar adelante esta delicada operación con la clase que está incorporada, en la que deposito mi total confianza."

—Mi Teniente Coronel, por favor y discúlpeme, le ruego que vuelva a repetir toda la orden, pues estoy tan emocionado que aún no reaccioné —me dijo el Teniente Estévez, bajo un evidente estado de conmoción; su petición fue apoyada por todos sus camaradas, quienes habían experimentado el mismo efecto.

Después de acceder a lo solicitado, y aclararles todos los detalles de la operación, les expresé: "Pondrán en conocimiento de la Operación, a sus subordinados, dos horas antes del desembarco. Es conveniente hacer una carta dirigida a sus familiares, las que depositarán en manos del Suboficial Mayor Peñalver, para ser abiertas después de la recuperación de las Islas Malvinas".

—Señores, relojes en hora y que Dios y la Virgen del Rosario nos acompañen.

Los despedí en la puerta de salida con un abrazo, como lo hacíamos habitualmente. Sentí en mi pecho el latido de sus corazones.

EPISODIO 16

"¡TENIENTE CORONEL SEINELDÍN, DESEO HABLAR CON USTED, DE INMEDIATO!"

El día 28 de marzo, hacia el final de una tarde apacible, sin poder contener nuestra alegría, embarcamos en la Flota que nos llevaría al cumplimiento de nuestra ansiada Misión. El Señor General García, Comandante del Teatro de Operaciones, con un núcleo de su Estado Mayor, lo hizo en la fragata "Santísima Trinidad", buque insignia; el Señor General Daher, Comandante de las Fuerzas Terrestres, con algunos integrantes de su Estado Mayor y con la Compañía "C" (menos una Sección), lo hicieron en el rompehielos "Almirante Irizar"; y, finalmente, con la Sección de Tiradores Especiales del Señor Subteniente Reyes, que se encontraba directamente a mis órdenes, lo hicimos en el buque de desembarco "Cabo San Antonio".

Mientras los Jefes de fracciones, formados sobre la cubierta, aguardábamos la orden de partida, escuchamos las señales protocolares de rigor que daban aviso del embarque de la máxima jerarquía del buque, el Señor Contraalmirante Don Carlos Busser, a quien no conocía personalmente.

—Permiso, Señor Contraalmirante, Teniente Coronel Seineldín, Jefe del Regimiento 25 de Infantería, embarcado con una Sección de Tiradores Especiales integrada por veinticinco combatientes.

—Mucho gusto, Teniente Coronel Seineldín. ¡Deseo hablar con usted de inmediato!

Realmente, esta particular invitación me inquietó; no podía imaginar las razones de la urgencia. Esperé, rodeado de un ambiente extraño, no era el de mi Cuartel ni el de la tierra patagónica y sus infinitos; estábamos embarcados; en el mar, en un buque que ya soltaba sus amarras e iniciaba el viaje hacia nuestro destino. Estaba tranquilo, alegre. Las cartas estaban echadas. Mis soldados me miraban sin saber aún cuál era su destino; pero estos maravillosos jóvenes —de dieciocho años y apenas dos meses de instrucción, pero con una sobresaliente fuerza espiritual—, sí, suponían ya que este embarque respondía a una ejercitación muy especial.

—Permiso, Señor Contraalmirante, me presento de acuerdo con su orden.

—Por favor, siéntese. Teniente Coronel Seineldín, además de darle la bienvenida a este buque, le expreso que estoy muy satisfecho de que integre mi Fuerza de Desembarco Anfibio. Si bien esta fase de la operación es exclusivamente naval, creímos conveniente que hubiera una representación del Ejército. El General García lo eligió a usted y a las Unidades de su Guarnición Militar.

"La operación que debemos realizar es muy delicada y peligrosa: ocupar las Islas Malvinas, sin producir bajas a los ingleses. De todas maneras, estoy seguro de que todo saldrá bien. Se realizó un excelente trabajo de conjunto, por las tres Fuerzas Armadas, y es sobresaliente el nivel de la moral. Debo comunicarle que, aunque hemos iniciado la navegación hacia el objetivo, aún no disponemos de la orden para el desembarco. La recibiremos en alta mar."

Este detalle también me inquietó. Mi anhelo por llegar a las Islas no admitía dilaciones ni otras consideraciones especulativas.

Mientras me explicaba las distintas facetas de lo que haríamos, comprobé que me encontraba frente a un excelente Comandante, al que podría definir como "paternalista y profesional". Empleando sus talentos buscaba, astutamente, integrarme espiritualmente a su Fuerza

de Desembarco. Ejercía un culto del ejercicio del mando; por compleja y difícil que fuera la tarea encomendada, lograba la definitiva armonía del conjunto.

—Bien, Teniente Coronel Seineldín, ha sido un gusto conocerlo un poco más. Esta noche compartiremos una cena con todos los integrantes del Estado Mayor de la Fuerza, al que usted, desde ahora, pertenece. Puede retirarse.

Mis reflexiones, a esta altura de las circunstancias, me llevaban a un grado de satisfacción. Me sentía muy feliz por participar de esta Gesta; de mis subalternos, y de estos brillantes soldados Superiores, los notables Comandantes, los Generales García y Daher, y a partir de este momento, el Contraalmirante Busser.

EPISODIO 17

"PARA EL DESEMBARCO DISPONEMOS, SOLAMENTE, DE DOS ALTERNATIVAS"

El mediodía del 29 de marzo registró un marcado descenso de la temperatura e inestabilidad en el tiempo. Las olas eran mayores, cada vez, y a menudo ocultaban al resto de las naves que integraban el convoy. A pesar de estos inconvenientes, nuestro avance se hacía con la celeridad que se había establecido. Ésta era mi primera experiencia en este medio, y nada menos que para una acción patriótica; me emocionaba mucho ver a esas embarcaciones, que a la distancia parecían insignificantes e indefensas; desaparecían ante mis ojos, como si el mar las hubiera tragado, y de repente resurgían con gallardía. Me pasaba horas observando este cautivante espectáculo. Aunque a esas horas aún no se había recibido la orden para el desembarco, yo estaba seguro de que tampoco habría orden para regresar.

A sólo veinticuatro horas de navegación, y gracias al apoyo y a las excelentes muestras de camaradería que recibí de los distinguidos camaradas navales, como el Segundo Comandante de la Brigada de Infantería de Marina, Señor Capitán de Navío Don Miguel Carlos Pita; del Señor Jefe del Batallón de Infantería 2, Capitán de Fragata Alfredo Weinstabl; del Jefe Logístico de la Brigada, Capitán de Fragata Paiva, y tantos buenos marinos, pude adaptarme rápidamente. En ningún momento me sentí en un ambiente extraño.

Cuando la inclemencia del tiempo se acentuó, la vida

dentro del buque se hizo más difícil, en particular para mí y mis soldados, que veníamos de tierra firme y nunca imaginamos que podríamos llegar a participar de una experiencia como la de ese viaje. Debo reconocer que en más de una circunstancia, me alegré de ser infante de tierra y no infante de marina. Sinceramente, fue muy grande el esfuerzo que nos demandó la vida en el mar.

—Señores, ¿cómo la están pasando? —preguntó el Contraalmirante Busser, cuando se presentó, sorpresivamente, en el camarote de los Jefes de Unidades de Combate.

—Bien, señor Contraalmirante —le contesté, con una delatora sonrisa de resignación, aferrándome con firmeza de uno de los sostenes de la cama, por causa de los bruscos y continuos movimientos del barco.

—Teniente Coronel Seineldín, acompáñeme en mi recorrido —ordenó el Señor Contraalmirante. Caminamos detrás de él cerca de una hora; observé la destreza con la que se desplazaba por los pasillos, pese a los pronunciados movimientos de la nave. Llegamos hasta la puerta de su camarote y me invitó a pasar.

—No se preocupe Seineldín, ya aprenderá —me dijo con humor; sin duda percibió que mis movimientos habían sido torpes y accidentados.

—Tome asiento, Seineldín. Debo decirle que las condiciones del tiempo y del mar empeorarán, esto podría complicar la operación —esta vez, su tono transmitía seriedad—. Para el desembarco disponemos, solamente, de dos alternativas: la Playa 1, que si bien es la más directa hacia el objetivo, está bajo el fuego de los ingleses y a no dudar que han instalado campos minados. En cambio, la Playa 2 está más alejada del objetivo, estaríamos fuera del alcance de la masa del fuego de las armas enemigas, pero está surcada de unos particulares obstáculos naturales. En ese lugar existen unas algas, denominadas *kelpers* —nombre con el que, también, se identifica a los habitantes de las Islas—; estas algas podrían afectar a nuestras embarcaciones. Lo grave de todo esto es que yo podría realizar el desembarco como

establecen los reglamentos, y con éxito; pero la orden es no producir bajas a los ingleses. Le aclaro que, si estimo que se complica el desembarco, utilizaré la artillería de los barcos.

Me explicó en forma detallada, indicando las posiciones sobre un mapa de las Islas Malvinas. En ese momento recordé aquello de la "soledad del mando", tema tantas veces tratado en las ejercitaciones militares y en las escuelas, y muy pocas veces comprendido en su verdadera magnitud; la realidad de esta difícil circunstancia me permitía comprenderlo cabalmente.

—Señor Contraalmirante, las cosas saldrán bien, yo tengo total confianza en el éxito de la operación —atiné a decirle.

Yo carecía del conocimiento y la experiencia necesarios en este tipo de Teatro de Operaciones; estaba inhabilitado para asesorarlo. Me sentía impotente, y eso me desesperaba. Mis contestaciones, y por respeto a su persona, eran nada más que formalidades. A pesar de ello, continúo explicándome diversos aspectos; quizá decidió buscar un interlocutor que no fuera marino, como una alternativa para su análisis de la situación, como alguien que piensa en voz alta. Aunque, en mi corazón, yo alentaba el deseo de que esa distinción del señor Contraalmirante estuviera relacionada con mi actitud de integración plena hacia esa Fuerza de Desembarco.

Finalizada esta importante conversación, y mientras regresaba a mi camarote, mis pensamientos se concentraron en esa disyuntiva; me preocupaba, nuevamente, la posibilidad de la suspensión de la operación, esta vez por las inclemencias del tiempo. Creí interpretar esa posibilidad, durante la conversación con el Contraalmirante. No obstante, cada vez que surgía el fantasma de la suspensión, lo desechaba de inmediato. Lamentaba sí, mi incapacidad profesional para haber podido asesorarlo.

Con estas preocupaciones me acosté, previo atarme a la cama, para poder descansar algunas horas.

EPISODIO 18

"SEÑOR CONTRAALMIRANTE, ¿SE LE ASIGNÓ UN NOMBRE A ESTA OPERACIÓN?"

El 30 de marzo la temperatura seguía bajando y el mar se mostraba cada vez más embravecido. Prácticamente, las olas se remontaban a la altura de los mástiles del "San Antonio"; no podíamos divisar a los otros buques, como lo hicimos en los días anteriores. En estas circunstancias, el buque detuvo su avance; tuve la sensación de que quedó a la "deriva" en medio de esa inmensidad. La razón de la detención estuvo relacionada con la necesidad de que la tripulación colocara nuevamente en su posición un lanchón de desembarco, que había sido desprendido de su amarre por la violencia del mar, y estaba en peligro de caer al Océano. Quedé sorprendido al observar con cuánta destreza y tranquilidad estos marinos realizaron esta operación tan peligrosa. Solucionado el problema, el buque retomó su rumbo con la fuerza inicial, agregándose las expresiones de alegría de todos los integrantes; se escuchó más de un sapucay, indicativo de la presencia de compatriotas del litoral, entre la tripulación.

—Permiso, señor Teniente Coronel, le informo que, a partir de este momento y hasta nueva orden, está prohibido circular sobre cubierta; además, que el Señor Contraalmirante Busser requiere su presencia, de forma inmediata, en el Puesto de Mando del buque —dijo el Marinero de órdenes.

—Ordene, Señor Contraalmirante —me presenté ante

el Comandante con la formalidad reglamentaria; aunque esta formalidad se veía deslucida por el ajetreo de la nave. Debía mantenerme asido a las salientes de los ambientes, para tratar de disminuir los golpes que mi inexperiencia en marinería me estaban prodigando.

—¿Qué le parece esta experiencia, Seineldín? —me dijo, como respuesta, mientras señalaba las grandes olas que golpeaban con violencia el frente y cubrían la proa del buque hasta hacerla desaparecer de nuestra vista.

—Señor, si estas condiciones se mantienen, aprecio que el desembarco será imposible de realizar —atiné a decirle al Contraalmirante. Me miró sin contestarme; comprendí que estaba todo dicho.

—Señor Contraalmirante, ¿se le asignó un nombre a esta operación? —dije con total naturalidad.

—¡No! —respondió, casi sorprendido por la pregunta.

—Señor, le propongo denominar a esta Operación "Virgen del Rosario" —le expresé con pleno convencimiento.

—¿Le parece, Seineldín? —preguntó, a su vez.

—Señor, nuestra Historia se hizo con el estandarte de la Virgen, Generala de los Ejércitos, al frente de las tropas. Le recuerdo que el Brigadier Don Santiago de Liniers, durante la segunda invasión inglesa en el año 1807, y ante el fracaso de la resistencia inicial de las Fuerzas Patriotas, se encomendó a la Virgen del Rosario. Y, de manera providencial, llegaron las tormentas y lluvias que dispersaron a los cien barcos y empantanaron a la infantería británica. Esté seguro de que Ella no nos abandonará, porque nuestra Causa es Justa. Le aseguro que recibiremos sus favores. —Mi argumento estaba sostenido en muchos episodios de nuestra historia, a lo que sumaba mi experiencia personal. Entendí, en ese momento, que a toda la idoneidad y tecnicismo debíamos agregarle el imprescindible componente espiritual.

—Personalmente, acepto su propuesta; solicitaré al Comando del Teatro de Operaciones, ya mismo, que

apruebe esta sugerencia. —Se despidió y, de inmediato, se dirigió a cumplir esta diligencia. Su gesto confirmó mi pronóstico de que estaba siendo comandado por un gran señor y excelente Jefe.

Permanecí en el Puesto de Mando, en compañía del Comandante del "San Antonio", el Capitán de Fragata Don José Acuña, con quien habíamos hecho una buena amistad; él fue testigo de mi propuesta al Contraalmirante Busser.

Posteriormente, y mientras intentaba descansar, después de una accidentada cena, donde nos resultó imposible mantener estables los utensilios sobre la mesa, golpearon la puerta del camarote.

—Señor Teniente Coronel, el Señor Contraalmirante Busser desea verlo ahora, lo esperaré para acompañarlo —me dijo el Suboficial de Órdenes.

Mientras terminaba de vestirme, no sentí ninguna preocupación ante el llamado. Mi integración a la Fuerza de Tarea Anfibia era total.

—Permiso, Señor —dije.

—Teniente Coronel Seineldín, le comunico que su propuesta de designación de la operación como "Virgen del Rosario" fue aceptada. Recibí esa comunicación mediante este radiograma. Además, le adelanto otra buena noticia: Fue fijado como día "D", para el desembarco, el 2 de abril, y hora "H", las 6 —lo expresó con seguridad y mucha tranquilidad.

—Señor, usted no puede imaginar lo que en este momento siente mi corazón. Le puedo asegurar que todo saldrá más que bien.

Me retiré con euforia, con una alegría espiritual plena; no tenía dudas de que mi vocación, mis sentimientos y mis sueños se cumplirían en bien de la Patria.

Esa noche no dormí, pero esta vez no fue por la acción de la inclemencia del mar, sino por el grado de excitación que adquirí por la noticia.

EPISODIO 19

"LA TORMENTA DESTRUYÓ EL HELICÓPTERO QUE SE HABÍA ASIGNADO PARA LA OPERACIÓN QUE DEBÍA EJECUTAR USTED..."

El mar, considerado como refugio de fuerzas malignas, en la mitología marinera —y fiel a este prestigio—, continuaba poniendo obstáculos a nuestros objetivos. El 31 de marzo, la tormenta se incrementó, llegando a la categoría "8" de la escala utilizada por los marinos. Para mantenernos inmóviles en los camarotes, debíamos sentarnos en el suelo con las piernas bien abiertas y apoyarnos firmemente con las palmas de las manos. A pesar de estas precauciones, cuando nos sorprendía alguna ola importante, terminábamos en cualquier lugar del recinto, sin posibilidades de mantener el equilibrio.

—Señor Teniente Coronel, el Señor Contraalmirante le ordena concurrir urgente a la Sala de Operaciones, para participar de una reunión con todos los Jefes de Unidades de Combate —me indicó el Suboficial de Órdenes.

—Señores Jefes, la tormenta que estamos soportando ha provocado importantes daños, esto nos obliga a realizar algunos ajustes en la Planificación. En principio, debo comunicarles que tenemos conocimiento de que han sido detenidos todos los ciudadanos argentinos que viven en las Islas; eso significa que ya saben de nuestra aproximación. Entonces, si bien hemos logrado la sorpresa estratégica —privándolos del tiempo necesario

para reforzar las Islas—, la sorpresa táctica ha sido develada; ya conocen nuestras intenciones, lo que me hace suponer que se combatirá duramente. —De esta manera, el Señor Contraalmirante nos impuso de la nueva situación.

—Teniente Coronel Seineldín, la tormenta destruyó el helicóptero que se había asignado para la operación que debía ejecutar usted; en consecuencia, el Comando del Teatro de Operaciones reemplazó su misión original por una nueva. La Sección Especial del Regimiento 25 de Infantería atacará integrada a los efectivos más adelantados de la fuerza anfibia de desembarco. Su misión será: conquistar la pista de aterrizaje y prepararla para el próximo aterrizaje de los aviones que trasladan a su Regimiento. Al respecto, se tiene conocimiento de que el lugar está defendido por efectivos ingleses, con armas automáticas y pesadas. Además, no se descarta que existan campos minados. Su anterior misión, de ocupar la casa del gobernador y tomarlo prisionero, la cumplirá la Unidad del Capitán de Corbeta Don Pedro Giachino.

Apenas finalizó la reunión, cada uno de los Jefes nos dirigimos hacia donde estaban nuestras propias fracciones subordinadas; el cambio en los planes y en la misión imponía un ajuste y un replanteo de las circunstancias. En mi caso particular, las modificaciones eran radicales, lo que me demandaba que procediera con urgencia, sin perder un segundo del tiempo disponible.

—Señor Capitán de Corbeta Santillán, me han ordenado que me presente a usted, en razón de que debo integrar su fracción de primera línea para el desembarco.

El Capitán Santillán tenía un merecido prestigio dentro de su fuerza, como un sobresaliente infante de marina; por esa razón le habían dado la importante misión de iniciar el desembarco.

—Mi Teniente Coronel, usted tiene mayor jerarquía que yo, le ofrezco que sea el Jefe de esta fracción —me expresó, haciendo gala de una sobresaliente educación y una nobleza de espíritu.

—Fue usted quien preparó esta operación con mucho

esmero, la conoce y la practicó; además, es un especialista de este tipo de ambiente. Por lo tanto, lo razonable y lógico es que usted siga al mando como Jefe, yo seré su subordinado. A su vez, le solicito que me permita encabezar el ataque, y en caso de que algo salga mal, que se me considere el responsable. Lo que interesa es que se cumpla la Misión y podamos recuperar las Islas Malvinas. En estas circunstancias, los términos formales deben obviarse. A partir de este momento usted es mi Jefe.

Así me comprometí, y así cumplí hasta que finalizó la operación.

Una vez finalizado el ajuste de la operación, me dirigí al alojamiento de mis soldados, para imponerlos de la Misión definitiva.

—Soldados, ¿saben ustedes hacia dónde nos dirigimos?

—Hacia Tierra del Fuego, mi Teniente Coronel —contestó uno de ellos.

—De maniobras al Sur, mi Teniente Coronel —agregó otro. Continué indagándolos, y no recibí una sola respuesta exacta, indicativo de que el secreto se había mantenido plenamente.

—Queridos soldados, les comunico que ustedes participarán del hecho histórico más importante del siglo: la recuperación de las Islas Malvinas para reintegrarlas al patrimonio de la Nación.

El silencio fue total. No hubo respuestas, aunque sí muchas miradas entre ellos y algunos gestos, mezcla de sorpresa y alegría.

Inmediatamente, los reuní a mi alrededor y les impartí las órdenes correspondientes. Sus rostros duros y la mirada fija de estos jóvenes denotaban que comprendían la importancia de nuestra misión. Atrás habían quedado los días de los pasatiempos juveniles; hoy, la Patria los necesitaba y la madurez había llegado rápidamente; junto al deber de todo ciudadano, se imponía agregar, también, la voluntad.

EPISODIO 20

"¡LOS DESIGNO INFANTES DE MARINA!"

El 1 de abril, también, amaneció tormentoso. A pesar de ello, estábamos seguros de que la operación se realizaría; esto nos animaba. Ocupamos todo el día en el ajuste de los Planes; los desarrollamos sobre cartas geográficas y maquetas improvisadas. Cada hombre repitió la misión que debía cumplir tantas veces como fue necesario, hasta que no quedaron detalles sin considerar. Nuestro compromiso, para el éxito de la operación, era importante; la exigencia de pertenecer a la primera línea del desembarco aumentaba nuestra responsabilidad. Nos correspondía el orgullo, por gracia de Dios, de ser los primeros hombres del Ejército que pisaríamos territorio nacional en Malvinas.

—Permiso, Señor Teniente Coronel. Por orden del señor Contraalmirante, usted y los integrantes de la Sección de Tiradores Especiales del Regimiento 25 de Infantería deberán encontrarse a las 10 en la bodega del buque, para la asignación del vehículo que utilizarán para el desembarco y hacer las prácticas correspondientes.

Cuando nos encontrábamos desarrollando esta actividad, en el interior de una inmensa bodega, entre decenas de vehículos de desembarco y la totalidad de sus dotaciones, se presentó el Contraalmirante Busser. Se acercó y preguntó: "¿Cómo andamos?"

—Bien, Señor, estamos contentos y con mucho optimismo —le contesté.

—No amaina la tormenta.
—No se preocupe, Señor Contraalmirante, tengo la plena sensación de que todo saldrá bien —mi respuesta incluía una sonrisa cómplice, que intentaba recordarle al Contraalmirante el compromiso espiritual, que ya daba por asumido, del día anterior.
—Esta noche cenaré con los Jefes de Unidades de Combate. Llévelo al Subteniente Reyes.
—Así lo haré, Señor.
En horas de la tarde, con el silencio de los hombres y los bramidos del mar, escuchamos la arenga de rigor del Comandante de la Fuerza de Desembarco, el Contraalmirante Busser. Puse plena atención; de pie y con lágrimas en los ojos asumí el compromiso de cumplir cabalmente con las instrucciones que se impartían. Más tarde, durante la celebración de la Santa Misa, ratifiqué ese compromiso ante Dios y María Santísima.
La cena se realizó en un ambiente de plena camaradería; la fiereza del mar había comenzado a ceder, la calma exterior se acentuaba. Nuestro ánimo crecía ante estas circunstancias favorables para la Misión. Al finalizar, el Señor Contraalmirante Busser se puso de pie y, dirigiéndose a todos, pronunció una breve, pero contundente exhortación final. Nos recordó los deberes y responsabilidades de los Jefes de Unidades. Inmediatamente, y adoptando una expresión de formalidad, dijo: "Señores, Teniente Coronel Seineldín y Subteniente Reyes, en reconocimiento de su comportamiento profesional militar y al grado de integración personal alcanzado, en uso de mis facultades reglamentarias, ¡los designo infantes de marina!". A continuación nos colocó la insignia respectiva.
—Señor Contraalmirante, recibo esta insignia con gran emoción; prometo, formalmente, portarla con orgullo y dignidad, durante toda mi vida.
La severa experiencia de este viaje y las enseñanzas recibidas en un medio tan difícil, me hicieron sentir, realmente, como infante de marina, aunque me faltaba rendir el examen final, al día siguiente.

Algo cansando, por el trabajo y las emociones, me dispuse a retirarme a mi camarote. Al despedirme del Contraalmirante, le acoté: "Señor, creo que mañana el día se presentará excepcional".

Antes de dormir, en oración, pedí a la Virgen Reina el apoyo necesario para esta difícil misión. La significativa calma exterior era el anuncio de que los ruegos estaban siendo atendidos.

EPISODIO 21

"SEINELDÍN, LO INVITÉ PARA QUE OBSERVE ESTE ESPECTÁCULO"

La noche previa al desembarco, y aunque la tormenta había cesado, nadie descansó en el buque. El compromiso que debíamos cumplir en las próximas horas era demasiado grande; nuestros espíritus transmitían esa inquietud. Mientras esperábamos el momento del desembarco, me preparé convenientemente: primero, fue el baño, para evitar infecciones en caso de caer herido; prepararé mi equipo de combate y comprobé mis armas, luego los coloqué prolijamente sobre la cama. El mismo procedimiento lo dispuse para los integrantes de la Sección Especial.

—Son las 2 de la mañana, tengo tiempo para escribir una carta para mi familia —susurré. Las continuas actividades desarrolladas no me permitieron disponer del tiempo necesario para hacerlo.

"Queridísima y amada Tuchy, dentro de pocas horas cumpliré el sueño de mi vida: recuperar las Islas Malvinas para la Patria y para las Generaciones Futuras. Lamento haber ocultado las razones que impulsaron mi deseo de que viajes a Buenos Aires, el juramento que hice ante mis superiores, así me lo imponía. Es por ello que te hago llegar mis disculpas; lamento que no pude compartir contigo esta noticia, sé que hubieras compartido mi alegría. Estuviste a mi lado en todos los momentos de mi Vida militar,

incluyendo los más difíciles; lamento profundamente que no hayamos podido compartir las instancias de este trascendental acontecimiento, porque debí ocultártelo. Me siento angustiado por ello.

Todo ha sido excelentemente preparado, presiento que saldrá bien.

Después de lo que haré mañana, ya no podré pedir más cosas a la vida. Lo habré tenido todo.

Ruego a Dios y a la Virgen del Rosario que los protejan, a vos, y a Marianito, Martita, las tías Vicki y Perla y a toda la familia en general. Por favor, no olvides hablar con Mamá para tranquilizarla.

Te quiero mucho. Te doy gracias por el apoyo que siempre me brindaste, el que me permitió cumplir con lo que el Señor me impuso.

PD: porque te conozco bien, y una vez que superes esta sorpresa, sé que lo primero que te preguntarás, es si llevé suficiente ropa de abrigo. Para tu tranquilidad, te cuento que agregué en mi equipo hasta los calzoncillos largos, prenda que detesto usar.

Al finalizar de escribir la carta, comprobé que había transcurrido una hora. Recuperé la conciencia y la consiguiente inquietud; inicié la preparación del equipo en forma lenta, como en una ceremonia, mientras escuchaba grabaciones con temas que rememoraban las proezas de nuestros ilustres constructores de la Patria y de nuestra Nacionalidad. Estaba plenamente imbuido de la trascendencia de esta Histórica Misión.

—Señor Teniente Coronel Seineldín, el Segundo Comandante de la Brigada, Capitán de Navío Pita, lo invita a la cubierta del buque.

Este pedido hizo que interrumpiera el rezo del Santo Rosario. En esa circunstancia le hice entrega de la carta que había escrito momentos antes, como también del resto de mi equipaje, que sería embarcado en el Escalón Logístico.

Ya en cubierta, pude ver el mar calmo; la pesadilla de los anteriores días de navegación había pasado.

—Seineldín, lo invité para que observe este espectáculo —me dijo el Capitán Pita, señalándome a lo lejos el resplandor de las luces de Puerto Argentino. Absortos, con pocas palabras, los Jefes de la Unidades de Combate y miembros de la Plana Mayor, observamos nuestro ansiado objetivo. La luminosidad que desprendía, en esa inmensidad, proyectaba un cuadro fantástico de singular belleza. Ha quedado grabado en mi memoria, creo que no podré olvidarlo.

El día se presentaba diáfano, no se observaban olas, se asemejaba a un lago más que a un mar. Desabroché los primeros botones de mi campera, hasta la temperatura era agradable.

—Gracias Señora, por los favores que nos estás brindando —murmuré, mirando hacia el cielo.

—Turco, vamos, ya es hora de ocupar los vehículos de desembarco —me dijo el Capitán de Corbeta Paiva, antiguo amigo desde la época en que ambos cursábamos como cadetes en nuestros Institutos de Formación; esta misión nos había permitido el reencuentro.

—Gordo, ha llegado la hora de la verdad, el momento tan esperado, por nosotros y por todo el Pueblo Argentino —le contesté tomándolo del brazo; así nos dirigimos a ocupar los vehículos correspondientes.

—Turco, ¿qué llevas en esa envoltura? —me preguntó.

—Llevo mi sable de ceremonias, el que recibí cuando egresé como Subteniente, y un grabador con la marcha *Cala Cuerda*, que fue usada por los patriotas en el año 1807, durante la Reconquista de la Ciudad de Buenos Aires; con esos acordes voy a desembarcar.

Nos despedimos con un fuerte abrazo.

EPISODIO 22

"SECCIÓN DE TIRADORES ESPECIALES DEL REGIMIENTO 25 DE INFANTERÍA ¡DIOS Y PATRIA!"

—¡Permiso, mi Teniente Coronel, la Sección de Tiradores Especiales, formada sin novedad; lista para embarcar y cumplir con la misión impuesta! —el Subteniente Reyes se presentó, con la Sección Especial formada frente al Vehículo Anfibio a Orugas, identificado como VAO 10, que utilizaríamos para el desembarco.

Cuando todos los rostros estaban dirigidos a mí, y antes de realizar el saludo formal por la presentación, me dediqué a observarlos detenidamente para tratar de indagar sobre sus reales sentimientos en esa hora. Debía intentar transmitirles mis propias sensaciones. Durante esos pocos segundos percibí su emoción y sus auténticos deseos de iniciar las acciones. Tenían solamente dieciocho años, dos meses de instrucción y, a pesar de que aún conservaban algunos rasgos de su adolescencia, no tuve dudas de que frente a mí tenía varones en todo el sentido de la palabra.

—Sección de Tiradores Especiales del Regimiento 25 de Infantería, en este día maravilloso para la Patria, ¡buenos días!

—¡Buenos días, mi Teniente Coronel!

—¡Mis queridos soldados, en pocos minutos más, habremos recuperado para la Patria estas amadas Islas Malvinas! Desembarcarán al frente de la Fuerza que comanda el Contraalmirante Busser; representamos al Ejército Argentino y a nuestro glorioso Regimiento 25.

Estoy seguro de que todos estaremos a la altura de esta magna circunstancia. En nuestros talentos está gran parte del éxito de esta difícil operación. Deposito mi total confianza en ustedes. ¡Recuerden que ciento cincuenta años de historia nos observan!

Apenas finalicé la arenga, comenzó a escucharse el ruido ensordecedor de los motores de los vehículos de desembarco, que estaban ubicados en dirección a la compuerta de lanzamiento del "San Antonio". Eran las 6 del 2 de abril de 1982. Se escuchaban ruidos lejanos de combate, los Comandos Anfibios y Buzos Tácticos de la Armada, que habían desembarcado con anticipación, se estaban enfrentando con las fuerzas inglesas.

Cuando el pesado vehículo cayó al mar, tuvimos la sensación de que nos hundíamos; esto duró poco, el mar estaba calmo y enseguida se normalizó su flotación. Percibimos que los elementos naturales estaban de nuestro lado. La temperatura era, también, agradable.

—¡Inicie con los acordes de la marcha *Cala Cuerda*! —le ordené al Soldado Juan Pessoresi, que llevaba un aparato radiograbador. Tuve la sensación de estar indefenso, cuando quedamos navegando al descubierto sobre el tranquilo mar. Debo reconocer que, por mi condición de "infante terrestre", ansiaba llegar pronto a la tierra, lugar donde me sentía más seguro.

Al fin, cuando sentí que las orugas giraban sobre tierra firme, dije: "Sección de Tiradores Especiales del Regimiento 25 de Infantería: ¡Dios y Patria!" Luego de la firme respuesta a esta fórmula, con un "¡O muerte!", por parte de los integrantes de la Sección, iniciamos nuestro impetuoso ataque para la toma del Aeropuerto. Se escuchaban ruidos de disparos de armas desde todas direcciones. En un momento dado, y al girar para hacer comprobaciones, recuerdo que al primero que veo es al soldado que trasladaba el radiograbador, encendido: escuché la marcha.

La aproximación al objetivo nos fue calmando. Sentimos que las Islas ya eran casi nuestras, aunque faltaba

un poco más. De pronto, observé que sobre la pista de aterrizaje se encontraban estacionadas una gran cantidad de máquinas viales y otros elementos de gran porte; evidentemente, fueron colocados para impedir el aterrizaje de aviones. Mi máxima preocupación era, en ese momento, despejar la pista de aterrizaje, en razón de que los aviones que trasladaban a mi Regimiento se encontrarían próximos a aterrizar.

—Mi Teniente Coronel, ésta es otra sorpresa. Son muchos los obstáculos y quizás dispongan de trampas explosivas, los ingleses las utilizan mucho. Quizás no tengamos el tiempo necesario para removerlos a todos —me indica el Subteniente Reyes, después de ubicar a sus efectivos para la defensa del objetivo capturado.

—Reyes, lo lamento, pero no me queda otra solución que la de despejar la pista de aterrizaje, utilizando el vehículo de desembarco. En pocos minutos aterrizará el Regimiento. Que Dios y la Virgen nos ayuden.

Después de treinta minutos de arduo trabajo, a empujones, sin medir consecuencias, y casi a finalizar la tarea, observamos a la distancia algunas siluetas de aviones de transporte.

—Subteniente Reyes, demos por terminado el trabajo. Embarque a su gente e integremos los elementos que atacan en Puerto Argentino.

Durante el desplazamiento observé a la distancia al Señor Contraalmirante Busser, que avanzaba al frente de su Fuerza, impartiendo órdenes y, prácticamente, con todo el cuerpo fuera del vehículo. Esta actitud me aseguró que estaba bajo las órdenes de un Jefe ejemplar. Lo saludé militarmente, con mucha emoción, recibí una respuesta similar.

EPISODIO 23

"TENIENTE CORONEL SEINELDÍN, ¡OCÚPESE DE LOS HERIDOS!"

A las ocho y treinta, del día 2 de abril de 1982, las Islas Malvinas habían sido recuperadas, con excepción de algunos focos de resistencia de menor importancia.

—Mi Teniente Coronel, le informo que el Regimiento 25 de Infantería ha llegado a las Islas sin problemas, y se agrupa en la zona del Aeropuerto. Nuestra Sección de Tiradores Especiales está sin novedad. El desempeño de los soldados ha sido sobresaliente. El Teniente Primero Esteban, con la Compañía "C", se desplaza por modo marítimo hacia Darwin —así me informó, muy emocionado, el Subteniente Reyes. Recién, en ese momento, sentí una gran tranquilidad; la Misión estaba prácticamente cumplida. Miré el Santo Rosario que pendía de mi fusil y agradecí, nuevamente, a la Virgen Patrona y Generala.

Busqué, entre la muchedumbre en continuo movimiento, al Contraalmirante Busser, para darle los informes correspondientes. Lo encontré en el momento en que se encaminaba hacia la Casa del Gobernador, allí se había producido un duro combate, con un saldo de tres heridos graves: el Señor Capitán de Corbeta Don Pedro Giachino, el Teniente de Corbeta Don Diego García Quiroga y el Cabo Enfermero Don Ernesto Urbina.

—Permiso, Señor Contraalmirante, le informo que la Misión impuesta se cumple sin novedad. El Regimiento de Infantería 25 se reúne en el Aeropuerto.

—Muy bien, Teniente Coronel Seineldín, no esperaba otra cosa de usted y sus hombres. Me dirijo hacia la Casa del Gobernador para intimarle la rendición —me dice seguidamente.

—Señor, usted va desarmado y sin custodios, permítame acompañarlo y darle seguridad. La masa de las Fuerzas Británicas está atrincherada en sus inmediaciones. Desconfío del proceder de los ingleses. Recuerde que ya tenemos tres heridos graves.

—Seineldín, me arriesgo de esta manera, para apurar la rendición, y evitar herir el orgullo inglés. Si lo llevo a usted, con la facha belicosa que tiene, seguro que me abrirán el fuego —me dice, incorporando la broma, por mi atuendo de combate, ya desaliñado, y mi rostro enmascarado.

—¡Teniente Coronel Seineldín, ocúpese de los heridos! —me dice inmediatamente, quizás, al observar alguna expresión de desazón por no permitirme acompañarlo. Era normal que el Contraalmirante, en los momentos más críticos y difíciles, utilizara procedimientos simples, demostrando su excelente capacidad de mando. De todas maneras, y como prevención, me quedé algunos minutos con mis armas alistadas en las inmediaciones de la Casa del Gobernador, antes de concurrir al Hospital. Temía por la vida de mi Comandante y de sus acompañantes, los señores Capitanes de Corbeta Roscoe y Monnereau, quienes oficiarían como traductores.

Al entrar en la sala de cirugía observé, desde la puerta, que sobre el cuerpo agonizante del Señor Capitán Giachino, trabajaban afanosamente siete personas, entre enfermeras y médicos ingleses, para tratar de salvarle la vida. Al percatarse de mi presencia, el médico jefe se me acerca impetuoso haciéndome enérgicas señas para que me retire, pero al observar mi facha parece que se impresionó, y cambió rápidamente su actitud regresando a la mesa de operaciones. Pronto se aceleraron los procedimientos médicos, comencé a sospechar que la situación se agravaba.

—*Sir, I am sorry, we did everything possible* —de esta manera se expresó el médico jefe, para informarme el fallecimiento del gran Marino y Amigo.

Bajo la mirada de los presentes, ayudé a poner el cuerpo sobre una camilla y, juntamente con una enfermera inglesa, nos desplazamos hacia la pequeña morgue ubicada a unos treinta metros del Hospital; allí lo depositamos. Ante la mirada triste y preocupada de la enfermera, y la expresión serena de Giachino —que con su rostro enmascarado, aún conservaba el natural gesto de valentía y decisión que lo caracterizaba—, me puse de rodillas y recé en voz alta.

Cuando regresaba al Hospital, escuché desgarradores gritos de dolor, vi al Teniente de Corbeta Diego García Quiroga, cubierto de sangre por las graves heridas, que era sostenido por dos de sus camaradas sobre una cama improvisada.

—Sargento, busque un helicóptero para su traslado en forma inmediata al buque hospital. Lo hago responsable de la vida de este hombre. —Con mi rostro endurecido y la mirada fija en el Oficial herido, quedé plantado en el lugar para controlar la evacuación. Cerca de veinte minutos después, era transportado; salvó su vida.

Me dirigí al lugar donde se encontraba mi Sección de Tiradores Especiales, a los que busqué afanosamente con la idea de buscar refugio espiritual en "mi familia", y así suavizar la angustia experimentada. Sentí ganas de llorar, tenía necesidad de desahogo. No pude hacerlo.

—Subteniente Reyes, primero inspeccionaremos la zona del faro, por las dudas que pudieran encontrarse soldados ingleses. Después nos dirigiremos al Aeropuerto, para poder encontrarnos con nuestro Regimiento 25 de Infantería.

El reloj marcaba las diez y treinta, del 2 de abril de 1982.

EPISODIO 24

"PONGO A LAS ISLAS MALVINAS BAJO LA PROTECCIÓN DE NUESTRA REINA Y SEÑORA DEL ROSARIO"

Después de realizar el rastrillaje de la zona, en busca de soldados ingleses, subí a la parte superior del Faro; desde ese lugar pude observar los alrededores con ayuda de mis prismáticos. El panorama era impresionante. Me sentí extasiado, pleno de alegría. El encargado del faro, a quien le ordené que me acompañara —hombre de aproximadamente sesenta años y de características típicamente anglosajonas—, me observaba algo asustado. Con la finalidad de tranquilizarlo y, al mismo tiempo, conocer mejor la zona que debía defender, lo interrogué sobre los nombres de los sectores que observábamos y sus características; respondió a mis preguntas con amabilidad.

—Patria querida, las Islas están nuevamente en casa.

Mientras abandonaba ese observatorio, sentí orgullo por haber sido uno de los responsables de su devolución al patrimonio de la Nación Argentina. Era la misión más importante que cumplí como Soldado Argentino. Ya no podía pedirle nada más a la vida.

—Subteniente Reyes, ¡motores en marcha! El Regimiento nos espera.

Desde el vehículo divisé al "25", formado con todos sus pertrechos. Próximo a la formación escuché la voz del Jefe de Operaciones, Mayor Don Carlos Vergara, que impartía la orden de vista derecha, para formalizar la presentación reglamentaria.

—Glorioso Regimiento 25 de Infantería, en este día memorable para nuestra Nación Argentina: ¡Dios y Patria! —la respuesta fue un ensordecedor y entusiasta "¡O Muerte!" Seguidamente les expresé—: Soldados, el Señor y su Santa Madre han permitido que nuestra Unidad Militar participara en la recuperación de las Islas Malvinas y que todos nosotros seamos privilegiados protagonistas. Con ustedes, que representan a la maravillosa juventud argentina, hemos concretado la primera fase de la operación en forma exitosa. Sepan que hoy, todo un Pueblo los acompaña lleno de agradecimiento y de júbilo. Además, cientos de espíritus de argentinos nos observan desde el Cielo y nos protegen. Ahora comienza una etapa muy dura, que les demandará el mejor esfuerzo; no tengo dudas de que lo brindarán con amor y generosidad.

"Valientes Soldados, ¡fir-mes! ¡Presenten armas! ¡Hoy, 2 de abril de 1982, con la autoridad que me confiere mi designación como jefe militar de estas queridas Islas Malvinas, indiscutible herencia de Dios y de nuestros próceres, con ustedes como testigos y cumpliendo con mi deber de argentino, pongo a las Islas Malvinas bajo la protección de nuestra Reina y Señora del Rosario!

Inmediatamente después de la arenga, me puse de rodillas, desenvolví cuidadosamente el Santo Rosario que me acompañó durante toda la operación militar; con la ayuda de mi pala de combate lo enterré en la cabecera de la pista de aterrizaje. El Regimiento, en absoluto silencio, siguió con atención esta ceremonia.

—Mayor Vergara, distribuya al personal del Regimiento en los sectores de defensa asignados; luego, inicie la tarea prevista —que consistía en visitar, casa por casa, a los habitantes de Puerto Argentino, con la finalidad de llevarles nuestra palabra patriótica, tranquilidad para sus hogares y una invitación para su integración a nuestro País—. Luego, reúnase conmigo en el Cuartel de la Marina Británica. Le reitero mi recomendación respecto a la amabilidad con que deberán ser tratados los habitantes, queda totalmente prohibido aceptar

cualquier tipo de elementos. Yo me adelantaré con la Sección de Tiradores Especiales del Subteniente Reyes. Por favor, no tarde.

Los edificios del Cuartel estaban parcialmente dañados, como consecuencia de los intensos combates de la madrugada que llevaron a cabo los Buzos Tácticos y Comandos Anfibios de la Marina Argentina. Permanecían en el interior, el Mayor Jefe y algunos *marines*, quienes intentaban recuperar de entre los escombros documentación oficial y personal, y el dinero destinado al pago de los sueldos y para funcionamiento de la Unidad Naval.

—Permiso, Señor, soy el Mayor Jefe de la Unidad de los *Royal Marines;* estoy tratando de recuperar algunos efectos. ¿Me permite continuar con la tarea? —su rostro denotaba cansancio, confusión y la lógica depresión por el revés sufrido.

—Señor Mayor, proceda a retirar todo lo que necesite. Al finalizar su trabajo, lo haré trasladar hasta la Casa del Gobernador, para que se reúna con sus hombres y prepare la evacuación a Inglaterra —le contesté haciendo uso del precario inglés, aprendido en las escuelas.

—Permiso mi Teniente Coronel, cumplí sus órdenes, de distribuir el Regimiento en los Sectores de Defensa y ya se encuentran visitando las casas de los isleños. Debo decirle que, del informe parcial que dispongo, en todos los domicilios fueron perfectamente recibidos, atendidos y escuchados —fue el informe del Mayor Vergara.

—Tengo una duda. ¿Cómo se están haciendo entender los soldados, si no saben hablar el inglés?

—Mi Teniente Coronel, son hombres de dieciocho años, llenos de patriotismo y de ideales, y que están bajo un gran estado emotivo; le aseguro que, aunque sea por señas, se harán entender, no se preocupe —me contestó con total seguridad.

—Permiso, Señor Teniente Coronel, le informo que han robado el dinero de la Unidad Naval y del Casino —se presentó, de repente, el Mayor Jefe de los *Royal*

Marines, seguramente, sostenido en la prédica anglosajona de subestimar a los latinoamericanos.

—Mayor Vergara, hágase cargo del problema; ayúdelo, con algunos de nuestros soldados, a buscar el dinero que dice que le robaron —ordené, ligeramente contrariado.

Inicié mi recorrida por el Cuartel, observando la destrucción que produce la guerra. Muchas manchas de sangre, escombros, orificios de balas; un desorden total.

—Permiso, mi Teniente Coronel, aquí está todo el dinero, que según el Mayor Inglés habría sido robado por nosotros —el Mayor Vergara se presentó con el dinero, en compañía del acusador.

—*Is all of your money?* —le pregunté al Jefe Inglés.

—*Yes, sir* —me contestó. Con una mezcla de palabras españolas e inglesas, ligeramente alterado por su falsa acusación, lo amonesté severamente por su irresponsable conducta, impropia de un militar. Finalmente le expresé que las Islas Malvinas nos pertenecían, y le requerí que se fueran lo antes posible y no volvieran nunca más. Como respuesta, ante cada una de mis expresiones, respondía con incesantes *"yes, sir ... yes, sir"*.

—*Sir, I am sorry* —se disculpó, para luego despedirse de mí y del Mayor Vergara, con un saludo militar y un apretón de manos. Yo mismo lo acompañé hasta el vehículo.

—Debo darle la razón, Vergara, sobre la forma en que se hacen entender nuestros Soldados con los isleños. Acabo de comprobar que el Mayor Inglés comprendió todo lo que le dije; al menos, las duras observaciones. Me respondió: *yes, sir*. —Ambos no pusimos a reír.

—Vergara, dentro de cuarenta y ocho horas, la Sección de Tiradores Especiales del Subteniente Reyes deberá reintegrarse a la Compañía "C", que ya se encuentra ocupando la localidad de Darwin. En este tiempo, usted deberá poner en orden el Cuartel, especialmente, elimine la cantidad de material pornográfico que abunda por todas partes, haga limpiar las inscripciones obscenas escritas en las paredes; en particular, en la

habitación donde convivieron dos soldados homosexuales. Cuando finalice esta tarea, previo bendecirlo, lo ocuparemos. Voy a recorrer la localidad. Nos vemos más tarde.

Al pasar frente al Edificio más importante de Puerto Argentino, observé al isleño que salía del mismo.

—*Who are you, sir?* —le pregunté.

—Soy el encargado de este Centro Comunitario, donde se desarrollan todas las reuniones —me contestó con amabilidad, mientras me invitaba a pasar al interior.

—¿Por qué está embanderado y tan bien ornado? —le pregunté, sorprendido por el aspecto del local.

—Estamos en vísperas de un cambio de situación política y de privilegios para las Islas. En estos momentos está siendo tratado en Inglaterra —respondió. A pesar de mis insistentes preguntas, no pude obtener ningún otro dato más.

Me despedí, no sin antes invitarlo para que se integre a nuestra Patria; su única respuesta fue una sonrisa. Mientras viajaba hacia el Cuartel, intentaba deducir cuáles podrían ser esos cambios políticos para las Islas; quizá, su estado dentro de la Comunidad Británica de Naciones, adquiera otra característica: la de Estado Dependiente, o Estado Protegido, o de Estado Asociado, o Semiindependiente. Si algo de esto ya hubiera ocurrido, nuestra acción de recuperación hubiera sido considerada una clara agresión por todo el mundo; en ese caso, el ataque habría sido en contra de una nación soberana. Tengo la impresión de que nuestra llegada fue providencial y en el momento justo.

EPISODIO 25

"SUSPENDA LAS VISITAS QUE REALIZAN A LOS DOMICILIOS"

—Mi Teniente Coronel, el Gobernador Hunt solicita autorización para retirarse de las Islas con su uniforme de diplomático y en su vehículo oficial —expresó el Teniente Primero Downi, Oficial Argentino que actuaba como traductor.

—Autorícelo, pero, por favor, apure esa actividad para que abandone las Islas lo antes posible.

En el Aeropuerto se encontraba alistado un avión argentino, para trasladar, con destino a la República Oriental del Uruguay, a los integrantes del Gobierno Inglés, militares y civiles.

—Además, le informo que a las 16 será izado el Pabellón nacional, en el mástil de la Gobernación. Habrá una formación especial.

Mientras realizaba mis normales desplazamientos por los distintos lugares, ya sea para inspeccionar, tomar alguna medida o impartir eventuales órdenes, mi corazón vibraba de alegría y emoción. Por momentos, me parecía que no era real lo que estaba viviendo.

—Sección de Tiradores Especiales del Regimiento 25 de Infantería, al Señor Comandante del Teatro de Operaciones, General de División Don Osvaldo García: vista derecha. —Presenté los efectivos y se inició esta formación especial, cuyos motivos eran: la toma de Posesión de las Islas Malvinas, por parte de las Fuerzas Armadas Argentinas; el fin de la Primera Fase de la operación

militar; y la despedida de las Fuerzas Anfibias del Contralmirante Busser, que tan exitosamente habian participado.

Mientras la Bandera subia lentamente con los sones de nuestro Himno Nacional, sorpresivamente se cortó la driza, lo que provocó que se interrumpiera la ceremonia.

—Subteniente Reyes, solucione la falla, rápidamente.

—el distinguido Oficial, haciendo gala de sus excelentes condiciones de atleta, trepó rápidamente hasta el tope del mástil con un gran esfuerzo; solucionó el inconveniente y continuó el desarrollo de la ceremonia.

—Mala señal —naturalmente fijé mi pensamiento en el detalle del corte de la driza; perdí mi concentración, y quedé abstraído de la ceremonia. La tradición familiar, relacionada con las creencias de los drusos —origen de mis padres—, me conducía, inexorablemente, a reparar en los detalles de los hechos, y buscar en ellos la voluntad de Dios. Traje a mi imaginación las costumbres de mi madre, Emeli; cuando apreciaba que las señales eran malas, prendía una vela en los fondos de la casa y rezaba largo rato, en busca de la protección divina.

Este hecho, por el momento y la importancia del lugar, no lo pude olvidar jamás y alteró la alegría incontenible que gozaba.

—Teniente Coronel Seineldín, ha sido un gusto tener a usted y a sus hombres a mis órdenes, no los olvidaré jamás; buena suerte en la nueva etapa.

Con un fuerte abrazo se despidió el Señor Contraalmirante Busser. Con él lo hicieron los miembros de su Plana Mayor y los Jefes de las Unidades de Combate. Los seguí, tristemente, con la mirada, hasta que sus vehículos anfibios embarcaron en el inolvidable San Antonio.

—Espero que esté contento, Seineldín; hemos cumplido con la Misión impuesta —me sorprendió el General Osvaldo García; no había advertido su presencia.

—Mi General, jamás olvidaré su gesto de elegirme para esta Misión. Me avergüenzo por haber tenido una actitud incorrecta hacia usted —me refería a la discu-

sión que habíamos sostenido en el año 1975, con motivo del relevo del Comandante en Jefe del Ejército General Numa Laplane y de mi planteo ante la posibilidad del golpe de Estado del año 1976.

—Seineldín, son cosas que suceden en nuestra vida militar. A pesar del relevo que tuve que realizar, jamás lo olvidé. —Una vez más me demostró su hombría de bien y su don de gente.

—Permiso mi Teniente Coronel, lo requieren con urgencia desde el Comando de la Brigada de Infantería IX.

Recuerdo haber mirado mi reloj, era la hora diecinueve y treinta, del día 2 de abril de 1982. Las autoridades inglesas volaban hacia la República Oriental del Uruguay; todas las Fuerzas que habían participado de la Operación "Virgen del Rosario" navegaban hacia el Continente y yo, al frente del Regimiento 25 de Infantería, que había ocupado todos los Objetivos previstos, me encontraba a cargo, como Jefe Militar, hasta que asumieran sus cargos las autoridades políticas argentinas, con el General Menéndez como Gobernador.

—Permiso mi General, la Operación "Virgen del Rosario" se ha desarrollado sin novedad; todo se cumple conforme con lo planificado. Estoy en condiciones de comenzar a preparar la Segunda Fase, que es la Defensa de las Islas. —Mientras hablaba, observé gestos de preocupación en el rostro del General Daher. Decidí guardar silencio y dejarlo expresarse, mi estado de alegría me había vuelto muy locuaz.

—Seineldín, se han complicado algunas cosas en la República Argentina, por lo tanto usted no será el Jefe Militar de las Islas Malvinas y creo que tampoco lo seré yo —y continuó—. Suspenda las visitas que realiza a los domicilios de los isleños; el Obispo Católico, Monseñor Spraghon, se quejó por esa actividad ordenada por usted. Él la considera como una intromisión en la vida privada de los ciudadanos y una actividad ajena a la propia pastoral.

—Mi General, le ruego que considere la continuación de esta tarea, para mí reviste mucha importancia. Es la

única oportunidad que tendremos para hacer conocer a nuestra Patria. Además, le digo que la poca experiencia que recogimos hasta el momento, nos indica que muchos de ellos no quieren a los ingleses; dimos, solamente, con una persona que se resistió, la que, seguramente, pertenece a la inteligencia o al gobierno inglés. Nuestros Soldados fueron muy bien recibidos.

—Teniente Coronel Seineldín, le comunico que es una orden superior. Al respecto, no debe preocuparse, pues en días más arribará el Equipo Político que gobernará las Islas. Ellos se encargarán de las relaciones con la comunidad.

Indudablemente, algo estaba cambiando. El General Daher, quien era muy expresivo y comunicativo con sus subalternos, en esta oportunidad, hacía un gran esfuerzo para no contarme lo que realmente presentía o sabía.

—Mañana reúnase conmigo, para iniciar la planificación de la defensa de las Islas.

—Así lo haré mi General.

¿Otra señal?

EPISODIO 26

"TENIENTE CORONEL, LLEGÓ EL PRIMER TELEGRAMA, Y ES PARA USTED"

El 7 de abril a las catorce y treinta, se hizo cargo de la Gobernación Militar el General Don Mario Benjamin Menéndez, con un reducido equipo integrado por representantes de las Instituciones básicas de la República. Lo acompañaron, para esta circunstancia, distintas personalidades de la Nación.

Por las innumerables actividades que debí realizar, llegué cuando finalizaba la ceremonia de asunción; solamente pude realizar algunos saludos protocolares. Inmediatamente, me retiré para continuar con mis tareas.

Todos los integrantes del Regimiento 25 de Infantería, con la seguridad de que el conflicto se desataría, se preparaban minuto a minuto. Hasta ese momento, de acuerdo con las instrucciones superiores recibidas, nuestra Unidad, juntamente con otros elementos de apoyo, eran los únicos responsables de las acciones militares. La planificación superior indicaba, claramente, que la solución surgiría de las acciones Políticas y Diplomáticas, y no de las acciones Militares; por este motivo se insistió en que no debíamos provocar bajas de ingleses en la Operación. Se pretendía que no se produjeran situaciones que motivaran una represalia militar inglesa. En la apreciación, nuestros mandos estimaban que Inglaterra no llevaría las cosas a mayores y, además, que Estados Unidos de Norteamérica se manten-

dría neutral y trataría de solucionar el conflicto para evitar la guerra.

—Señores, los reúno para impartirles las órdenes para la defensa de las Islas. Nos corresponde defender la zona Aeropuerto, que tiene cinco kilómetros de largo por un kilómetro de ancho; el Comando Superior aprecia que los ingleses iniciarán el ataque de la misma forma como lo hicieron en las Islas Georgias. Además, el Aeropuerto es la única conexión que tenemos con el Continente. Si cae en poder del enemigo, se cumplirá el viejo axioma militar que expresa: *Fortaleza rodeada, fortaleza tomada.*

"La Compañía A, del Teniente Primero Montero, organizará posiciones de defensa en las alturas al Norte del Aeropuerto. Su misión es proteger, puntualmente, la pista de aterrizaje.

"La Compañía B, del Teniente Primero Machi, ocupará las alturas al Oeste del Aeropuerto. Su misión es cubrir las probables playas de desembarco, las mismas que utilizamos nosotros durante el desembarco del día 2 de abril.

"Nos faltaría cubrir tres puntos defensivos más: el 'D', zona del Faro; el 'E', correspondiente a la zona Sur del Aeropuerto, y el 'F', que será ocupado por la Reserva. Estas posiciones las completaremos con efectivos que, pronto, llegarán del Continente.

"La Compañía C, del Teniente Primero Esteban, defenderá Darwin-Goose Green. Se desempeñará de forma independiente.

"Teniente Primero Lamas, instale la Zona Logística en el Sector 10. Trate de acumular abastecimientos para un mes. He visto algunos caballos sueltos, póngalos dentro de la posición, para el caso que quedemos aislados y nos falten alimentos.

"Mayor Vergara, instale campos minados en los Sectores correspondientes a la Compañías A, B y D. Le recomiendo un sector minado en el cuello de botella de entrada a la península del Aeropuerto. Instale mi Puesto de Comando en el centro, entre las Compañías A y B.

Les recomiendo que ubiquen las posiciones de los soldados en los lugares más elevados, en lo posible donde haya rocas; la turba no es terreno apto para construir buenos refugios y, además, allí hay humedad en forma permanente. Eso, más las bajas temperaturas, afectará los pies de quienes las ocupen. ¡Cuidado con este detalle!

"Cuando todo esté organizado, que estimo en una semana, retomaremos la instrucción militar. Nuestros soldados, con sólo dos meses de instrucción y con dieciocho años, han realizado una gran proeza, digna de nuestra historia. Ahora, debo aclararles que Inglaterra está reuniendo a sus mejores Batallones para recuperar las Islas Malvinas; por lo tanto, les aseguro que en nuestra posición va a llover plomo —luego, continué con más detalles para el mejor cumplimiento de esta misión.

—¿Alguien quiere formular preguntas?

—Mi Teniente Coronel, está todo claro y así lo haremos. Me llama la atención la instalación del campo minado en el cuello de botella de entrada al Aeropuerto, pues está a nuestras espaldas —dijo el Teniente Primero Montero.

—Señores, cuando la artillería de los barcos ingleses comience a disparar sobre nuestras posiciones, nadie está exento de que el miedo lo domine, e intente abandonar su lugar de lucha. Por esta razón, he instalado ese campo minado a nuestras espaldas; de esta manera quemo las naves. Les agrego, además, que si en plena batalla observan que alguien, aterrorizado, se retira de su puesto, el camarada que está a su lado tratará de disuadirlo de todas las maneras posibles; si no lo logra, le disparará a las piernas. De ninguna manera deberemos permitir que se genere pánico de trinchera; es una enfermedad, su expresión es similar a las famosas estampidas que veíamos en las películas del oeste norteamericano. Esta orden también incluye a mi persona, con la única diferencia de que el tiro no debe ser a mis piernas, sino al pecho. Por último, toda información que escuchen, con relación a arreglos políticos, no deben

darle importancia. Nosotros hemos venido a pelear; en eso debemos concentrarnos; las operaciones de acción psicológica del enemigo estarán orientadas a minar nuestra voluntad de lucha; hasta difundirán noticias falsas. Nuestras órdenes provendrán de nuestras jerarquías naturales —de esta manera concluí la orden y comprobé la total receptividad de todo lo dicho.

—Mayor Vergara, mañana iré a Darwin-Goose Green, para inspeccionar la Compañía C. Usted queda a cargo del Regimiento.

—Teniente Coronel, llegó el primer telegrama, y es para usted.

Una persona se acercó a mi vehículo; otras dos, que la estaban ayudando a instalar un cartel con la identificación de "Encotel", para reemplazar el cartel del correo inglés, esperaban al pie de una escalera.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunté.

—Somos integrantes del correo argentino. Mi nombre es Everto Caballero y estoy a cargo del equipo; mis compañeros son los señores José Manuel Chávez y Luis Mansini.

—Gracias, pero antes de recibir el telegrama, quiero ayudarlos a instalar el cartel —sostuve una rudimentaria escalera, mientras completaban el trabajo.

El telegrama fue enviado por el Profesor Don Fernando Rojas; este hombre de bien me envió abundante ayuda material, durante 1981, consistente en muebles, ropa y otros elementos de utilidad, para que, desde la Guarnición Militar Sarmiento, pudiéramos distribuirlos entre los más pobres. El hecho de que el primer telegrama que se recibía en la sucursal de Encotel de las Islas Malvinas fuera enviado por él me llenó de emoción. Compartí con los nuevos amigos este recuerdo.

—Teniente Coronel, bien vale esta ocasión para sacarnos una fotografía —dijo el señor Caballero. Desde entonces mantuvimos una gran amistad. Recuerdo que, casi al final de la guerra, me pidieron que los ayudara a fabricar un pozo de zorro, y les proveyera fusiles para la defensa de Puerto Argentino. Éste era el espíritu que

disponían los hombres que las distintas instituciones habían enviado a las Islas para cumplir misiones de orden político-administrativo. Recordé el "valor civil", y las reflexiones que en su momento me hizo el querido Profesor Narvaiz, respecto de la acción civil y militar del general Belgrano.

EPISODIO 27

"ESTE DESORDEN ES EL PRELUDIO DE LA DERROTA"

Los recuerdos, maravillosos y felices, de la Operación "Virgen del Rosario", poco a poco iban quedando atrás. Otra etapa, muy distinta, había comenzado. La afluencia de unidades militares, portando apenas sus equipos individuales, era incesante. El General Benjamín Menéndez se desempeñaba a cargo del Gobierno de las Islas y el General Oscar Jofre era el Comandante Militar, de quien yo dependía en razón de que mi Comandante natural, el General Daher, había sido reemplazado, por razones de jerarquía.

En cumplimiento de las órdenes recibidas, el Regimiento 25 de Infantería se atrincheraba en el sector correspondiente al Aeropuerto, lugar donde se apreciaba que se realizaría el ataque inicial de los ingleses. La única ausente era la Compañía C, que ocupaba sus posiciones en Darwin-Goose Green, a órdenes del Teniente Primero Don Carlos Daniel Esteban. En la única visita que pude realizarle, por la prolongada distancia, comprobé que estaba todo en orden y preparado, y con muy buen estado anímico. Su posterior acción en el combate demostró las calidades sobresalientes de los integrantes de esta Compañía.

Las noticias sobre el firme avance de la flota inglesa y los informes sobre los infructuosos esfuerzos políticos para solucionar la crisis nos aseguraban que la guerra era inevitable.

El Aeropuerto se parecía a una feria pueblerina. Al producirse el bloqueo naval, por submarinos ingleses más la observación satelital, la única forma de acceso la constituía el medio aéreo; pero los aviones eran escasos. A pesar del esfuerzo realizado, los aviones de carga no alcanzaban para trasladar el equipo pesado, imprescindible para las unidades militares terrestres. Diariamente, se repetía esta agitada y febril escena, y era casi habitual que lo hicieran bajo una persistente llovizna fría.

—Permiso, mi Teniente Coronel, ordenan del Comando de las Fuerzas Terrestres, que debemos darles, por lo menos, una comida al día a todas las Unidades que llegan, en razón de que no han podido embarcar sus cocinas de campaña y sus abastecimientos —fue el informe del Oficial Logístico, Teniente Primero Lamas.

Indudablemente, estábamos ante los primeros síntomas de las fallas que produjo el adelantamiento obligado de la operación de Recuperación de las Islas. Había sido prevista para el 24 de mayo y, finalmente, ejecutada el 2 de abril; evidentemente, no permitió que dispusiéramos del tiempo suficiente para la planificación militar de la Segunda Fase; la que ahora se estaba desarrollando. A todo ello se sumaba el bloqueo.

—Teniente Primero Lamas, disponemos de víveres para dos meses, gracias a sus previsiones; por lo tanto, dejo en sus manos la ayuda que nos solicitan.

—Mi Teniente Coronel, además, le daré una noticia que no le va a gustar: nos han ordenado que entreguemos vehículos y radios, de nuestra dotación, y otros elementos militares —agregó, con cuidado, intuyendo cuál sería mi reacción.

Preparamos nuestro Regimiento durante el año mil novecientos ochenta y uno; nos había demandado grandes sacrificios y muchos esfuerzos; pudimos completar sus dotaciones y ponerlo en pie de guerra. Por esto, no me resultaba agradable que, sin consulta previa, desarmaran mi Unidad de forma arbitraria. Opté por aceptarlo a regañadientes, dadas las dificultades que se vivían.

En ese momento, lamenté la ausencia de mi Comandante de Brigada, el General Daher. Me sentí como si me faltara mi padre. Lo peor que le puede pasar a un soldado en vísperas de una guerra es que le cambien su Comandante.

A diario sentía que las Islas cada día me pertenecían menos.

—Buenos días, mi Teniente Coronel. ¿Cómo está? Acabo de llegar con mi Unidad —me saludó un conocido Teniente Coronel, jefe de un Regimiento de Infantería; sus soldados, en largas columnas, avanzaban hacia Puerto Argentino, transportando sus pesadas cargas.

—¡Bienvenido! Estamos cumpliendo con una de las misiones de mayor trascendencia del siglo. Estoy a sus órdenes, para lo que necesite.

—Mi Teniente Coronel, quizás lo que voy a decir no le gustará, pero... Este desorden es el preludio de la derrota.

Quedé conmovido y sin respuestas. En un primer momento rechacé lo que me decía, porque atentaba contra mis sentimientos y mis emociones más íntimas, y porque, además, tenía confianza en el triunfo. A pesar de ello, este embate entre dos formas de mando, una racional y la que yo ejercía, que era espiritual, me dejó muy preocupado y en estado de reflexión. Era la primera expresión negativa que escuchaba desde nuestra llegada a las Islas. Posteriormente, hubo otras; pude comprobar, casi a diario, que nuestra identidad nacional y religiosa no era la que suponíamos.

Las diversas participaciones de las Fuerzas Armadas, para reemplazar a los gobiernos constitucionales, habían dejado sus ingratas consecuencias: nos fueron alejando, paulatinamente, de nuestra función específica. Este ambiente me fue obligando, lentamente, a aislarme en el seno de mi propia "familia", el Regimiento 25 de Infantería. Comencé a hacer mi vida en las posiciones, recorriendo cuantas veces podía, siempre y cuando las condiciones meteorológicas me lo permitieran. La única salida extraordinaria era para visitar a un excelente aviador, el Señor Comodoro Destri, entrerriano como

yo; él estaba a cargo de la Base Aérea, que funcionaba en una casamata, ubicada a ciento cincuenta metros de mi Puesto de Comando. De esta manera, rompía la rutina de la guerra tomando algunos mates con tortas fritas, cocinadas por el anfitrión.

A pesar de la suspensión de las visitas a los domicilios de los isleños, algunos Oficiales y Suboficiales continuaron manteniendo, con algunos ellos, la amistad iniciada el día del desembarco; las visitas ahora eran informales, no para hablar de los grandes temas.

Para ese entonces, los isleños habían recibido televisores, de parte del gobierno argentino; diariamente, se les transmitía información Argentina, en su propio idioma.



2 de abril de 1982. Desembarco en Malvinas de la Sección de Tiradores Especiales del Regimiento 25 de Infantería, a cargo del coronel Seineldín.

El coronel Seineldín se reúne con el contraalmirante Busser, quien le pedirá la rendición al gobernador de las islas.





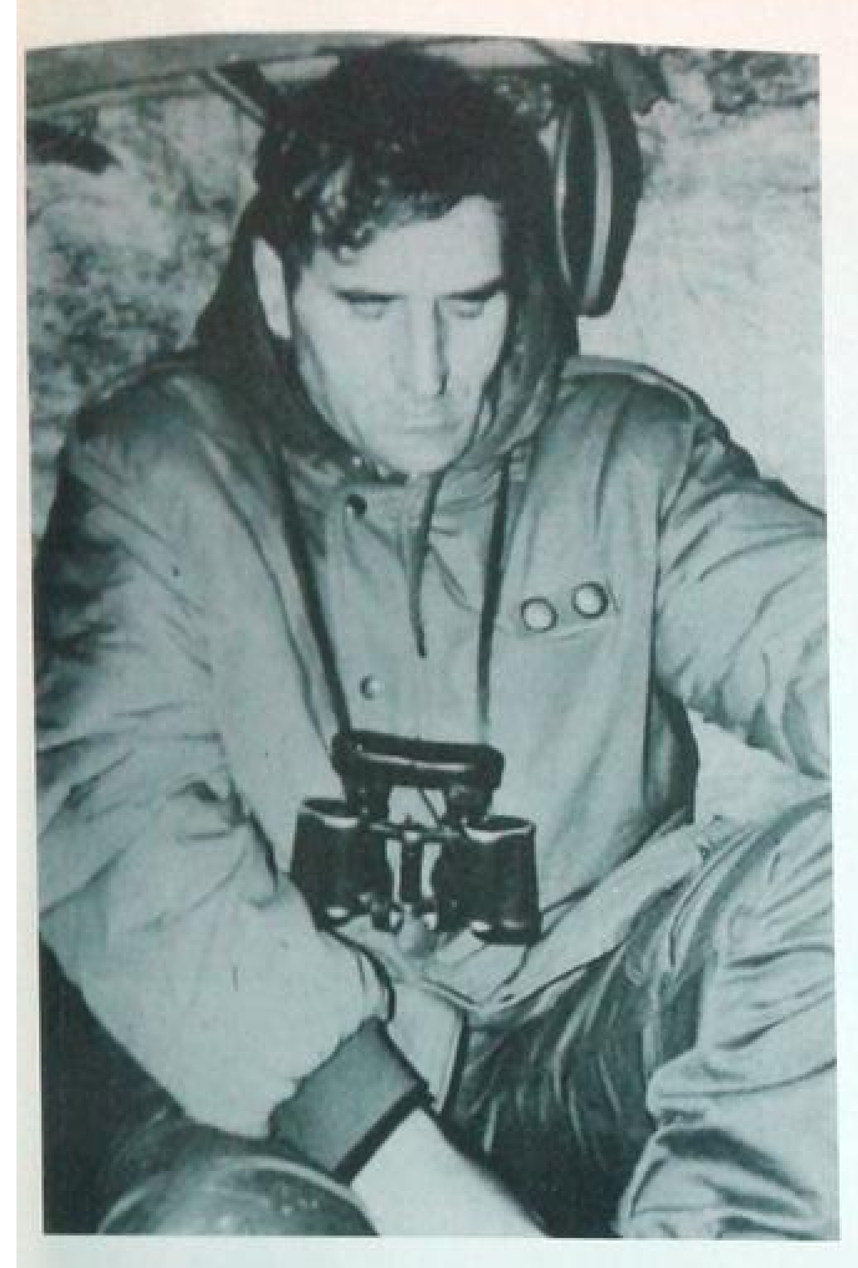
Monseñor Bonamin visita el Regimiento 25.



Monseñor Bonamin celebra misa en la zona de posiciones del Regimiento 25.

Vista del islote que se incendió durante la práctica de tiro y del faro cercano a la posición del Regimiento 25.

El padre Vicente Martínez, destinado como capellán del Regimiento 25, con el general Américo Daher y el coronel Seineldín.



El coronel Seineldín, en su trinchera del Puesto de Comando, en un momento de descanso.



Procesión realizada en la Posición de Defensa. Los dos soldados que llevan la imagen de la Virgen acaban de sobrevivir a un bombardeo.

Jefe y suboficiales de la Sección AOR a cargo del teniente Estévez (arriba, segundo a la derecha), muerto en combate junto con el cabo Castro (abajo, primero de la izquierza), y del soldado Carrascul.

Miembros de la sección del subteniente Gómez Centurión (arriba, segundo de la derecha); fallecieron en combate el sargento García (arriba, primero de la izquierda) y los cabos Ávila (abajo, primero de la izquierda) y Oviedo (abajo, primero de la derecha).

El capitán Izturiz (izquierda), el capitán Pugliese (centro) y el coronel Seineldín (derecha.), atrincherados.

El coronel Seineldín junto al periodista Nicolás Kasanzew y al mayor Malatón.



Nómina de los caídos del Regimiento 25 de Infantería, a cargo del coronel Seineldín.

El coronel Seineldín es despedido por los miembros del Regimiento 25 de Infantería de la ciudad de Sarmiento.

EPISODIO 28

"HE VENIDO A CELEBRAR LA SANTA MISA PARA SU REGIMIENTO"

Junto con el Jefe de Operaciones, Mayor Vergara, hacíamos constantes visitas de inspección en los sectores donde se atrincheraban los soldados; los veíamos trabajar con ahínco y entusiasmo; debíamos preparar una fuerte defensa de la zona del Aeropuerto. La amenaza del bloqueo total nos convencía, minuto a minuto, de que en nuestras manos estaba la gran responsabilidad de cuidar este último baluarte de conexión con el Continente; perderlo significaría la muerte segura.

—Mi Teniente Coronel, le informo que ya impartí las órdenes para la Jura de la Bandera, la ceremonia se llevará a cabo mañana, durante las primeras horas. Además, pongo en su conocimiento que, en pocos días más, llegarán refuerzos movilizados para nuestro Regimiento.

—Vergara, ¿sabemos de dónde provienen y a qué Unidad pertenecieron? —mi temor era que existiera una desigualdad en el nivel de instrucción y en el grado de motivación espiritual con el resto de los soldados. Las actuales circunstancias nos impedirían proporcionarles la instrucción adecuada.

—Solamente dispongo de algunos nombres, como el de los Capitanes Eduardo Olmos, Alberto Xifra, Raúl Sevillano, Fernando Izturiz, Héctor Pugliese y Hernán Garay. De los restantes Oficiales y Suboficiales no tengo información. Los soldados son los que pertenecieron a

la clase que estuvo incorporada, el año próximo pasado, en la Guarnición Militar Sarmiento, los que estuvieron bajo nuestras órdenes. —Estos datos me tranquilizaron, conocía a cada uno de los Capitanes y estaba seguro de la idoneidad de cada uno de ellos. En lo que respecta a los soldados, podía asegurar que habían recibido una formación espiritual y técnica similar a la de los que ahora integraban el Regimiento—. Bien, sus datos me tranquilizan; esto significa que no tendremos problemas en este sentido. Y los problemas ya comienzan a ser muchos.

—Mi Teniente Coronel, tiene una llamada telefónica desde el Comando Militar —me avisó el Subteniente Flores, Oficial de Comunicaciones del Regimiento.

—Aquí, Teniente Coronel Seineldín.

—Seineldín, le habla Monseñor Vitorio Bonamín, he venido a celebrar la Santa Misa para su Regimiento 25 de Infantería.

—Monseñor, no puede imaginarse la alegría que me da escucharlo y lo honrado que me siento por su atención. Debo informarle que, casualmente, mañana se realizará la Jura de la Bandera de los soldados del Regimiento, en el mismo terreno en que combatirán. Y usted será quien les celebrará la Santa Misa y les dará la bendición.

Después de cortar la comunicación, y mientras regresaba a las posiciones, recordé la importante acción apostólica que desarrolló cuando se desempeñaba como Pro Vicario de las Fuerzas Armadas. Monseñor reunía, en su admirable personalidad, una mezcla de Santo, soldado y Padre. En la época que era un joven oficial, y asistía a sus conferencias, no tenía dudas de que estaba frente a un auténtico servidor de Dios, con características de un Santo; cuando nos hablaba en las formaciones, no se diferenciaba de un Jefe Superior; y cuando se nos acercaba para conversar, parecía un simple Padre de Familia, por el cariño y la atención con que nos atendía. Desde hacía unos años se encontraba retirado de la acción pastoral, por su edad; desde entonces estaba

radicado en un Colegio, ubicado en las inmediaciones de la Ciudad de Rosario de Santa Fe.

El día de la Jura de la Bandera se presentó maravilloso. Había sol, no lloviznaba ni estaba el cielo gris. No corría viento. Me recordó al día del desembarco. Se presentaba igual o mejor.

—Regimiento 25 de Infantería, a su Eminencia Reverendísima, Monseñor Don Vitorio Bonamín, vista derecha —impartí la orden, para la presentación reglamentaria, cuando divisé el vehículo que lo transportaba desde Puerto Argentino. Adopté una rígida, y enérgica, posición militar, lo saludé con todas mis ganas; quise expresarle, de esta manera, el incondicional afecto y la admiración que le profesaba.

—Jefes, Oficiales, Suboficiales y soldados del querido Regimiento 25 de Infantería, del Teniente Coronel Seineldín, ¡buenos días! —saludó con su voz gruesa y pausada, la que aún resuena en mis oídos.

A pesar de su avanzada edad, lo observé mientras celebraba la Misa y me reconfortó comprobar que mantenía el mismo espíritu de siempre y la potencia de su voz, que lo caracterizó. La llama de las dos velas, encendidas sobre el altar, apenas se movía. Una llamativa quietud gobernaba el lugar, apenas interrumpida en una sola oportunidad por el aterrizaje de un avión propio, que se silenció de pronto. Era un día distinto; para nosotros, una buena señal del Cielo.

—Soldados del Regimiento 25 de Infantería, no existe en la historia del Ejército la referencia a una clase recién incorporada, con adolescentes de apenas dieciocho años, que haya cumplido tamaña proeza, como lo es la recuperación, para el patrimonio nacional, de las entrañables Islas Malvinas —de esta manera inicié mi arenga antes de la toma del juramento.

—Hoy hacemos un alto en nuestra tarea de preparar la defensa de las Islas, para hacer un examen de conciencia, un repaso de nuestras vidas y un análisis de la magna misión a cumplir; para que, una vez convencidos, prestemos el trascendente Juramento frente a Dios

y a nuestra querida Patria. Ustedes son los únicos en la historia que tendrán el honor de jurar, en el mismo lugar que combatirán y, quizás también, que hayan sido distinguidos con la especial bendición de un Obispo.

"Este hermoso día, es un claro mensaje y una buena señal de Dios, corroborada con la presencia del virtuoso sacerdote que preside esta ceremonia. Queridos soldados del Regimiento 25 de Infantería, ¡juráis a la Patria, seguir constantemente su Bandera y defenderla hasta perder la vida! —la respuesta fue contundente y atronadora: "¡Sí, juro!". Y concluí—: a partir de este momento, los considero varones y soldados de la Patria Argentina.

Al finalizar la ceremonia, y después de rendirle los honores militares por medio de un desfile, Monseñor me pidió que lo llevara al lugar donde yo había enterrado el Santo Rosario el día del desembarco. Me observó detenidamente mientras me dirigía al lugar y, también, cuando lo desenterraba. Con su mirada fija sobre el símbolo santo, rezó en silencio una oración. Seguidamente me arrodillé frente a él y me bendijo.

Lo abracé con fuerzas, en la escalerilla del avión que lo regresaría al Continente. Cuando la nave fue elevándose se escuchaban los vítores de agradecimiento de los soldados.

EPISODIO 29

"LO LAMENTO, *MISTER*, PERO DEBO PREPARARME PARA LA DEFENSA"

Mientras pasaban los días, las noticias que recibíamos, tanto propias como del enemigo, no nos dejaban dudas de que el conflicto militar era inminente. Sabíamos que nos encontrábamos, prácticamente, bloqueados. El Aeropuerto era nuestro único enlace con el Continente. No obstante, manteníamos un buen ánimo.

—Teniente Coronel Seineldín, los Oficiales de la Base Aérea desearían que usted les explique la organización de la posición defensiva y sobre las posibilidades de que pudiéramos soportar un ataque inglés. —El pedido lo formuló el Comodoro Destri.

—Con gusto, Señor Comodoro, le propongo realizar ahora la exposición; en las próximas horas debo dirigir el último ejercicio de combate del Regimiento, con munición de guerra y en ambiente real. —Permanecí en el lugar hasta que se reunieron los integrantes de la Base Aérea.

—Señores Oficiales, les expondré sobre la organización de la Posición Defensiva, dentro de la cual están incluidos sus medios de ataque y de defensa aéreos.

Utilizando un mapa, desarrollé la explicación sobre la ubicación de las Compañías de Infantería, de los campos minados, de las armas de apoyo y de la manera que debíamos proceder. A medida que se desarrollaba la exposición, me pareció observar que era seguida cada vez con mayor confianza.

—Señor Teniente Coronel, ¿qué posibilidad tiene esta posición de soportar un ataque inglés, si ellos emplean todos los medios que sabemos que poseen? —preguntó el Primer Teniente González, piloto de un avión Pucará.

—Señores, quiero que sepan que en este lugar se combatirá. Las órdenes son expresas y las medidas están perfectamente implementadas para que así sea. Para una mejor ilustración, los invito, esta tarde, para que presencien mi último ejercicio de combate con el Regimiento 25. Podrán comprobar el nivel profesional de la gente responsable de la defensa. —Mi respuesta fue contundente, como para afirmar aun más su confianza.

Para reforzar estas afirmaciones, agregué:

—Señores, mi dependencia es del Comando de las Fuerzas Terrestres que funciona en Puerto Argentino, de quien recibo las órdenes; pero, para no dejar dudas sobre la consistencia militar de esta Posición Defensiva, les expreso que, en este sitio, mi Jefe es el Comodoro Destri —quedaron perplejos por lo que dije; especialmente, el distinguido Jefe, quien se sorprendió. De esta manera se dio por terminada la reunión; en el momento de despedirnos, comprobé que nadie dudaba de nuestra voluntad de lucha y de la forma integrada en que trabajaríamos.

—Mi Teniente Coronel, todos los Jefes subordinados ya están reunidos para el último ejercicio con el Regimiento completo —informó el Mayor Vergara.

Para iniciar, ordené a los Capitanes y Tenientes Primeros que ocuparan sus puestos; luego, agregué:

—A mi orden se iniciará la práctica; les recuerdo que ésta es la última ejercitación. En poco tiempo más, en vez de blancos de madera, nos enfrentaremos al enemigo real. Aprovechen esta oportunidad para insistirles, a los soldados, que estén continuamente concentrados y eviten toda distracción; así impedirán ser sorprendidos cuando llegue el momento de la guerra.

Durante casi una hora se escuchó, desde todas las direcciones, un ruido ensordecedor por el fuego cerrado de todas las armas de dotación. Estaba dirigido hacia

los lugares considerados como posibles de ser utilizados por los ingleses para desembarcar.

—Mayor Vergara, observe que en el islote que se encuentra a mi izquierda se inició un incendio... quizás se desvió un proyectil incendiario.

—Lamentablemente, no podremos apagarlo, se encuentra a casi dos mil metros y no contamos con medios para llegar.

—Permiso, mi Teniente Coronel, informan las Compañías A, B, D y E que el ejercicio de combate ha terminado, no hay novedades, con excepción del incendio del islote. Sobre este tema un isleño desea hablar con usted en la entrada a Puerto Argentino —me comunicó un Soldado Estafeta de la Sección Comunicaciones.

—Mayor Vergara, reúna a los Jefes de Compañías para la evaluación de la tarea realizada; el Teniente Primero Lamas explicará cómo funcionará la Logística durante las acciones. Yo iré hasta el linde de Puerto Argentino para conversar con el isleño; enseguida regreso.

Después de recorrer los dos kilómetros que nos separaban, bajé del vehículo y me encaminé hacia una persona, de unos cincuenta años, que me esperaba con evidentes gestos de enojo.

—Good afternoon, sir, what do you want?

—Señor, yo soy el encargado de los estudios ecológicos en las Islas, y ustedes terminan de incendiarme un islote, que es considerado reserva ecológica —estaba contrariado, pero se expresó con voz suave.

—Lo lamento, *Mister*, pero debo prepararme para la defensa —le respondí, también, con amabilidad.

—Comprendo, pero podrían haber evitado el fuego sobre este lugar, que tanto esfuerzo me costó. Antes vivíamos tranquilos aquí.

—*Mister*, estas Islas pertenecen a la República Argentina. Los ingleses nos las quitaron el 3 de febrero de 1833. Durante ciento cincuenta años, ¡escuche bien!, ciento cincuenta años, hemos reclamado su devolución, sin recibir ninguna respuesta. Por lo tanto, yo vine a buscar lo que me correspondía como herencia de Dios y

de nuestros Próceres. Si el Reino Unido hubiera cumplido con las Resoluciones de la Organización de las Naciones Unidas, de descolonizar y llegar a un acuerdo con mi Nación, no hubiéramos llegado a esta ingrata situación que nos afecta a todos. Usted conoce el importante apoyo que les brindamos en estos últimos tiempos, con la finalidad de que la entrega se realizara pacíficamente: construimos el Aeropuerto y asignamos a una empresa argentina para que lo opere; instalamos el gas para suplantar el uso de turba; damos cobertura de sanidad, facilitamos convenios técnicos, médicos y culturales; hemos asignado becas para alumnos y hasta los alojamos en casa de familias argentinas, etc. ¿Qué más se puede hacer? Pusimos todo de nuestra parte; y, como respuesta a estos nobles gestos, recibimos sólo nuevos engaños.

Este discurso fue algo accidentado, debía acomodar las palabras para ser entendido.

Esta conversación debió haber resultado convincente, pues cedió de su queja inicial. Me observaba con atención y hasta con una leve sonrisa. De repente llevó sus brazos hacia los costados, como no encontrando fundamentos para responderme y dando por finalizada la conversación, me extendió la mano y se despidió.

—*I'm sorry, this is the war* —le dije.

EPISODIO 30

"HEMOS RECIBIDO UNA SIGNIFICATIVA ENCOMIENDA, CON DESTINO AL REGIMIENTO 25"

A fines de abril, prácticamente todas las Unidades Militares destacadas en las Islas Malvinas ocupaban sus posiciones de combate, en espera de las acciones. Las distintas fracciones del Regimiento 25 de Infantería perfeccionaban constantemente sus trincheras, las que eran, además, "sus domicilios". Lamentablemente, cuando se cavaba con cierta profundidad, comenzaba a surgir agua; esto aumentaba el riesgo de congelamiento. Avivando el ingenio, algunos soldados provenientes de la zona rural de la Provincia de Córdoba fabricaron pequeñas estufas alimentadas con turba; de esa forma lograron mantener seco el interior de la trinchera y a ellos mismos.

La turba es similar a una esponja, es combustible, no tiene consistencia; cuando llueve o nieva absorbe el agua y, por la carencia de un sol fuerte, la humedad no se evapora, entonces, permanece blanda; al estar asentada sobre un suelo rocoso, no permite que esta humedad penetre en la tierra. Esta característica del terreno hacía que el movimiento natural de los soldados lo transformara en un lodazal, e impedía que se pudiera dar a las obras la fortaleza que exigía la situación. Esta contrariedad obligó a que, en algunas oportunidades, se debieran abandonar algunas posiciones, para construir otras, en reemplazo, en lugares pocos adecuados para el empleo de las armas y para resistir el fuego enemigo. A

pesar de ello, los soldados se esmeraban en mejorarlas con cuanto medio encontraban en el lugar.

—Mi Teniente Coronel, le explico cómo funcionará la Logística para la Posición de Defensa. Las Compañías ya disponen de las raciones de combate de reserva en cantidades suficientes, para ser utilizadas en caso de que no podamos hacerles llegar el racionamiento normal. Todos los días, como mínimo una vez por jornada y cuando se pueda dos veces, les proveeremos un plato de comida caliente. Le recuerdo que estamos proveyendo una ración por día a varios Regimientos, en razón de que no pudieron embarcar sus cocinas.

"Respecto de la munición, también disponen en las posiciones de suficiente cantidad. De todas maneras, tengo una buena reserva capturada a los ingleses, para apoyar al Regimiento 25 en caso de necesidad.

"Asimismo, hemos previsto retirar, en las posibles pausas del combate, hasta quince soldados por día, por espacio de doce horas; los llevaremos a un lugar que instalé en Puerto Argentino. Allí podrán bañarse, cambiar su ropa y recibirán una comida mejorada. Podrán escribir una carta a sus familiares; los médicos les practicarán una revisión; y, por medio de un sistema de radioaficionados, se podrá hacer una comunicación con la familia de uno de ellos, luego esa familia se encargaría de transmitir las noticias al resto de las familias que pertenezcan a la misma localidad. Todas estas medidas, que ya han sido coordinadas con el Oficial de Personal, contribuirán para mantener elevada la moral del Regimiento."

—Señor Teniente Coronel, hemos recibido una significativa encomienda, con destino al regimiento 25 de Infantería —informó un Suboficial de la Base Aérea, interrumpiendo la conversación que manteníamos. Nos dirigimos hacia el lugar donde estaba el cajón. Al abrirlo encontramos una bellísima imagen de la Virgen de Fátima, de un metro de altura aproximadamente. En las particulares circunstancias que vivíamos, la vista de la Imagen me conmovió profundamente. Provenía del Ins-

tituto Fátima; yo conocía a su Directora, la Hermana Pilar Bañares, pero jamás imaginé que se arriesgaría a realizar este envío; nada menos que su Imagen más amada. Evidentemente su deseo era que nos acompañara en la lucha y el sacrificio.

Los Jefes que se incorporaron al recibimiento, todos de profunda fe cristiana, también se sorprendían gratamente. Insistieron de forma vehemente, para que la instalara en la Posición de Defensa, tal como era el deseo de la Hermana Pilar.

La Hermana Pilar era la responsable del Colegio Fátima, en el Barrio de Belgrano de la Ciudad de Buenos Aires. Devota de la Santísima Virgen, dedicó su vida al estudio de los mensajes de Fátima; era una de las privilegiadas en lograr entrevistarse con Sor Lucía, la sobreviviente del Milagro de Fátima.

—Creo que no es el lugar adecuado, los bombardeos podrían dañarla; también, podrían afectarla las malas condiciones meteorológicas, o algún golpe. —Busqué todas las excusas posibles para proteger la integridad de la Imagen; mi preocupación era ofrecerle, dentro de lo posible, el mismo grado de cuidado que recibía en el Instituto Fátima. No quería devolverla en malas condiciones.

—Teniente Primero Lamas, ubicaremos la Imagen en la casa que usted destinó para recuperar a los soldados. Además de todas las actividades que desarrollarán allí, permítales que puedan rezar el Santo Rosario frente a la Sagrada Imagen, antes de su regreso a las posiciones de combate.

Creo que a ninguno de los presentes les agradó la resolución que adopté; ellos preferían que la Imagen fuera entronizada en el mismo lugar donde combatiríamos.

—Con la llegada de la Virgen de Fátima estamos al completo, no nos falta nada ni nadie.

—Todavía no, mi Teniente Coronel, aún faltan algunos —dijo el Teniente Primero Montero.

—¿Quiénes?

—Los ingleses.

Todos festejamos la oportuna intervención.

Mientras regresábamos a nuestras posiciones, luego de esta grata experiencia, dije a los Jefes:

—Señores, habrán observado que la Base Aérea está ampliando la pista de aterrizaje con planchas de metal; creo que el enemigo no les dará tiempo para terminarla. Si eso sucede, utilizaremos las planchas para reforzar las trincheras de los soldados. Entonces, aumentará el valor de la Posición; llegado el caso, deberemos hacer este trabajo con la mayor celeridad. Yo se los ordenaré oportunamente, por ahora planifiquen la actividad. Si soportan el aterrizaje de un avión, seguramente podrán detener las esquirlas de la artillería naval inglesa. Traten de usarlas para revestir las paredes de la trinchera, así se evitarán los desmoronamientos laterales; también, como pisos, para evitar el afloramiento de agua; y, si pueden, úsenlas como techo para protegernos de la lluvia de plomo que, sin dudas, tendremos que soportar.

—Mi Teniente Coronel, ¿cuándo prevé usted que se iniciarán las acciones? —preguntó el Capitán Garay.

—Puede ser en este mismo momento, con un bombardeo aéreo lanzado desde la Isla Ascención —le contesté.

De esta manera, concluyó este día tan especial. Cada uno, en silencio, y esquivando los charcos de agua, nos dirigimos a nuestras trincheras.

EPISODIO 31

"¡PADRE MARTÍNEZ! ¿TRAJO EL ALTAR PORTÁTIL?"

—Permiso, Teniente Coronel ¿me recuerda?

—¡Padre Vicente Martínez! ¿Qué hace aquí?

—Teniente Coronel, por conocerlo a usted, solicité ante el Vicariato Castrense que me destinaran como Capellán del Regimiento 25 de Infantería. —Nos estrechamos en un abrazo.

—No se imagina la alegría que tengo en este momento, por su presencia. —Me emocionó la llegada de este viejo conocido.

—Sentémonos, Padre, y recordemos viejos tiempos. La última vez que nos vimos fue en Córdoba, en el Regimiento de Paracaidistas. ¿Recuerda? Han pasado casi quince años.

Con un jarro de mate cocido caliente en nuestras manos, nos sentamos en el acceso a mi Puesto de Comando, iniciamos una maravillosa conversación, donde los recuerdos se mezclaban con la nostalgia.

Cuando tenía el grado de Capitán, y me desempeñaba como Jefe de la Compañía B del Regimiento 2 de Paracaidistas, hizo su presentación el entonces Seminarista Martínez. Junto a otros compañeros de estudios, habían sido destinados a las distintas reparticiones del Regimiento, para desarrollar actividades de catequesis. Tratándose de un Seminarista, próximo a ordenarse como Sacerdote, intenté ubicarlo en una habitación juntamente con un Suboficial; él se opuso con firmeza a mi proposición, expresándome que su intención era vi-

vir en el dormitorio de la tropa como un soldado más. Además pidió, formalmente, que se le permitiera realizar todas las actividades inherentes, con excepción de la instrucción con armas. Así lo acepté.

Lo observaba con frecuencia, pude comprobar que todas las actividades en que participaba, desde fajina, instrucción de paracaidismo o gimnasia, las realizaba con buen ánimo y de excelente forma. En poco tiempo se había ganado el respeto de los soldados y, también, de los Oficiales y Suboficiales.

Recuerdo, especialmente, la oportunidad en que hizo su primer salto en paracaídas, y que tuve el gusto de acompañarlo.

—Padre, aún recuerdo las hermosas palabras que usted les dirigió a los soldados, al finalizar el lanzamiento de combate en paracaídas, y luego de la agotadora marcha que hicimos, con la mochila, las armas, los dos paracaídas y los aeroabastecimientos. En esa oportunidad, después de la Misa usted les dijo: *"queridos compañeros, la vida es algo parecido a la larga marcha que hicimos, llevando nuestro pesado equipo a modo de cruz. Finalmente, esa misma carga que a todos nos agobiaba, y que en algunos momentos casi nos doblega, nos permitió llegar salvos, a tierra, sin problemas y gozar de este hermoso momento de alegría espiritual. Ésta es, simplemente, la maravillosa vida de la Fe"*.

El Padre Martínez escuchaba con emoción mi relato. De pronto, con ánimo de cambiar el clima, le dije:

—Padre Martínez, ¿trajo el altar portátil? ¿Aquel que le obsequiamos el día en que fue ordenado Sacerdote?

—Teniente Coronel, lamentablemente, no. Fui desarmándolo poco a poco, en la medida en que necesitaba utilizar alguno de los elementos que lo integraban —me respondió consternado; creo que no imaginó que yo podría recordar el episodio.

—Pero, Padre, en esa oportunidad le expresé que, en caso de que debiéramos participar en una guerra, ya tenía al Sacerdote, que era usted, con su propio "equipo religioso de campaña".

Cerré el tema que había angustiado a mi Capellán, diciéndole:

—Padre, no se preocupe, tenemos lo importante, que es el Sacerdote; ya veremos cómo resolvemos la falta de los elementos para el culto.

"Es importante, Padre, que coordine sus actividades con el Mayor Vergara y el Capitán Xifra, para hacer más efectiva la formación religiosa de los soldados. Usted ya sabe lo que se debe hacer y cómo funciona un Cuartel. En esta nueva misión que le han asignado, el factor religioso es fundamental, porque la Gesta de Malvinas es esencialmente espiritual. Hemos venido a recuperar una parte de la Herencia que el Señor entregó a nuestros antepasados. Ésta es la verdadera motivación del Buen Combate que debemos hacer. Si no orientamos todas las reflexiones, desde este punto de vista, nos equivocaremos irremediablemente. Comenzamos bien, cuando pusimos todas nuestras actividades bajo la protección de la Virgen María. Además, creo que conoce la buena noticia, en manos del '25' está la Sagrada Imagen de Nuestra Señora de Fátima."

Y, para terminar con una broma, me despedí diciéndole:

—Padre, a partir de ahora me aboco a obtener un altar portátil.

EPISODIO 32

"¡SE INICIÓ LA GUERRA!"

El 1 de mayo a las 4, mientras hacíamos nuestra vigilia acostumbrada en espera de los acontecimientos, fuimos sorprendidos por un ensordecedor ruido; en un momento recordé los terremotos de cuando estuve en Provincia de Catamarca. Parecía que el mundo se nos venía encima. Es posible que, en ese momento, nuestros corazones hayan llegado al máximo de sus latidos.

—Señores, se inició la guerra. —Pasamos a la posición de apresto; los Capitanes Izturiz y Pugliese, Oficiales de Operaciones e Inteligencia respectivamente, se encontraban conmigo en la trinchera del Puesto de Comando.

—Mi Teniente Coronel, no saque su cabeza —gritó el Capitán Pugliese, cuando me vio con la cabeza fuera del refugio.

Mis sensaciones pasaban del cálculo a la sorpresa; tantos años de estudiar la guerra, en ejercicios y mapas, y ahora estaba frente a mí. Aquí no se podía jugar con los tiempos ni con el "objeto del ejercicio"; la guerra estaba, el enemigo era real. Rápidamente, me esforcé por hacer prevalecer mi lado profesional. Ante esta situación, mi formación debería darme respuestas.

—Capitán Izturiz, averigüe si hay novedades en las Subunidades. —El bombardeo fue intenso; además el incesante tableteo de las ametralladoras de los aviones enemigos y las densas cortinas de humo negro que se levantaban en las posiciones de las Compañías de Infantería "A" y "E" nos ofrecían un panorama poco alentador.

—Me diezmaron el Regimiento —fue mi primera impresión. Las explosiones de las bombas habían afectado mis oídos, esto me obligaba a tragar saliva en forma continua para destaparlos.

—Mi Teniente Coronel, le informo que todas las Compañías están sin novedad. —Gratamente sorprendido, el Capitán Izturiz traía su informe.

—Es increíble, Izturiz, ratifique los informes; es imposible que en este infierno que estamos viviendo no haya bajas.

Sin poder abandonar el lugar, e impotente ante la difícil situación, no podía aceptar que no hubiera bajas; los gritos que se escuchaban por doquier, los incendios, las personas que corrían en busca de refugios, los incesantes ruidos de los teléfonos y radios de campaña indicaban una situación de caos.

—Mi Teniente Coronel, ratifico el informe anterior, no hay bajas. —La sorpresa por el ataque y la inexperiencia de guerra real me habían hecho olvidar que habíamos desarrollado muchos aspectos durante los entrenamientos, además del fortalecimiento de todas las estructuras defensivas; evidentemente, esas previsiones habían contribuido exitosamente para este resultado.

—El personal de la Base Aérea estima que el ataque fue realizado por bombarderos Vulcan, provenientes de la Isla Ascensión; habrían intentado destruir la pista de aterrizaje. Sobre esto, le informo, con alegría, que tiene daños menores en un costado, pero está operable —dijo el Capitán Pugliese.

—No puedo creer que después de este pandemónium estemos intactos.

—Mi Teniente Coronel, le informo que hubo bajas entre el personal de la Fuerza Aérea, tanto en el Aeropuerto "Malvinas" como en la Base Aérea Darwin.

Durante toda la mañana continuaron sucediéndose los ataques de los aviones Harrier, lanzando sus bombas o con el fuego de sus ametralladoras. Después del estupor de las primeras horas, los soldados del Regimiento 25, al mediodía del 1 de mayo, ya rendían su

primer examen como veteranos de guerra. Me lo aseguraban los toques del clarín del Cabo René Tabares y los gritos de Viva la Patria, cuando algún avión enemigo era abatido.

La Compañía "C", que ocupaba el área de Darwin-Goose Green, a esa misma hora recibía, también, un duro ataque aéreo; tampoco hubo bajas en ese lugar.

Durante todo ese día, el ataque a las posiciones del Aeropuerto fue permanente e intenso, sin haber logrado su objetivo de destruir la pista de aterrizaje. Las bombas lanzadas, de importante tonelaje y de todo tipo, fueron cuantiosas.

—Señores, observen, al frente y aproximadamente a 15 kilómetros, hay movimiento de tres buques ingleses —permanecimos pendientes de sus maniobras.

De repente, dirigieron sus proas en nuestra dirección, y comenzaron a descargar toda su artillería naval sobre nuestra posición defensiva. Pero, a pesar del intenso fuego recibido, la respuesta no se hizo esperar; con todas las armas propias de la posición, que tenían posibilidades de alcance, se les abrió el fuego. Sin dudas, su intención fue la de ocupar rápidamente, y por medio de helicópteros, nuestra posición. Simultáneamente, fueron atacados por aviones de nuestra Fuerza Aérea, quienes les produjeron serias averías. Al ser rechazados, en este intento de atacar a Puerto Argentino en forma directa y frontal, se produjo el cambio radical de sus planes; quedaron obligados a optar por la más difícil y desgastante alternativa: atacar la posición por los fondos o "patio trasero". Con este ataque intentaron acortar la guerra, empleando el mismo procedimiento que usaron en las Islas Georgias.

Al caer la noche, nos dimos cuenta de que en todo el día no habíamos comido ni habíamos atendido a nuestras necesidades fisiológicas.

Estábamos cansados, pero contentos y seguros.

EPISODIO 33

"¡SI LLEGO A MORIR EN ESTAS CIRCUNSTANCIAS!"

Los días se sucedían sin que notáramos sus alternancias; los continuos bombardeos de la aviación, durante las horas de luz, y el fuego de la artillería naval, durante la noche, hacían de nuestras vidas una vigilia constante. Los ingleses arrojaban bombas de acción retardada, que explotaban con un tiempo intermedio establecido, denominado en el lenguaje militar como fuego de perturbación. Amanecía a las 8 y oscurecía a las 17. Las noches eran largas y frías, y bajo tensión permanente. La oscuridad era total; no recuerdo haber visto la luna.

En las guerras defensivas, al no disponer de movimiento, se afecta, peligrosamente, la psiquis del combatiente; en cambio, en las guerras ofensivas, es posible desahogar las naturales tensiones, gracias a la actividad y el movimiento.

Los ingleses dominaban totalmente el espacio aéreo y el marítimo. Paulatinamente, crecía en nosotros la sensación de impotencia; pero, a pesar de ello, impedimos que decayera nuestro espíritu. El bloqueo había sido asumido, nos acostumbramos a la precariedad.

A pocos días de ocupar las trincheras, ya merodeaban las ratas. Durante las noches, sus ruidos nos despertaban bruscamente, teníamos la sensación de que caminaban sobre nosotros.

—Izturiz, me retiro para realizar mi higiene personal.

—Tenga cuidado, mi Teniente Coronel, no se exponga

mucho; estos aviones ingleses se presentan sorpresivamente. Aquí no hay árboles ni cubiertas, estamos expuestos a la vista de ellos.

—No se preocupe; de alguna manera debo quitarme la humedad que se me acumula durante la noche; no se imagina cuánto extraño el sol. ¡Ojalá saliera por algunos minutos! Aunque sea para secar la ropa.

A cincuenta metros de mi Puesto de Comando, en un saliente de la roca, acomodé mis elementos personales. Mientras me quitaba algunas prendas para facilitar la higiene, tres aviones Hurrier atacan sorpresivamente el lugar, en vuelo rasante, y ametrallan las inmediaciones de donde me encontraba. Sorprendido, y a medio vestir, corrí hacia unas rocas próximas, para cubrirme de su fuego.

Más tarde, al llegar a mi trinchera, sin el nerviosismo del ataque del primer día, pregunté si hubo novedades como consecuencia del ataque aéreo.

—Sin novedad, mi Teniente Coronel —contestó el capitán Pugliese.

—Yo tengo algo para contar. En el momento en que los aviones ingleses atacaron, yo me encontraba higienizándome, a la intemperie y semidesnudo. En un momento pensé que podría haber resultado herido de muerte; camaradas, les ruego, si esto sucediera, que no exhiban mi cadáver en estas condiciones, sería una vergüenza, ofendería mi condición de soldado. Por favor, si llego a morirme en estas circunstancias, colóquenme mi uniforme de combate. —Estas últimas palabras fueron recibidas entre risas; la mejor demostración de que nuestra alegría y buen espíritu seguían latentes como el primer día.

—Mi Teniente Coronel, se aproxima el Padre Martínez.

—Buenos días, Teniente Coronel Seineldín. ¿Cómo está usted? —No obstante su cordial saludo, lo noté preocupado.

—Teniente Coronel, quiero expresarle mi preocupación por las condiciones en que están viviendo los soldados en las trincheras —dijo con firmeza.

—Lo escucho, Padre.

—Viven metidos en sus pozos, similares a nichos de un cementerio... el esfuerzo que están realizando es sobrehumano... créame que deprime hasta el color verdoso de sus rostros.

Continuó con su relato; evidentemente, había realizado una prolija observación durante su acción pastoral. Comprobé, con alegría, que el recordado y activo Seminarista que un día conocí no había cambiado absolutamente en nada. La preocupación por la vida de sus hermanos seguía siendo su preocupación principal.

—Padre, el color verdoso es consecuencia del humo de las estufas de turba; permítame invitarlo a entrar en mi trinchera, para conversar más tranquilos. ¡Adelante!

El querido Padre ingresó haciendo un gran esfuerzo, en razón de la estrechez del lugar. Luego de observar los nichos, que había sido lo que más lo impresionó, cedió su tensión. La demostración clara, de que así también vivíamos los Oficiales miembros de la Plana Mayor del Regimiento, obvió otra explicación. La realidad de lo que observaba era suficiente. Le ofrecí sentarse en el suelo, sobre una plancha de metal recogida de la pista de aterrizaje del Aeropuerto; le serví un jarro con mate cocido caliente —preparado en una especie de cocina que funcionaba con turba—, encendí mi grabador, el que utilicé en el desembarco, con algunas marchas militares.

—Padre, lamento no poder ofrecerle mayores comodidades, es todo lo que tengo.

—¿También trajo la Bandera del Regimiento? —preguntó cuando vio la Bandera de Guerra del Regimiento, cubierta con su funda, acostada sobre la fría piedra.

—Donde está el Regimiento, debe estar su bandera; es la que nos distingue en el combate, y estamos en guerra. ¿Dónde más podría estar?

—También, los sables de ceremonia. —Hizo esta observación algo consternado.

De pronto, dos ratas salieron de su escondrijo, peleándose por un mendrugo.

—¿Y esto? —preguntó, más que sorprendido.

—Es nuestro entretenimiento en las pausas de los bombardeos. —Festejó, con risas, mi contestación; pronto se olvidó de su enojo inicial.

Continué:

—De los Cuatro jinetes del Apocalipsis: Guerra, Hambre, Enfermedad y Muerte, a la Guerra la ubico en el primer lugar. Este hecho humano, pero dramático, nace con el pecado de nuestros primeros padres, que se manifiesta simbólicamente en el relato bíblico, cuando Caín mata a su hermano Abel. No hay esfuerzo humano que alcance a erradicar esta aberración de las relaciones entre los hombres. Por eso existe en el mundo esa distinción de hombres, llamados soldados, que jamás desaparecerá; ellos son los responsables de atender este flagelo, que tampoco desaparecerá.

"Nosotros, los soldados, ofrecemos nuestro esfuerzo y sacrificio, para gloria de las generaciones que pasaron, para proteger a las actuales y para asegurarles una mejor existencia a las generaciones que nos sucederán. Hoy usted nos observó en ese duro, pero maravilloso, esfuerzo."

Después de despedir al Padre, aproveché las pocas horas de luz que quedaban para prepararme, y enfrentar otra noche más.

EPISODIO 34

"OTRA VEZ, LA VISITA DE LOS MALDITOS VULCAN"

—El Capitán Vlzek viene hacia aquí; creo que volverá a proponerle que traslademos la Imagen de la Virgen de Fátima a las posiciones —me dijo el Capitán Izturiz.

—Me negaré.

—Mi Teniente Coronel, es el deseo de todos los Jefes de Compañía, incluso el mío.

De pronto, un ruido ensordecedor, nuevamente, conmueve la Posición Defensiva; con características similares al ataque del 1 de mayo.

—Otra vez, la visita de los malditos Vulcan.

Sin dudas, se trataba de otro intento de los ingleses para destruir la pista de aterrizaje.

—Estos canallas, otra vez, han concentrado el fuego sobre la Compañía "A", del Capitán Montero, y sobre la Pista de Aterrizaje. —Continué observando, con preocupación, las inmensas cortinas de humo negro que se elevaban, consecuencia de las poderosas bombas, de casi quinientos kilogramos, que arrojaron sobre las posiciones. No obstante, tenía la seguridad de que éstas resistirían.

—Capitán Pugliese, comuníqueme, urgente, con la Compañía "A".

—Teniente Primero Domínguez Lacreu. ¿Qué novedades tiene? ¡Dígame!

—Mi Teniente Coronel, han desaparecido dos soldados; una bomba explotó al lado de su trinchera, estoy buscándolos; pudieron haber quedado enterrados deba-

jo de los escombros. —El tono de su voz transmitía tranquilidad.

—Envíe una patrulla para evaluar la situación de la Pista de Aterrizaje.

Los minutos parecían días. Por momentos tuve ganas de salir corriendo hacia el lugar del hecho. Después de este ataque, el campo de combate quedó en silencio, también nosotros, en el Puesto de Comando. Concluí en que era imposible que los soldados pudieran haber sobrevivido ante una bomba de cinco toneladas; éstas suelen producir un pozo cónico de casi ocho metros de profundidad.

—Domínguez Lacreu en el teléfono —dijo Izturiz.

—Mi Teniente Coronel, Domínguez Lacreu le habla; con alegría, le informo que encontramos a los soldados, Ortiz y Palacios. Si usted observa la ubicación de la trinchera de los soldados y el lugar donde cayó la bomba, le costaría creer que ellos pudieran encontrarse con vida. —La tensión en su voz expresaba su gran emoción, próxima al llanto.

—¡Gracias a Dios! ¿Y la Pista de Aterrizaje?

—Ésa es la otra buena noticia, mi Teniente Coronel, la Pista está rodeada por inmensos cráteres, pero ninguna bomba dio en el blanco; continúa operable.

—No lo puedo creer —realmente, era increíble—. Este acontecimiento tiene mucha importancia como para pasarlo por alto; como diría mi Padre, es una "señal" muy especial. Cuando usted controle la situación en ese lugar, haremos una Procesión dentro de la Posición de Defensa y, posteriormente, celebraremos la Santa Misa frente a la ubicación de su Compañía; reúna a todos los efectivos.

—¿No cree que es arriesgado concentrar al Regimiento, para la Misa? —advirtió, con preocupación, el Capitán Izturiz.

—Sí, es cierto, pero las circunstancias lo imponen así. ¡Que el Señor nos proteja!

Al llegar a las posiciones defensivas de la Compañía "A", observé a los soldados Ortiz y Palacios, que mostra-

ban en sus rostros las secuelas del impacto. Ellos presidían la Procesión, eran quienes transportaban la Imagen de la Virgen; a continuación seguían los restantes integrantes del Regimiento.

—Mis queridos soldados, quiero abrazarlos para expresarles mi alegría de que hayan salido ilesos.

A pesar de mi efusivo saludo, ninguno me contestó, quizás aún conmocionados por la experiencia vivida. Inmediatamente, di la orden de iniciar la Procesión, alrededor del área donde se había producido el ataque de los Vulcan.

Luego, durante la Misa, y en el preciso momento de la Consagración, se presentó un soldado de la Sección Comunicaciones con mucha agitación, me dijo:

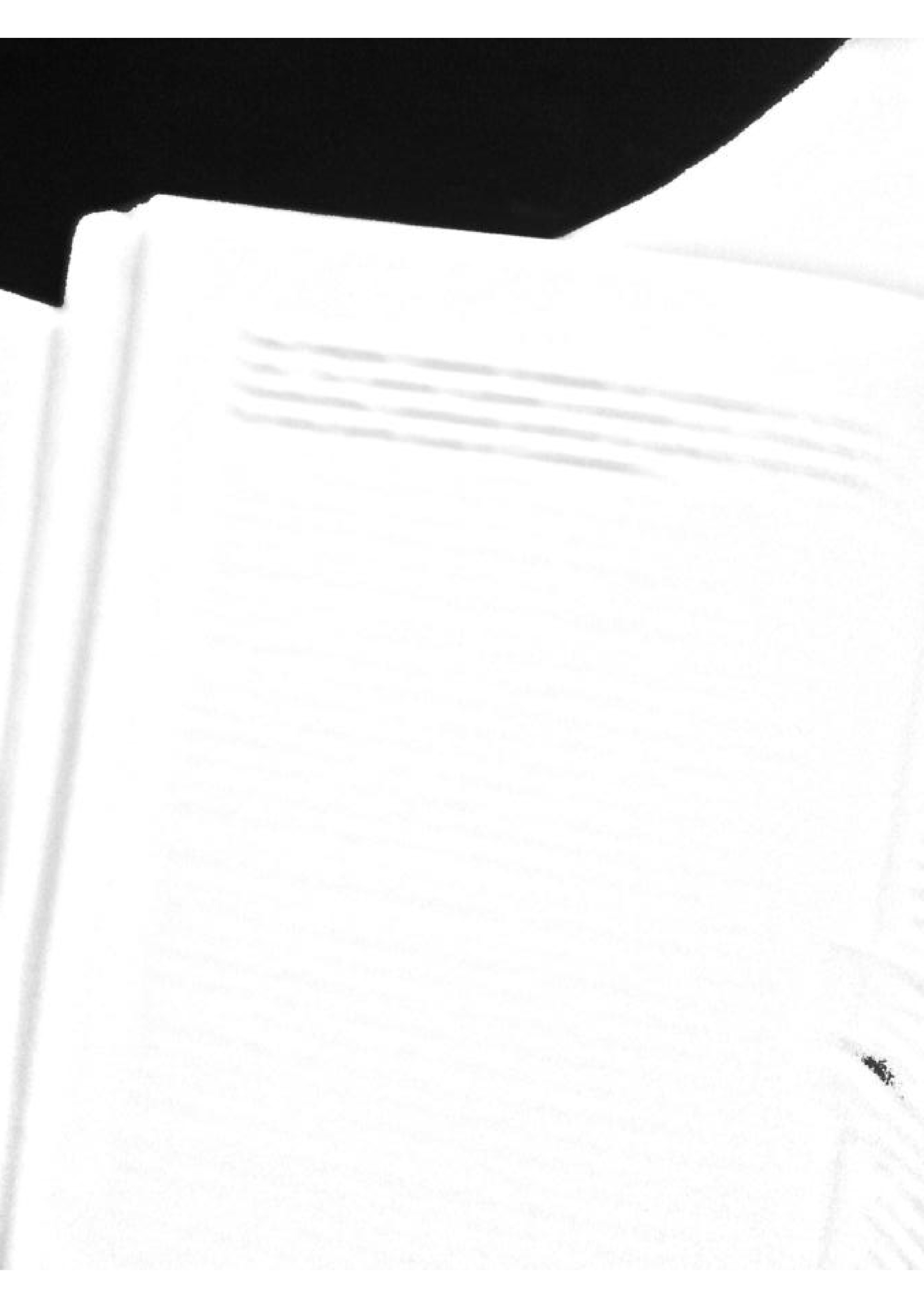
—Mi Teniente Coronel, recibimos una comunicación de alerta roja. —El aviso lo hizo en voz lo suficientemente elevada como para ser escuchado por el Padre Martínez y por todos los presentes. En nuestras circunstancias, habíamos aprendido a respetar esas comunicaciones, la señal de alerta roja anunciaba la proximidad de aviones enemigos.

—Teniente Coronel, ¿continúo? —me dijo el Padre Martínez.

—Que los aviones enemigos esperen hasta que la Santa Misa finalice. —Mi enérgica respuesta contenía el disgusto por la inoportuna interrupción inglesa. Creo que influyó, en mi arriesgada resolución, el haber imaginado cómo sería esta interrupción de la Misa seguida del intento desesperado por abandonar el lugar. Entendí que, de haberlo hecho, hubiera demostrado poca Fe y habría dado un mal ejemplo al Regimiento 25 de Infantería, habida cuenta de que la Fe era lo que sostenía elevado nuestro espíritu en esas circunstancias.

Había estado observando la actitud de los soldados, percibí en ellos serenidad, expresión propia de patriotas veteranos de la guerra. Desde este análisis, no tuve dudas de que estábamos preparados para el sacrificio póstumo, si era necesario.

Cuando finalizó la ceremonia nos dirigimos hasta nues-



tros refugios; minutos después, se cumplió la alerta roja. Los aviones ingleses repitieron sus incesantes bombardeos, intentando destruir la pista de aterrizaje; la única puerta hacia el Continente.

EPISODIO 35

"EL DISPOSITIVO DE DEFENSA ES SIMILAR A UN TABLERO DE AJEDREZ"

Los días se sucedían sin variantes. La monotonía del paisaje solamente se alteraba cuando aparecía algún pingüino caminando sobre la costa o alguna pareja de aves que volaba sobre nosotros. Esta distracción nos permitía alternar los pensamientos actuales con los recuerdos gratos. Los fríos días se diferenciaban entre sí por la consistencia de la persistente llovizna o por la intensidad de los bombardeos.

La llegada de la cocina de campaña, trayéndonos la única ración de comida caliente del día —antes del inicio de la hora de oscuridad y siempre que los bombardeos se lo permitieran—, modificaba por un momento las características de nuestro medio; los rápidos desplazamientos de grupos de soldados para retirar "el rancho" producían una agradable sensación.

La llegada de algún avión de carga —luego de atravesar graves riesgos para superar la rígida vigilancia naval y aérea de los ingleses—, para transportar munición y medicamentos e, inmediatamente, regresar llevando a los heridos, generaba un cúmulo de actividades que poblaba la Pista de personas y vehículos; allí, mis recuerdos se confundían con las jornadas pueblerinas de un sábado por la tarde.

Recuerdo un día miércoles, oportunidad en que no ocurrió nada especial —quizás, se debió a una reorganización que hicieron los británicos de su Fuerza Aérea,

luego de las importantes pérdidas de aeronaves y del hundimiento del buque transporte de aviones "Atlantic Conveyor"—, lo sentimos como un día de vacaciones. Nos animamos a salir y caminar alrededor de nuestras trincheras y conversar con los vecinos. Fue un día distinto y de regocijo.

"Estamos completamente rodeados, sin posibilidades de desplazarnos y de poder maniobrar; ésta es la realidad." Reflexionaba a menudo conmigo mismo, obligado por el peso de mi responsabilidad; me cuidaba mucho de no evidenciar estas preocupaciones ante mis subalternos. Trataba de recordar hechos similares de la Historia Militar, que me permitieran hacer una comparación; pero siempre aparecía en mi mente, y a modo de un "cartel de advertencia", una sentencia leída en un libro del destacado Historiador Militar, General Marini, que expresaba: *Fortaleza rodeada, fortaleza tomada.* A pesar de ello, y hasta el fin de la guerra, apoyé mis esperanzas en una solución estratégica superior, la que jamás llegó.

—Mi Teniente Coronel, se aproxima un vehículo —advierte el Capitán Izturiz.

"¿Quién será?"

Observé que descendió el Rvdo. Padre Fray Domingo Renaudiere de Paulis, capellán del Regimiento 6 de Infantería Mecanizado —unidad vecina del "25"—, cuyo asiento en tiempo de paz está en la Ciudad de Mercedes, Provincia de Buenos Aires; su Jefe era el Teniente Coronel Don Jorge Halperín, amigo y compañero de Promoción.

El Padre De Paulis, con quien habíamos compartido varias conversaciones, pertenecía a la Orden de los Dominicos, era muy inteligente, excelente analista de distintos tipos de temas, de finos modales, muy convincente y optimista.

Después de saludarnos, entablamos una conversación; en un momento, me dijo:

—El dispositivo de defensa es similar a un tablero de ajedrez, no tiene movimiento. Esta situación les facilita

el accionar a los ingleses, que lo tienen todo servido; si esto permanece así, nuestra suerte está marcada. Usted debe incidir para que esto cambie.

—Padre, usted sabe que mis relaciones con el Comando Militar no son de las mejores, pero veré qué puedo hacer —le contesté sin mayores esperanzas; él tenía razón, yo compartía plenamente esa apreciación.

—Capitán Izturiz, queda a cargo de la Posición, iré al Comando para conversar con el Jefe de Operaciones, el Teniente Coronel Dalton, a quien conozco. —El reemplazo de mi Comandante, el General Daher, me dejó prácticamente sin una comunicación militar franca.

Jamás abandonaba mi puesto de combate. Cuando debía concurrir a la localidad de Puerto Argentino, distante unos cinco kilómetros, lo hacía por una convocatoria para una reunión urgente o por una necesidad, como era este caso. Me gustaba estar presente y vivir plenamente todo lo que pasaba en mi área de defensa, y porque no placía el ambiente triste de la localidad.

—Mi Teniente Coronel, me acerco a usted porque lo conozco y le tengo confianza; deseo comentarle algunos temas, que creo que le interesarán. —Y a continuación, inicié mi exposición al Teniente Coronel Dalton.

—Seineldín, comparto con usted todas sus preocupaciones, pero créame que no tenemos otras alternativas. Hemos estudiado todas las posibilidades, y lo seguiremos haciendo, pero las soluciones no están en nuestras manos, sino en los escalones superiores. —Con lujo de detalles y con los buenos modales y la tranquilidad que lo caracterizaban, me explicó cada punto con mucha paciencia.

Casi al finalizar la conversación y próximo a despedirme, le expresé sorpresivamente:

—Mi Teniente Coronel, le propongo que hagamos venir a la Compañía de Comandos 601.

Me miró fijo y me dijo:

—¿Y qué empleo le daremos, en una operación de características puramente defensivas?

—Le darán algo de maniobra, que es lo que le está faltando a la defensa.

—Estudiaré la propuesta —me contestó, con un gesto de casi aceptación.

—Por haber sido Jefe de la misma y conocer la calidad de esos hombres, le puedo asegurar que su aporte será muy importante.

Mientras viajaba de regreso a "mi hogar", reflexioné satisfecho por la tarea realizada y, además, por haberme preocupado por la inquietud del Padre De Paulis. Dios utiliza muchas veces a personas impensables para transmitirnos ideas.

EPISODIO 36

"ATACARON LA BASE AERONAVAL DE LA ISLA BORBÓN"

Todos los días, en el final de la tarde, junto con los integrantes de la Plana Mayor del Regimiento, realizábamos el análisis de la situación vivida durante el día, para adoptar las medidas que correspondieran. Amenizábamos la reunión con música militar y un buen jarro de mate cocido caliente; la primera servía para recordarnos la Institución a la que pertenecíamos y la misión que debíamos cumplir, y lo segundo, como símbolo de la Hermandad y la Solidaridad que debía existir entre nosotros.

El 15 de mayo, debimos hacer la reunión durante las primeras horas, en razón de que se había producido un acontecimiento que llegaría a definir el curso de la guerra.

—Señores Jefes, así como el día 2 de mayo se definió la guerra en el mar, por el hundimiento del Crucero General Belgrano fuera de la Zona de Exclusión; hoy, 15 de mayo, en horas de la madrugada, Comandos ingleses del SAS (Special Air Service) atacaron la base aeronaval de la Isla Borbón; utilizaron explosivos para destruir los aviones que estaban estacionados en la pista de aterrizaje. Creo que se ha definido, también, la guerra en el aire.

—¿Puede indicarme, en el mapa, la ubicación exacta de la Base? —preguntó el Capitán Garay.

—En la Bahía Elefante, Isla Borbón integra la Gran

Malvina. Su misión principal era la de impedir todo posible desembarco en la zona —indiqué ese lugar en el mapa—. De este acontecimiento, aunque parece sin importancia, podemos sacar algunas conclusiones:

"Primero, que el ataque principal inglés está definido, claramente, en la línea general Estrecho de San Carlos-Darwin-Goose Green-Puerto Argentino. Nuestro Comando Militar, contrario a esta apreciación, considera que se trata de un Ataque Secundario de diversión o engaño, y que el Ataque Principal se concretará directamente sobre Puerto Argentino.

"Segundo, que nuestra Misión tiene una relevancia fundamental. La defensa de la Pista de Aterrizaje es prioritaria; les recuerdo que es la última puerta abierta hacia el Continente; estamos comprometidos a preservarla operable; debemos evitar, por todos los medios, que logren inutilizarla. Teniendo en cuenta que, a pesar del intenso bombardeo que hemos sufrido, los ingleses no han podido destruirla, no descarten que lo intenten empleando a los Comandos SAS."

Después de algunas intervenciones de los miembros de la Plana Mayor, continué:

—Debo expresarles que estoy muy satisfecho de todo lo logrado hasta hoy; la férrea oposición que se les presentó a los ingleses el 1 de mayo los obligó a cambiar su curso de acción, debieron tomar el camino más largo y, sin dudas, el que más desgaste les produciría. De esto, el "25" es uno de los principales protagonistas. Pero, lamentablemente, debo decirles que, en contra de nuestro deseo, la Posición Defensiva de Puerto Argentino será atacada por su "patio trasero". En esto, los ingleses son consecuentes, asaltan a los países por medios indirectos y por sus fondos. En el lugar, las características del terreno son muy particulares, hay poca disponibilidad de material de fortificación y las Unidades dispusieron de poco tiempo para trabajar. Estimo que el sostenimiento de estas líneas de defensa será muy difícil.

—Mi Teniente Coronel, ¿cuál es la situación que vive la Compañía "C", del Teniente Primero Esteban, en la

localidad de Darwin-Goose Green? —preguntó el Capitán Sevillano.

—Ante las noticias del desembarco de las fracciones inglesas, el Teniente Primero Esteban, al mando de un Equipo de Combate Reforzado, el día 13 se adelantó hasta la boca del Estrecho de San Carlos; aprecio que pronto entrarán en combate. Es todo lo que puedo decirle.

—Mi Teniente Coronel, solicito que traslade la Imagen de la Virgen de Fátima a las posiciones —me dijo el Capitán Vlzek, una vez que finalizamos con el tratamiento de los temas tácticos. Este oficial pertenecía a una Unidad con asiento de paz en la Provincia de Corrientes, no pudo reunirse con su Regimiento, en razón de que el bombardeo del 1 de mayo imposibilitó su traslado por modo aéreo. Ante esta situación, lo agregué al "25", le asigné el Sector "F" y la misión de actuar como Reserva. Poseía un acendrado espíritu cristiano, fundamentalmente, Mariano.

—Ya me habían adelantado esta inquietud suya Vlzek; le reitero que la Imagen de la Virgen de Fátima permanecerá en el lugar que ordené.

—Mi Teniente Coronel, con motivo de que ya tenemos bajas y, diariamente, hay ceremonias de inhumación en el cementerio de Puerto Argentino, el Comando Militar ordenó que el Cabo músico René Tabares sea asignado a la fracción de ceremonias —informó el Mayor Vergara.

En honor a los caídos en combate, lo acepté y no emití ninguna contestación, pero reconozco que esta medida me consternó y me entristeció.

—Señores, voy a recorrer todas las posiciones, haya o no bombardeos, quiero visitar cada uno de los pozos; antes de la batalla deseo hablar con cada uno de los hombres del Regimiento.

De esta manera finalicé la reunión informativa de rutina y, además, fui preparando las mentes para los momentos difíciles que deberíamos afrontar.

EPISODIO 37

¡SE LANZÓ EL DESEMBARCO INGLÉS!

Con grandes esfuerzos pudo ser reforzada la Guarnición Darwin-Goose Green. Fue trasladado el Regimiento 12 de Infantería, que tiene su asiento de paz en la Ciudad de Mercedes, Provincia de Corrientes. La premura por su desplazamiento alcanzó un grave nivel de improvisación, desde la carencia de sus armas pesadas —que no pudieron ser transportadas por el bloqueo—, hasta los efectos individuales de los soldados —que resultaron insuficientes e inadecuados—. Estos hombres, que provenían de zonas cálidas, carecían del equipo adecuado, y sus condiciones físicas eran ajenas al medio.

La Compañía "C", siempre al mando del Teniente Primero Esteban, continuaba en el lugar. Su tiempo de permanencia y la instrucción que se continuó desarrollando incrementaron su experiencia y el conocimiento del terreno. Era una fuerza veterana, muy importante.

El golpe de mano ejecutado por los SAS sobre la Base Aeronaval de la Isla Borbón, con la destrucción de doce aviones estacionados en pista, dio lugar a que se dispusiera el envío de la Compañía de Comandos 601. Esta Unidad especial arribó a las Islas el 27 de abril, como consecuencia del pedido que le formulé al Teniente Coronel Dalton.

—Teniente Primero Esteban, usted, al frente del Equipo de Combate "Güemes", integrado por una Sección de Tiradores Especiales de su Compañía y otros efectivos del Regimiento 12 de Infantería, se adelantará hasta la

"boca" del Estrecho de San Carlos, con la misión de ocupar posiciones, para dar alarma ante un posible desembarco de ingleses. Si tiene posibilidades, tratará de rechazarlos.

El 13 de mayo se impartió esta orden.

Reuniendo, de forma inmediata, a la totalidad de sus Oficiales y Suboficiales, Esteban les comunica: "*Señores, la Compañía 'C' del Regimiento 25 de Infantería, a partir de este momento, cumplirá la siguiente orden: la Sección de Tiradores Especiales del Subteniente Reyes integrará el Equipo de Combate que marchará conmigo a la "boca" del Estrecho de San Carlos. Las Secciones del Teniente Estévez y del Subteniente Gómez Centurión continuarán cumpliendo su misión de Reserva de la Posición de Defensa 'Darwin-Goose Green'*". Antes de su partida, agrega todos los detalles necesarios para el cumplimiento de esta nueva misión.

Después de una larga y dificultosa marcha, de treinta y cinco kilómetros, logran alcanzar los lugares indicados.

—Desde ayer, 20 de mayo, los ingleses han iniciado un intenso bombardeo naval, creo que algo importante está por suceder —fue su acertada impresión; este calificado Jefe y soldado comentó su apreciación a sus subordinados, en el mismo Puesto de Comando, instalado sobre el Estrecho de San Carlos.

—Mi Teniente Primero, se observa fuego naval sobre la zona de la Sección del Subteniente Reyes; he tratado de comunicarme con él, pero no me responde; además se escuchan ruidos desde el mar —en el momento en que el operador de la radio comunica esta novedad, se escuchan los disparos de las armas pesadas de la Sección Reyes.

Poco tiempo después puede comprobar, con sus prismáticos, que a una considerable distancia se registra un importante movimiento de buques y de lanchones de desembarco. También, varios helicópteros sobrevuelan el lugar.

—Operador, insista en la comunicación con la Sec-

ción del Subteniente Reyes; necesito saber qué está ocurriendo —ordenó.

Lógicamente, le resultaba extraño que esta operación de desembarco se ejecutara durante un día con tiempo bueno y cielo despejado; esta circunstancia le ofrecía buenas posibilidades a la aviación argentina. De inmediato, ordenó:

—Operador, comuníqueme urgente con el Jefe del Regimiento 12, en Darwin.

—Mi Teniente Coronel, habla el Teniente Primero Esteban, no tengo dudas, ¡se lanzó el desembarco inglés!

Al mismo tiempo, está observando que los lanchones de desembarco se dirigen hacia el sector donde él se encuentra. Sus efectivos inician el fuego con sus armas automáticas. Un helicóptero inglés Sea King, que transporta tropas, intenta cercarlo por la retaguardia; esto lo obliga a asumir en forma personal la conducción del combate en el lugar.

—Bien, soldados, duro con ellos, ¡fuego! —los soldados, haciendo gala de su buena preparación, y utilizando exclusivamente sus fusiles, ponen en fuga a la aeronave; luego de ser alcanzado por los disparos, el helicóptero se alejó del lugar, dejando una larga y espesa estela de humo.

—Mi Teniente Primero, se aproxima otro.

—¡Rápido! Tomen sus armas y municiones y repliéguense hasta aquellas alturas. —Apenas iniciaron el desplazamiento, las posiciones abandonadas fueron destruidas por un intenso y certero fuego de artillería naval, que era dirigido desde el helicóptero Gazelle.

—¡Fuego sobre el Gazelle! —ordenó, al tiempo que desde el helicóptero les disparaban con cohetes. Cuando lograron derribarlo, irrumpieron con gritos de júbilo y de vivas a la Patria.

—Operador, comunique al Comando que los ingleses ya han desembarcado —gritó, mientras observaba que crecía la afluencia de efectivos británicos.

—Mi Teniente Primero, otro Gazelle a mi izquierda.

Ya no tuvo necesidad de impartir órdenes, los soldados actuaron de inmediato.

—¡Viva la Patria! —se escuchó, nuevamente, cuando el helicóptero cayó; por la fuerza del impacto, sus tripulantes fueron despedidos fuera de los restos de la nave.

—¡Cambio de posición a las alturas de la derecha! —ordenó Esteban, cuando vio que se aproximaba otra aeronave inglesa Gazelle. Ésta también debió alejarse, luego de ser alcanzada por los disparos de estos valientes soldados del "25".

Casi agotados por los esfuerzos realizados, más la agitación propia de la experiencia del combate, escucharon alegres a su Jefe: "Si hubiéramos tenido los medios adecuados, los habríamos detenido; lástima, de todas maneras, hemos cumplido con la misión".

El vuelo rasante de algunos aviones argentinos, por sobre sus cabezas, y las explosiones, les aseguraban que la alarma había llegado y que la aviación argentina había acudido ante la emergencia. Ese día, la batalla aérea fue de tal magnitud que los ingleses denominaron al Estrecho de San Carlos, la "galería de las bombas".

El intenso fuego de las armas, en toda la zona, inclusive en la dirección de Darwin-Goose Green, y su incomunicación radial, por desperfectos, lo deciden a marchar hacia Puerto Argentino.

—Soldados, los felicito por el desempeño; ahora, debemos hacer una larga marcha hacia Puerto Argentino, la que nos demandará un gran esfuerzo. Nos ocultaremos durante el día y caminaremos en las noches; debemos racionar los pocos alimentos de que disponemos. Evitaremos caer prisioneros —les habló a auténticos soldados, combatientes probados; ya no eran chicos, eran hombres madurados en la adversidad.

Después de tres días, de una marcha forzada de setenta kilómetros, acosado por aviones y helicópteros ingleses que lo buscaban, el Teniente Primero Esteban y sus hombres se detienen, el 25 de mayo, en el caserío de Douglas, para festejar el aniversario de la Revolución de Mayo.

—Soldados, hoy, en este nuevo Aniversario de nuestro nacimiento a la Libertad, debo decirles que estoy feliz por el comportamiento de todos ustedes; sin dudas, desde el cielo, los fundadores de nuestra nacionalidad están orgullosos de esta fracción del Ejército Argentino.

El día 26 de mayo, agotados, pero satisfechos por el deber cumplido, llegaron a Puerto Argentino. Rápidamente me adelanté para recibirlos.

—Querido Esteban, permítame estrecharlo en un abrazo; lo felicito por la fidelidad a la misión y por el buen combate que ejecutó —luego, abracé a cada uno de los integrantes de la fracción, y les expresé mi orgullo.

Seguidamente, le pregunté por Reyes, Estévez y Gómez Centurión.

—Mi Teniente Coronel, perdí el contacto con todos ellos —inmediatamente, dijo—: Mi Teniente Coronel, le solicito que, de forma urgente, me permita reintegrarme con el resto de la Compañía "C" en Darwin-Goose Green.

—Sabía que lo pediría, tengo preparados los helicópteros para su traslado. Lo felicito, estoy orgulloso por usted y sus soldados —los contemplé mientras se alejaban, de regreso a su destino.

Mientras regresaba a mi Puesto de Comando, daba gracias por la calidad de los hombres del Regimiento. Relacioné, también, las diferencias en las condiciones meteorológicas, las que nos fueron favorables para desembarcar, el 2 de abril, y las que nos resultaron favorables para defendernos el 21 de mayo. Más tarde, inquieto por la duda sobre por qué los ingleses desembarcaron un día tan especial para la aviación, concurrí al servicio de meteorología, y pedí el pronóstico que se esperaba ese 21 de mayo; sorprendido, leí: "nublado con lloviznas". La Virgen del Rosario nos seguía ayudando.

EPISODIO 38

"¡HEMOS CUMPLIDO CON NUESTRA MISIÓN DE ALERTAR!"

La Sección de Tiradores Especiales, del Subteniente Reyes —de destacada acción durante el desembarco del 2 de abril—, formaba parte del Equipo de Combate del Teniente Primero Esteban; el 21 de mayo se encontraba en la "boca" del Estrecho de San Carlos, con la Misión Principal de dar la alarma temprana, ante un desembarco; y Secundaria, de emboscar al enemigo inglés para demorar y dificultar su accionar.

—Mi Subteniente, se escuchan ruidos, propios del movimiento de tropas, desde la "boca" del Estrecho —informó el cabo Godoy, Jefe de Grupo.

—¿Qué hora es?

—Una y treinta.

Rápidamente, se dirige hacia el Puesto de Observación; con los prismáticos puede observar la escena: "Se parecen a siluetas de buques... tres... cuatro... cinco. ¡Se concretó el desembarco!"

—Soldado Freires, informe de forma urgente al Teniente Primero Esteban, que en la "boca" del Estrecho de San Carlos se ha reunido una importante cantidad de buques, no deja dudas de que se trata del esperado desembarco inglés.

—Sargento Colque, aliste los dos cañones sin retroceso 105 mm y los dos morteros 81 mm para abrir el fuego cuando yo le ordene.

Imparte las órdenes con energía y seguridad, pero

sabe que sus armas resultarán ineficaces para este tipo de blanco.

—Mi Subteniente, si bien escucho la voz del Teniente Primero Esteban, él no me escucha a mí.

—Insista.

Aunque sabía de la poca reserva de las baterías y de la distancia en que se encontraba el Puesto de Comando, ordenó, a continuación, al Operador que cambiara su posición. La difícil situación que se le presentó le imponía tomar su primera gran decisión, a pesar de su baja jerarquía militar.

—Continúan ingresando más buques en el Estrecho —informó nuevamente el Soldado Mazzel.

Sin vacilar y haciendo gala de sus condiciones de soldado profesional, ya demostradas durante su bautismo de fuego, aquel glorioso 2 de abril, ordenó con firmeza:

—Sobre los blancos observados, ¡fuego libre! Hasta agotar las municiones.

Su sector de vigilancia se iluminó por el resplandor que provocó la salida sucesiva de los proyectiles. La gran distancia hasta los buques, más la oscuridad, no le permitieron hacer una correcta puntería, ni evaluar los daños. No obstante, la cadencia de tiro no disminuía. Cada resplandor dibujaba, por instantes, la firmeza en el rostro de los soldados operadores de las armas.

El adelantamiento del desembarco, por el fuego recibido, provocó que algunas barcazas chocaran contra los acantilados, originando las primeras bajas al enemigo.

Los ingleses, por esa luminosidad, ubicaron las posiciones argentinas y les respondieron con una nutrida concentración de fuego naval.

—Soldados, ¡viva la Patria! ¡Fuego a discreción! —es la réplica de Reyes, de pie y en el medio de sus recalentadas y humeantes armas pesadas. Pronto fueron rodeados por grupos SBS, que abren fuego a sus espaldas. Se produce, así, un combate terrestre con fuerzas superiores; el que se logra eludir luego de un repliegue.

—Estoy herido —grita, en medio del fragor del combate, el Soldado Pérez. Además, otros gritos de dolor se

escuchan a su izquierda. La artillería naval comienza a hacerse sentir.

—Sección, abandonen las armas pesadas; prepárense para cambiar de posición hacia las alturas de la retaguardia.

Eran las tres y treinta; había agotado la dotación de munición y ya contaba con varios heridos, entre ellos tres de gravedad. Había llegado al límite de sus posibilidades.

Eludiendo el fuego de los barcos ingleses, logra reunir a sus hombres detrás de una altura. Luego de hacer una rápida comprobación de los heridos, les dijo:

—Soldados, estoy orgulloso de ustedes, tengan la seguridad de que hemos cumplido con nuestra misión de alertar. Además combatimos con todo lo que teníamos.

Los ruidos de combate, en todas direcciones, y la pérdida del enlace con su Jefe lo obligan a adoptar urgentes resoluciones.

—Soldados, ante esta confusa situación, he decidido marchar en dirección a Puerto Argentino. Debemos transportar a tres heridos graves; nuestras raciones son escasas. No duden que los ingleses nos buscarán. Antes de caer prisionero, prefiero reintegrarme al Regimiento 25 para continuar la lucha.

Iniciaron la dura marcha; cansados por el esfuerzo y las tensiones del combate; cargando a sus heridos graves y escasos de alimentos.

El 14 de junio, en vísperas del fin de la Batalla de Puerto Argentino, el Subteniente Reyes llegó con su fracción en estado deplorable; además de las penurias de la marcha, se agregó la dolorosa circunstancia de haber dejado atrás a dos de sus soldados para que recibieran atención médica por parte de los ingleses, y a uno de sus mejores Suboficiales, el Cabo Godoy, quien sufrió congelamiento en sus piernas.

Al caer prisioneros, logran convencer a quienes los capturaron de que busquen al Cabo Godoy; éste fue encontrado con vida. Como consecuencia del alto grado de congelamiento, sus piernas debieron serle amputadas. Cruel final para un valiente.

EPISODIO 39

"¡SEGUIRME!"

—Señor Teniente Coronel, basado en mi propia experiencia, durante la Segunda Guerra Mundial en Italia, estimo que, por el potente fuego de artillería enemiga que se recibe más el cansancio de los soldados, será muy difícil sostener las líneas defensivas. Si usted me permite, creo que sería conveniente utilizar la Sección de Tiradores Especiales, del Teniente Roberto Estévez, a la que le reconozco un excelente espíritu para el combate.

El Padre Santiago Mora, Capellán del Regimiento de Infantería 12, le hizo esta proposición al Jefe del Regimiento. El Teniente Estévez se encontraba asignado a esta Unidad. Además del ejercicio pastoral en la Guarnición Darwin-Goose Green, sus recuerdos y experiencias, de veterano de guerra en el Teatro de Operaciones Italia, lo impulsaron a realizar esta proposición, por la gravedad de la situación.

—Gracias, Padre, lo pensaré; mis asesores también me dieron el mismo consejo; esta Reserva es lo último de que disponemos. —Después de un rápido análisis con su Plana Mayor, adopta la urgente decisión.

—Teniente Estévez, como último esfuerzo posible, para evitar la caída de la Posición Darwin-Goose Green, su Sección contraatacará en dirección NO, para aliviar la presión del enemigo sobre la Compañía "A", del Regimiento 12 de Infantería. Tratará de recomponer, a toda costa, la primera línea. Sé que la misión que le imparto sobrepasa sus posibilidades, pero no me queda otro

camino —luego, lo despidió con un fuerte abrazo. La difícil y crítica situación no le permitió agregarle ningún otro tipo de detalles a la orden; además, tratándose de Estévez, eran innecesarios.

—Soldados, en nuestras capacidades están las posibilidades para ejecutar este esfuerzo final, y tratar de recomponer esta difícil situación. Estoy seguro de que el desempeño de todos será acorde a la calidad humana de cada uno de ustedes y a la preparación militar de que disponen —así fue la rápida arenga de Estévez.

Finalmente, todos los integrantes de la fracción, escucharon la mejor y más hermosa orden que puede dar un Jefe: "Seguirme". Pronto estarían inmersos en el combate.

—Para la Sección, sobre las fracciones enemigas que se encuentran detrás del montículo, ¡fuego! Artilleros, sobre el lugar, deriva 20 grados, alza 400 metros, ¡fuego! Esté atento Cabo Castro, en dirección a su flanco derecho, puede surgir alguna nueva amenaza... —diversas órdenes se entrecruzaban en medio del fragor y la ferocidad de la lucha; finalmente, se logra bloquear el avance, y aliviar en parte la presión ejercida por los ingleses.

—Cabo Castro, me hirieron en la pierna, pero no se preocupe, continuaré reglando el tiro de la artillería —gritó, sin titubear, el Teniente Estévez.

—Enfermero, rápido, atienda al Teniente —ordenó Castro, con un grito.

—Me pegaron de nuevo, esta vez en el hombro. Cabo Castro, no abandone el equipo de comunicaciones y continúe dirigiendo el fuego de artillería... —fue su última orden; un certero impacto en la cara, quizás de un tirador especial, lo desplomó sin vida.

—Soldados, el Teniente está muerto, me hago cargo —gritó Castro, y continuó con la misión ordenada, hasta que fue alcanzado por una ráfaga de proyectiles trazantes, que llegaron a quemar su cuerpo.

—Camaradas, me hago cargo del mando de la Sección, nadie se mueve de su puesto, economicen la mu-

nición, apunten bien a los blancos que aparezcan —el Soldado Fabricio Carrascul, llevado por el ejemplo heroico de sus Jefes que yacen inermes en el glorioso campo de la guerra, impartió con firmeza su primera orden.

—Los ingleses se repliegan, bien, los hemos detenido y los obligamos a retirarse. ¡Viva la Patria! —gritó, con alegría, Carrascul, al ver la maniobra inglesa. En ese momento, un preciso disparo, quizás del mismo tirador especial que eliminó a sus Jefes, le quitó la vida.

Habiendo cumplido con su misión, sin Jefes, agotadas las municiones y transportando sus muertos y heridos, la veterana y gloriosa Primera Sección de Tiradores Especiales se retiró hacia sus posiciones iniciales, habiendo cumplido con la Misión.

La carta póstuma, que el Teniente Don Roberto Estévez dejó escrita, en cumplimiento de esa orden que impartí al Regimiento, estaba dirigida a su Padre. Ésta se convirtió en un documento histórico, que revela, a su vez, el sentimiento más noble que joven alguno haya sabido transmitir para la posteridad.

Querido Papá: cuando recibas esta carta yo estaré rindiendo cuentas de mis acciones a Dios, nuestro Señor; Él que sabe lo que hace. Así lo ha dispuesto: que muera en el cumplimiento de la misión. Pero fijate vos qué misión. ¿Te acordás cuando era chico y hacía planes, diseñaba vehículos y armas, todo destinado a recuperar las Islas Malvinas y restaurar en ellas la soberanía? Dios, que es un Padre generoso, ha querido que éste, su hijo, totalmente carente de méritos, viva esta experiencia única y deje su vida en ofrenda a nuestra Patria.

Lo único que a todos quiero pedirles es, primero: que restauren una sincera unidad en las familias bajo la cruz de Cristo; segundo: que me recuerden con alegría y no que mi vocación sea la apertura a la tristeza, y muy importante, que recen por mí.

Papá, hay cosas que como en un día cualquiera, se dicen entre hombres, y que hoy debo decírtelas: gracias

por tenerte de modelo de hombre bien nacido, gracias por creer en el honor; gracias por tener tu apellido, gracias por ser católico, argentino, hijo de sangre española, gracias por ser soldado, gracias a Dios por ser como soy y que sea fruto de ese hogar donde vos sos el pilar. Hasta el reencuentro si Dios lo permite.

Un fuerte abrazo.
Dios y Patria o Muerte.
Roberto.

Cuando el Teniente Estévez desarrollaba el Curso de Comandos en la Escuela de Infantería, durante el año 1982, durante el desarrollo de una exigente ejercitación propia de la especialidad, tuvo un paro cardíaco. El médico que lo atendió, no obstante declararlo muerto, continuó prodigándole los auxilios correspondientes; milagrosamente, reaccionó. En forma inmediata, sufre un segundo paro, del que vuelve a recuperarse. Fue enviado al Hospital en forma inmediata. Todos se quedaron sorprendidos cuando, al día siguiente, se presentó para continuar el curso.

Sin dudas, el Señor prevé los mejores destinos para sus mejores hijos.

EPISODIO 40

"¡YO CREÍ QUE USTED VENÍA A RENDIRSE!"

—Subteniente Gómez Centurión, la Sección del Teniente Estévez ha sido, prácticamente, diezmada; pero ha cumplido con la misión de bloquear el ataque inglés que se ejecutaba sobre nuestras primeras líneas. Le comunico que Estévez ha fallecido heroicamente —el Teniente Primero Esteban, que recién se había reintegrado a la Compañía "C", después de su brillante acción en el Estrecho de San Carlos, fue quien le dio esta dolorosa noticia a quien fuera su camarada y amigo. En el rostro de Gómez Centurión se reveló la tristeza por la noticia. La crítica situación del momento impedía otra manifestación acorde con el acontecimiento.

—Es mi intención emplear su Sección para explotar lo hecho por Estévez. Esto, como última posibilidad, porque no se dispone de otras reservas y por la supremacía de la aviación inglesa. Usted es nuestra última carta. Entonces, usted ejecutará un nuevo contraataque hacia el Norte, apoyando su flanco derecho en el mar, con la finalidad de aprovechar el buen trabajo realizado por la Sección Estévez —concluyó Esteban.

Avanzó a través del fuego poco denso de artillería enemiga; en poco tiempo ya debió enfrentar al Segundo Batallón de Paracaidistas. Se originó un intenso tiroteo con armas automáticas, que duró aproximadamente treinta minutos; los ingleses quedaron cercados, entre el mar y un campo minado propio. La presentación de la

Sección de Gómez Centurión los sorprendió y les provocó importantes bajas.

—Mi Subteniente, los ingleses suspendieron el fuego —gritó el Sargento Sergio Ismael García, Encargado de la Sección.

—¿Qué harán ahora? —el subteniente seguía cada uno de sus movimientos con los prismáticos.

—Están agitando sus fusiles y sus cascos en señal de parlamento —dijo el Sargento García, con entusiasmo.

—¡Alto el fuego! —ordena Gómez Centurión a su aguerrida Sección de Tiradores Especiales; la orden se fue transmitiendo entre los soldados.

—Se acerca hacia nosotros.

—García, esté atento, me adelantaré para recibirlo; si llega a ocurrirme algo, abra el fuego con todas las armas —avanzó hacia el que venía, casi corriendo. La distancia aproximada era de doscientos metros. Llegó primero y allí lo esperó.

—*¿Do you speak english?* —preguntó el inglés, que resultó ser el Teniente Coronel Jones, Jefe del Regimiento 2 de Paracaidistas.

—*Yes* —respondió Gómez Centurión; dominaba el idioma inglés, por su permanencia en el exterior, acompañando a su padre.

—Terminó todo para ustedes, si me entrega el armamento de toda su tropa, le garantizo que van a salir vivos —dijo Jones.

—¡Yo creí que usted venía a rendirse! —respondió el Subteniente, en perfecto inglés, y basándose en la crítica situación en la que los ingleses se encontraban. Habían sufrido importantes bajas, los heridos estaban siendo retirados por los camilleros, bajo la vista de todos.

—*Lieutenant Colonel, you have to retired. In two minutes, I will start the fire* —gritó, enojado, recriminándolo por su actitud de soberbia; se replegó con la misma premura con la que había concurrido al encuentro. Mientras regresaba a su posición, la Sección comienza a recibir fuego desde el SE. Sin dudas, los ingle-

ses, aprovechando el tiempo de parlamento, desplazaron fuerzas al flanco, con la finalidad de rodearlos. Aún faltándole unos metros para llegar hasta los suyos, y previendo lo peor, vuelve a girar sobre sí mismo.

—Me engañaste —observa a Jones, que ya estaba en posición de abrir el fuego, y dispara sobre él; lo hiere de muerte.

Con los ingleses ubicados en mejores condiciones tácticas, ganadas durante el tiempo en que duró el parlamento, se desató un intenso fuego entre ambas partes; ambos bandos sufrieron importantes bajas.

—Sargento García, con los soldados Austín y Allende, trate de acercarse a la ametralladora que está disparando desde nuestro flanco, emplee granadas de mano para tratar de silenciarla. —La situación era muy crítica.

Mientras seguía dirigiendo el fuego en contra de la Unidad de Paracaidistas, que se encontraba desplegada a su frente, en un instante gira la cabeza para verificar la acción de la patrulla enviada, y los ve cuando caen heridos de muerte por una ráfaga de ametralladora.

—Malditos.

El fuego enemigo se hizo cada vez más intenso; resolvió replegarse con el primero y segundo grupos, protegidos por el tercer grupo que quedó a retaguardia, a modo de protección. Cuando esta última fracción inicia su repliegue, es herido el Cabo Fernández; debieron dejarlo por la gravedad de sus heridas.

—No se preocupe Fernández, volveré a buscarlo —y lo cubre con su poncho.

La intrépida y gloriosa Sección se retira con siete muertos y quince heridos. Un precario fuego, de la Artillería propia, cubrió su repliegue.

La suerte de la Guarnición Darwin-Goose Green quedó sellada. Ya no se dispone de más tropas para enfrentar al creciente ejército inglés.

—Necesito dos voluntarios para rescatar al Cabo Fernández —ante este pedido del Subteniente Gómez Centurión, toda su fracción dio un paso adelante.

Por la noche, tras infiltrarse entre las líneas enemi-

gas, logra rescatar a Fernández, quien se encontraba casi en estado de agonía. Con el concurso de los médicos logran salvarle la vida.

EPISODIO 41

"ME AUSENTO PARA RECORRER TODA LA POSICIÓN"

Si bien la responsabilidad de la Posición Defensiva del "Aeropuerto" era exclusivamente del Regimiento 25 de Infantería, también albergaba en su interior a una serie de elementos de otras Fuerzas, que no dependían de mí orgánicamente; pero, por estar ocupando un lugar dentro de mi zona de responsabilidad, debía visitarlos periódicamente para mantener las coordinaciones. Por la importancia de este Objetivo, había una importante cantidad de piezas de artillería antiaérea, pertenecientes a las tres Fuerzas Armadas.

Después de otra terrible noche con bombardeo naval, lo que hizo que no durmiéramos, me llevó a pensar que los ingleses tomarían un descanso después de tanto esfuerzo; entonces, me alisté para recorrer la totalidad del área bajo mi mando, sin dar el aviso previo.

—Mi Teniente Coronel, le informo que anoche la artillería naval destruyó el Puesto de Comando del Capitán Vlzek —informó el Capitán Izturiz.

—¿Hubo heridos?

—No; seguimos con buena suerte. Justamente, anoche el Capitán no estaba en el Puesto de Comando; contrajo gripe y lo habían derivado al Puesto de Socorro de Sanidad, el día anterior.

—Izturiz, voy recorrer.

—Mi Teniente Coronel, mida bien el riesgo de su decisión; las avanzadas de los ingleses ya disponen de cam-

po visual sobre nuestra Posición; estamos propensos a recibir fuego, por sorpresa.

—Izturiz, debo visitar las posiciones, es necesario; la guerra se pondrá más intensa cada día. Además, es importante que los soldados me vean. Muchas gracias por su advertencia, espéreme para la hora de la cena; hasta luego —inicié el circuito que había fijado.

Al llegar al sector de la Compañía del Capitán Vlzek, me recibió con un saludo el Suboficial Encargado, el Sargento Ayudante José Peralta.

—Permiso, mi Teniente Coronel, la Compañía sin novedad.

—¿Cómo sin novedad? Anoche tuvieron un lindo baile —las secuelas del bombardeo estaban a la vista.

—Usted sabe, mi Teniente Coronel, que el Capitán no quería quedarse en el Puesto Sanitario, pero, entre el Mayor Vergara y los Doctores Isola y Brosky, lo obligaron si no se hubiera internado, créame que no habría contado el cuento —y me mostró los cráteres ocasionados por la artillería naval inglesa.

El Teniente Primero Médico Isola, integraba el cuadro permanente del Regimiento; en cambio, el Soldado Médico Brosky, que actuaba como auxiliar, se encontraba cumpliendo con su servicio militar obligatorio. Este último era el único soldado de origen judío que participó de la Gesta por las Islas Malvinas. Su integración plena a la vida del Regimiento, incentivado, quizás, por las actividades religiosas que se cumplían durante las pausas del combate o en los "lugares de recuperación de personal", permitió que alcanzara un alto grado de identificación espiritual y religiosa con todos los camaradas. La acción de ambos, más la permanente actividad de los enfermeros, permitió que el Regimiento alcanzara un impecable estado de salud.

Conduciendo mi vehículo, por un difícil y accidentado terreno, me dirigí en dirección a un lugar que, por sus características y por la distancia, se presentaba como una vivienda miserable, propia de barrios marginales, muy ajena a la instalación de una posición defensiva.

Irrumpí en el lugar, por sorpresa, y observé a sus moradores, integrantes de una fracción de artillería antiaérea de una Fuerza que no dependía de mí que dormían y se encontraban en pésimo estado de higiene. Lo primero no me preocupó, en razón de la noche vivida, pero sí lo segundo, lo que no podía aceptar.

—Viéndolos en este estado les haré dos preguntas: primero, si ustedes son auténticos soldados, y segundo, si pertenecen a alguna fracción militar; porque lo que veo no lo indica.

—Estamos en guerra, Señor —contestó el de mayor jerarquía, buscando justificar la situación.

—Casualmente, por esa causa, es que debemos obligarnos más que cuando estamos en los Cuarteles de paz. Compórtense con toda la seriedad del caso y extremen las medidas que hacen al orden —respondí, aumentando cada vez el tono de voz.

Ante el silencio, continué hablando.

—Mucho más a mi favor, les diré que, en último caso, les hubiera aceptado ese pobre aspecto que tienen si por lo menos hubieran bajado algún avión inglés, durante estos últimos ataques; aquí se cumple el antiguo dicho: la forma es la expresión del fondo —el silencio fue total; me retiré bruscamente del lugar.

—¿Cómo está, Soldado Rodríguez?

—Bien, mi Teniente Coronel.

—Lo veo bastante delgado. ¿Qué le ocurre? ¿No le dan bien de comer? —estaba tan delgado que me inquieté, y ya estaba pensando en su evacuación sanitaria.

—Estoy bien, mi Teniente Coronel, pero si me permite, quiero hacerle un pedido —la potencia de su voz no coincidía con su aspecto físico—. Mi Teniente Coronel, nos hemos preparado durante mucho tiempo para enfrentar el ataque inglés, en este lugar; a último momento lo cambian y vienen por los "fondos" de la posición. Ante esta situación, le solicito que me traslade a algún Regimiento de primera línea, los que en pocos días más enfrentarán la embestida inglesa. —Esta respuesta, que

no la esperaba dado el deplorable estado físico del soldado, hizo que me emocionara mucho, y sin decir palabras lo abracé fuertemente y me retiré.

Mi reloj marcaba las dieciséis y treinta. El crepúsculo vespertino anunciaba la cercanía de la noche. Aceleré la marcha de mi vehículo para llegar antes del comienzo de los bombardeos navales nocturnos. Medité sobre la conversación con el Soldado Rodríguez; me había sorprendido, yo pensaba en su estado físico y él me mostraba su estado moral y espiritual. Paradoja de la vida, que la Guerra me permitió gozar.

EPISODIO 42

"¡DEBE TOMARSE ALGUNAS HORAS DE DESCANSO!"

Cesó la resistencia argentina en Darwin-Goose Green; los ingleses habían empleado la "estrategia indirecta", es decir la de atacar por el lugar menos esperado o a veces el más débil. Nuestro Comando Militar había apreciado que el Ataque Principal inglés se desarrollaría directamente sobre el Objetivo Estratégico Político y Operacional de Puerto Argentino. Esta opción estaba fundamentada en el gran poderío naval, aéreo y terrestre de que disponía Gran Bretaña. Hasta el final, continuaron aferrados a esta idea.

—Permiso, mi Teniente Coronel, Capitán Fernández de la Agrupación de Ingenieros; me envían para reforzar los campos minados de la Posición, fortificar su Puesto de Comando y para cualquier otra necesidad que usted tuviere.

—Capitán, nosotros disponemos de buenos y numerosos campos minados en los lugares de los posibles desembarcos, además, hemos aprovechado las instalaciones que los ingleses hicieron sobre la playa antes del desembarco del 2 de abril, y que por casualidad no pisamos —el Capitán Izturiz desplegó el mapa con la ubicación exacta de tales sectores con minas.

—Mi Teniente Coronel, perdóneme por la interrupción, informa el Comodoro Destri, Jefe de la Base Aérea, que un avión A4Q de la Armada, averiado durante una misión sobre objetivos ingleses, ha solicitado aterrizar en nuestra pista —informó el Subteniente Flores.

—Alerte a todos los Equipos de Combate —de inmediato me dirigí hacia el refugio enterrado, donde funcionaba la Jefatura de la Base Aérea, y me presenté ante el Comodoro Destri.

—Teniente Coronel Seineldín, tal como se lo transmití, se aproxima en emergencia un avión de la Marina; como tiene trabado el tren de aterrizaje, le ordené que descargue en el mar toda su munición y combustible, ponga el avión en "piloto automático" y se eyecte sobre la Posición. Para evitar que se estrelle sobre nuestras posiciones, le ordené a la artillería antiaérea que, una vez que el piloto se encuentre en tierra, procedan a destruirlo en el aire.

—Señor Comodoro, el avión a la vista —nos asomamos para seguir las incidencias.

—Gracias a Dios, el piloto salió de la nave; pero creo que caerá en el mar. Sargento Ayudante Pérez, alerte un helicóptero para un posible rescate en el mar —con sus prismáticos seguía los movimientos del piloto.

Inmediatamente, el ensordecedor ruido de todas las armas antiaéreas de la Posición, que se concentraron sobre el blanco, lamentablemente, no pudieron abatirlo, y se estrelló sobre la costa este de la Península. A los pocos minutos, y entre las personas que reunió el acontecimiento, pasó a mi lado el Oficial a quien había observado por el deplorable estado de su posición y de su personal. Le dije:

—Nuestros antepasados enfrentaban una guerra con sus mejores galas —en silencio continuó su camino.

—Mi Teniente Coronel, es conveniente que usted también acceda a los beneficios del sistema de "recuperación de personal", que usted mismo ordenó. ¡Debe tomarse algunas horas de descanso! —me dijo el Capitán Pugliese, al finalizar de rezar el Rosario diario, y mientras esperábamos el último turno para retirar nuestra comida caliente del día.

—Mire, yo estoy acostumbrado a esto; desde niño me gustó vivir algo salvaje; recuerdo que junto con algunos amigos de aquella época, nos íbamos dos o tres días a

una isla de mi adorado Río Uruguay, a modo de vacaciones. Además, entrené siempre de esta manera, no solamente a los Comandos y Paracaidistas, sino también a los soldados comunes.

—Nadie duda de ello, mi Teniente Coronel, pero ahora nos encontramos en una guerra, que además de ser defensiva, es dura desde todo punto de vista, donde debe estar descansado para poder conducir —agregó el Capitán Izturiz, poniendo en evidencia de esta manera que se habían puesto de acuerdo para convencerme de que debía tomar algunas horas de descanso.

—Estén tranquilos, estoy bien. En el único momento en que me siento incómodo es cuando debo salir al baño durante la noche, por el intenso frío y por los golpes que normalmente recibo al resbalar sobre la roca helada.

—Vea, mi Teniente Coronel, con todo el respeto que usted se merece, queremos que se vaya a bañar, la trinchera es chica y usted ya huele mal —debo reconocer que, pese a que mi higiene era diaria, el sorpresivo y contundente argumento que utilizaron hizo que no me quedara otra alternativa que aceptar la recomendación de mis camaradas.

EPISODIO 43

"¡PARA ANTES DEL 14 DE JUNIO, LAS ISLAS VOLVERÁN A LAS MANOS DE LOS INGLESES!"

La marcha de las fuerzas inglesas, hacia la retaguardia de la Posición de Puerto Argentino, aunque lenta y penosa, era inexorable. La defensa argentina se había organizado en tres líneas defensivas:

La primera, aprovechando las alturas: Monte Longdon-Two Sisters-Harriet. La segunda, ocupando los cerros: Wireless Ridge-Monte Tumbledown-Monte William y la tercera, Sapper Hill.

Se trabajó afanosamente para reforzarlas al máximo, y tratar de resistir el poderoso ataque inglés. Las difíciles características del terreno, las crudas condiciones meteorológicas, el constante bombardeo naval y aéreo y la natural sensación de asfixia que producía el bloqueo, complicaban tremendamente esta tarea. A pesar de ello, todos ponían su máximo esfuerzo para estar, humanamente, a la altura de las circunstancias.

Los británicos aprovecharon esas noches largas de invierno, y su gran disponibilidad de medios de visión nocturna —elementos de los que nosotros carecíamos—, para trabajar contra reloj, así evitarían tener que afrontar un agravamiento de las condiciones climáticas.

—¡Qué ironía, no hace mucho tiempo conformábamos el frente de combate de la Posición Puerto Argentino, y hoy, lamentablemente, los ingleses nos transformaron en retaguardia! —la acertada observación era del Capitán Izturiz.

—Así es la guerra; de todas maneras, no debemos descuidarnos, pues pueden cambiar su centro de gravedad y volcarlo nuevamente sobre nuestras posiciones. Sin dudas que, cuando lancen su ataque sobre las primeras líneas, a nosotros nos aplastarán con fuego de todo tipo para evitar que nos movamos y vayamos en auxilio —agregué.

—Buenos días, mi Teniente Coronel.

—¿Cómo está, Vergara? Pase, tome un mate caliente.

—Con gusto, mi Teniente Coronel —se ubicó en la incómoda y húmeda trinchera del Puesto de Comando.

—Mi Teniente Coronel, le traigo un informe que considero importante.

—Lo escucho Vergara.

—El Señor Everto Caballero, Jefe del Correo en Puerto Argentino, me pidió que le transmitiera que el isleño que estaba a cargo del Correo, a quien él reemplazó el 7 de abril, le dijo que tiene conocimiento de que ¡para antes del 14 de junio, las Islas volverán a las manos de los ingleses! Además, gracias a la amistad que llegaron a consolidar, éste le ofreció, cuando llegue ese momento, toda la ayuda personal que pudiera necesitar.

—¿De dónde pudo haber obtenido ese dato?

—Mi Teniente Coronel, nosotros no podemos descartar que el 2 de abril hayan quedado algunos agentes de inteligencia ingleses infiltrados dentro de la población, y que ahora se estén comunicando con los británicos. Esto es lo que yo aprecio.

—Debemos informarle al Jefe de Inteligencia del Comando Militar.

Aunque la noticia me dejó perplejo, terminé reaccionando en forma emotiva:

—Vergara, confío en la resistencia de las líneas de defensa y además en el apoyo oportuno que podemos recibir desde el Continente.

Cuando Vergara se retiró quedé triste. Me sentía muy dueño de las Islas como para aceptar que podría perderlas.

—Capitán Izturiz, voy a recorrer la zona del Faro, para

ver cómo están las cosas, después del intenso bombardeo naval de anoche.

—Mi Teniente Coronel, se está arriesgando demasiado.

—No se preocupe.

Después de una dificultosa marcha con el vehículo, por la permanente llovizna y el espeso barro, llegué al Faro.

—La Posición de Defensa del Faro, sin novedad —me recibió el Capitán Olmos.

—¿Cómo pasaron la noche?

—A pesar de todo el ruido que hicieron estos gringos durante toda la noche, gracias a Dios no tuvimos bajas —mientras caminábamos me impuso de otras novedades; aproveché para saludar a todo su personal.

—Pero, ¿qué hace la Imagen de la Virgen de Fátima aquí? ¿Por qué no se cumplió mi orden? ¡Les ordené que no debía ser traída a la posición! —realmente me había ofuscado.

Apelando a sus gestos de caballerosidad, que siempre lo caracterizaron, y a la antigua amistad que teníamos de diversos destinos militares, me expresó:

—Mi Teniente Coronel, créame que no sé quién la trajo; al igual que usted, recién tomo conocimiento de que la Imagen está aquí. Permítame averiguarlo —de inmediato ordenó se investigara esta circunstancia; me aparté del lugar esperando una respuesta rápida.

—Mi Teniente Coronel, créame que nadie sabe nada; le solicito veinticuatro horas para averiguarlo —me aclaró, tratando de calmarme y de modificar mi estado de ánimo.

—No lo tome a mal, mi Teniente Coronel, usted es el responsable de que la devoción a la Virgen se haya generalizado en su Regimiento. Ésta podría ser una noble manifestación de algunos de sus soldados, compréndalos —logró calmarme.

—Me retiro, Olmos, mañana le hablaré para saber sobre los resultados de la investigación.

Mientras regresaba, lentamente, fui comprendiendo el

hecho. Mi concepto de la disciplina militar no me había permitido interpretar el maravilloso gesto de haber trasladado la Imagen de la Virgen Generala, para que presidiera la batalla que se aproximaba.

Nunca le recabé al Capitán Olmos los resultados de la investigación, pero tampoco jamás supe quién fue el responsable de su traslado.

EPISODIO 44

"TENEMOS UN NUEVO VISITANTE..."

—Como lo habíamos prometido, lo visitamos en sus trincheras —quien se presenta en forma cordial es el Señor Comodoro Carlos Blomeer Reeve, Secretario del Gobierno de las Islas Malvinas; lo acompañaban el Capitán de Navío Barry Melbourne Hussey, Secretario de Educación y Salud Pública, y el Coronel Don Oscar Chinni, Secretario de Economía y Finanzas.

—Hoy disponemos del tiempo necesario para la visita, no tenemos tareas urgentes y, además, sin aviso de alerta roja —agrega el Coronel Chinni, haciendo referencia a la conocida y frecuente alarma de advertencia de ataques aéreos.

—Sean, ustedes, bienvenidos. Creí que se habían olvidado de la promesa de pasar algunas horas en pleno campo de combate —les contesté, invitándolos a sentarse, pese a la estrechez del ambiente. Seguidamente, puse una grabación de marchas militares y los invité con un jarro de mate cocido bien caliente; haciendo gala de la costumbre familiar, de recibir a las personas con alegría, ofrecerles asiento y presentarles, al menos, un vaso con agua.

—Créame, Seineldín, que aquí me siento bien —dice el Comodoro Bloomer Reeve; un diestro aviador que contaba con la mayor cantidad de horas de vuelo en la Fuerza Aérea Argentina. Se había desempeñado, durante años anteriores, como Agregado Militar en las Islas, oportunidad que le permitió realizar una gran tarea de acerca-

miento con los isleños y cultivar amistades; por esta razón fue elegido para la tarea que se le encomendó.

—Si ustedes me lo permiten, les explicaré cómo están organizadas las posiciones del Regimiento 25 de Infantería —dije, mientras desplegaba algunos mapas. Apenas inicié la exposición comenzó un intenso bombardeo aéreo, que hizo temblar nuestra posición.

Atónitos, pero sin perder el humor en medio del ensordecedor ruido, me dice el Capitán de Navío Hussey:

—Seineldín, no era necesario que nos demostrara cómo se soporta un bombardeo, veo que les ha pedido a los ingleses un apoyo para que viviéramos plenamente este momento militar —expresión que provocó la carcajada de todos.

Mientras contemplaba como se alejaban velozmente, en su vehículo, observé a la distancia que un soldado se desplazaba en dirección a un campo minado.

—Vergara, ¿está viendo a ese hombre?

—Sí, mi Teniente Coronel, el soldado va en dirección de un campo minado —me contestó.

Grité, para llamar su atención; no me escuchaba, entonces me lancé en una rápida carrera cuesta abajo, golpeándome en más de una oportunidad contra las filosas piedras que bordeaban mi Puesto de Comando. Me aproximaba gritando, sin lograr que se diera vuelta. Cuando lo alcancé lo observé con sus ojos perdidos y sin capacidad de razonamiento; traté de hacerlo reaccionar, lo sacudí y, por fin, le propiné unas bofetadas; esto lo volvió consciente.

—Discúlpeme las cachetadas, pero no me quedó otro remedio. ¿Qué le pasó? —le pregunté.

—No sé —me contestó.

—No se preocupe, es común que esto suceda después de recibir tantas bombas.

Recuerdo que en otra oportunidad, en que lo crucé en el camino, le reiteré mis disculpas por mi actitud; me respondió con buen humor: "Mi Teniente Coronel, entre sus cachetadas y volar por los aires, no sabría por cuál decidirme".

Ese mismo día, el 8 de junio, en horas de la tarde —quizás por las difíciles características del terreno, que imposibilitaban la marcha de aproximación de los soldados británicos; por la amenaza meteorológica, con sus temidas bajas temperaturas y por la insistente presión de Londres por una rápida definición de la contienda—, los ingleses desembarcaron, con parte de sus fuerzas, en Bahía Agradable, ubicada aproximadamente a treinta kilómetros al sudoeste de Puerto Argentino.

—Pugliese, ¿de dónde provienen esas explosiones?

—Informan de la Base Aérea que la aviación argentina sorprendió un desembarco inglés muy cerca de aquí, y los están atacando con todo lo que tienen.

—Quiera Dios que los detengan, en caso contrario en pocos días más se iniciará la batalla decisiva.

—Recibí un parte del Comando Militar que ordena que todos los Jefes de Unidades deben reunirse con el General Jofre a las dieciséis —me comunica seguidamente el Mayor Izturiz.

Mientras me desplazaba en mi vehículo, continuaban escuchándose las potentes explosiones en dirección al sudoeste, lo que sin dudas elevó nuestro ánimo.

—¡Hola Kasansew! —en la entrada de la localidad saludé a este distinguido. Junto con Daniel Mendoza y García Malod, fueron los primeros periodistas que arribaron a las Islas Malvinas. Entre los cuatro, forjamos una sólida amistad.

—Teniente Coronel, felicitaciones por lo que estamos escuchando —me dijo con un tono de marcado optimismo, ante la dura batalla aeronaval que se desarrollaba.

—Lástima, este maldito bloqueo que nos han impuesto nos impide transportar tropas al lugar del desembarco; pudimos bloquearlos en la misma playa. Creo que nos ocurrirá algo similar al 21 de mayo, en el Estrecho de San Carlos; dispusimos de un excelente fuego de apoyo aéreo, pero con escasa fuerza de infantería para contenerlos —continué mi marcha hacia la reunión.

—Señores Jefes, ¡buenas tardes! —saludó el General Jofre, Comandante Militar de las Fuerzas Terrestres Ar-

gentinas. Su rostro demostraba dureza, preocupación y sin duda largas vigilias.

Después de repasar algunos detalles de la operación a desarrollar y de hacer todas las aclaraciones para cada caso, nos dijo en un tono enérgico y decidido: "Señores, el ataque aéreo en Bahía Agradable ha sido un éxito, le ha provocado importantes pérdidas a los ingleses, pero, lamentablemente, no podemos acercar fuerzas para detener el ataque. Por lo tanto, en pocos días más, las fuerzas inglesas enfrentarán a nuestra posición de Puerto Argentino. Con excepción de la Fuerza Aérea, aunque está bastante desgastada por el gran esfuerzo desarrollado, no contamos con otro tipo de apoyo. Espero que combatan bien y estén a la altura de las circunstancias; confío en ustedes y en sus tropas. Les deseo buena suerte". Concluida la reunión, nos apresuramos en regresar a nuestras posiciones antes de la llegada de la noche.

—Mi Teniente Coronel, le informo que tenemos un nuevo visitante —me comunicó el Teniente Izturiz.

—¿A quién se refiere?

—Hace una hora aproximadamente, observé un reglaje del fuego de la artillería terrestre inglesa sobre Sapper Hill.

—Bueno... cartón lleno... fuego naval... fuego aéreo y, ahora, fuego terrestre... qué le hace una mancha más al tigre... —le contesté con este antiguo dicho que utilizábamos en mi ciudad natal, como para no demostrar preocupación ante la presencia de los poderosos cañones ingleses, que conocía perfectamente.

El Regimiento 25 de Infantería demostraba un excelente espíritu guerrero. Los soldados de ambas clases; los de dieciocho años, con cinco meses de incorporados, y los de diecinueve años, movilizados para la guerra. Ambos núcleos fueron instruidos de la misma manera y por los mismos Oficiales y Suboficiales; se amalgamaron de tal manera, que conformaban una auténtica y verdadera Unidad Humana y Militar. La hora de la verdad estaba cerca. Yo estaba seguro de que mi Regimiento, al igual que la Compañía "C" en Darwin-Goose Green, cumpliría con su misión de manera fehaciente.

EPISODIO 45

"¡PERDIMOS LAS ISLAS!"

El 11 de junio, por la información recibida y el intenso fuego que estábamos soportando, ya no teníamos dudas de que la Batalla Final, o Decisiva, se había iniciado. La artillería naval y terrestre, inglesa, y sus constantes bombardeos aéreos —algo disminuidos por las pérdidas sufridas—, así lo demostraban.

Cuando caía la tarde comenzó un intenso bombardeo sobre las alturas correspondientes a la primera línea: Monte Longdon y los cerros Two Sisters y Harriet, defendidos por el Regimiento 7 de Infantería y el Regimiento 4 de Infantería, respectivamente.

El fuego era de tal magnitud que, a la distancia, sus efectos, de intensa luminosidad, contrastaban con el momento del día, había comenzado a anochecer. Parecía que "una fracción del día era robada por la noche". Los haces multicolores de las ametralladoras se entrecruzaban, como en un festival con fuego de artificios; con la diferencia de que éstos eran portadores de muerte y destrucción. Los disparos de ambas artillerías se cruzaban sin descanso. El fuego de los barcos ingleses desalentaba nuestros anhelos y cualquier intención. No obstante, ninguno de los bandos se daba tregua.

—¿Usted cree, mi Teniente Coronel, que el "4" y el "7" resistirán el desproporcionado fuego que están recibiendo?

—Lamentablemente, Izturiz, ellos tienen posiciones

débiles, no tuvieron ni el tiempo ni los materiales para reforzarlas, pero debemos confiar.

Mientras observábamos la Gran Batalla —calculada por los ingleses para ser desarrollada en tres días—, escuchamos, por medio de las radios, los informes de cuantiosas bajas y las órdenes y pedidos de apoyo de fuego; todo esto entremezclado, irónicamente, con la transmisión de un partido de fútbol del campeonato mundial. Cruel paradoja: banderas con la sangre de trincheras y otras banderas flameando en las tribunas, ambientando delirantes muestras de frivolidad.

Permanecimos en profundo silencio. Todas nuestras miradas estaban fijas en esa "gran luminosidad", de donde esperábamos el resurgir de nuestras esperanzas. Los temas a tratar estaban agotados, sólo ansiábamos que llegara el día para conocer el resultado de la primera fase de la batalla.

El amanecer del día 12 de junio se presentó gris y con el terrero cubierto por una leve nevada; para mí fue una "señal" poco alentadora. El frío nos penetraba hasta los huesos. Lejos quedaron aquellos buenos momentos vividos durante la recuperación de las Islas.

Por momentos, el silencio se adueñaba de todo el Teatro de Operaciones.

—Mi Teniente Coronel, el General Jofre está al teléfono —me informó el Subteniente Flores.

—¡Ordene, mi General!

—Seineldín, le comunico que la primera línea defensiva ha cedido totalmente. Las bajas son importantes. Con las fuerzas que conseguimos salvar, trataremos de reforzar la segunda línea, siempre que los ingleses nos den tiempo. Aliste un Equipo de Combate para ser empleado "a orden", a partir de las 20 del día de hoy —era el día 12 de junio.

—Capitán Izturiz, hágase cargo de organizar el Equipo de Combate solicitado. Al retirar los efectivos de las distintas Subunidades, tenga en cuenta no debilitar la Posición Defensiva; no debemos descartar una acción sorpresiva de los ingleses.

Cuando Izturiz se retiró, permanecí observando su desplazamiento, como una forma de distracción ante la llamativa quietud. De pronto hubo una concentración de "fuego artillería, de reglaje" —a modo de corrección del tiro—, a cincuenta metros de su vehículo; inmediatamente, la segunda (lograda por el empleo de computadoras, lo que permitió una gran velocidad de rectificación). El vehículo saltó por el aire; Izturiz se repuso y corrió velozmente hacia donde yo estaba, tropezando y cayendo en varias ocasiones.

—Mi Teniente Coronel, es terrible lo que viví —me dijo, agitado, jadeante y con la evidente conmoción reflejada en su rostro.

—Después de tantas recomendaciones que usted me hizo cuando yo salía a recorrer, le ocurre justamente a usted —le dije, con cierto humor, para tratar de calmarlo.

Lo que restaba del día 12, hasta el 13 de junio al atardecer, se empleó para alistamiento, tanto ellos como nosotros. Estábamos seguros de que la calma aparente que se vivía era el preludio de la continuación de la tormenta. En este retraso de las operaciones, que si bien favorecía a ambos, los británicos llevaban la mejor parte, ellos tenían la posibilidad de reemplazar las tropas que combatieron, por otras más frescas, y reforzar sus abastecimientos. En cambio, nosotros debíamos seguir cumpliendo con las mismas tropas, agotadas hasta el extremo por el esfuerzo empleado y, prácticamente, sin abastecimientos, producto del bloqueo.

La tenaz artillería inglesa nos aplastaba con concentraciones de fuego, lo que impedía nuestros movimientos.

Mientras observaba el campo de combate desde un punto dominante, distante a quince metros del Puesto de Comando, recibí una potente concentración de fuego de artillería. Quizá, las ondas emitidas por mi radio les facilitaron la ubicación a los radares ingleses. Debo reconocer que me sorprendió, me obligó a buscar refugio en otro lugar. A pesar de que nadie me vio, sentí vergüenza, consideré que mis movimientos de protección

fueron poco dignos. Me autojustifiqué por el cansancio psicológico que ya empezaba a penetrarme. Me sirvió para valorar, aun más, el importante esfuerzo de mis soldados, que no tenían la preparación profesional como la que yo contaba. A partir de esta experiencia, utilizamos las radios con mensajes muy breves, debiendo mantenerlas apagadas durante el mayor tiempo posible. El mismo proceder se utilizó con los radares; los ingleses utilizaron un sofisticado proyectil antirradar, que les fue proporcionado por los Estados Unidos.

A esta altura de los acontecimientos, las situaciones particulares vividas, como la mía, consecuencia del prolongado estado de tensión y el desgaste, habían logrado producir efectos psicológicos determinantes y hasta actitudes más osadas. Como la propuesta que recibí de parte de dos de los integrantes de la Compañía de Comandos 601, de la cual fui su organizador y primer Jefe.

—Mi Teniente Coronel, venimos de parte de un grupo de Oficiales, para transmitirle un mensaje. La guerra, prácticamente, está perdida. La única solución posible, para evitar la derrota, es que usted dé un "golpe de mano" al Comando Militar, destituya a los actuales Comandantes y se haga cargo de la conducción de las operaciones —dijo uno de ellos.

—Es una idea descabellada. Tenemos a los ingleses apenas a cinco kilómetros de nuestras posiciones, nos encontramos aplastados por sus fuegos y estamos bloqueados, con nuestras fuerzas desgastadas y escasez de munición —le contesté, todavía sorprendido por semejante propuesta—. Les recomiendo interponer la sensatez, el criterio y el sentido común. ¡Háganme el favor de retirarse! —los despedí con un marcado tono militar; quedé consternado por la propuesta. El futuro me daría las explicaciones.

—Mi Teniente Coronel, esta noche, efectivos de la Marina, a órdenes del Capitán de Fragata Ingeniero Naval Julio Pérez, tratarán de adaptar un proyectil Exocet MM-38 —llegado en avión desde el Continente (que son del tipo utilizado en los buques)—, para poder dispararlo

desde tierra. Se intentará poner fuera de combate al destructor inglés que nos bombardea todas las noches. Nos solicitan que, desde nuestro lugar, evaluemos los resultados cuando haya funcionado. La señal de alerta será, "la mesa está servida" —informó el Capitán Pugliese. Y agregó—: Tengo conocimiento de que, aproximadamente a las diecinueve y treinta, aterrizará un avión de carga C-130, transportando un cañón 155 mm y municiones, y que deberá regresar con la máxima cantidad de heridos.

Esta operación me pareció temeraria, por la difícil situación que vivíamos.

Los fuegos de artillería se acrecentaban, como preludio de la nueva embestida inglesa, en la segunda línea: Wireless Ridge, Monte Tumbledon y Monte William, defendidas por los restos del Regimiento 7 de Infantería, el Batallón de Infantería de Marina 5 y otras Unidades.

A pesar del fuego que se recibía en los alrededores de la pista de aterrizaje, el avión C-130, volando a ras del mar para evitar ser detectado por los radares, aterrizó, descargó el material de artillería y la munición, cargó los heridos —todo en media hora y en total oscuridad—, y levantó vuelo rumbo al Continente.

Me sentí satisfecho al comprobar que, hasta en los momentos más difíciles, el Regimiento seguía cumpliendo con la misión impuesta, de asegurar las normales operaciones del aeropuerto. Seguidamente, agradecí a la Virgen de Fátima por la protección que hizo de la pista de aterrizaje (que funcionaba perfectamente a pesar de los bombardeos recibidos) y por la difícil operación aérea realizada con éxito; le rogué, además, por la llegada del avión sin dificultades hasta su destino en el Continente. De pronto, escuchamos por la radio "la mesa está servida"; inmediatamente, ocupamos los lugares para observar el disparo.

Se escuchó un estrepitoso ruido cuando el proyectil Exocet abandonó su plataforma de lanzamiento; en pocos segundos más se iluminó el horizonte, a modo de un enorme relámpago. "¡Blanco!", grité con todas mis fuerzas. Así envié el mensaje por la radio. Esa noche hicie-

ron impacto en el destructor HMS Glamorgan, responsable del bombardeo a nuestra posición.

—¡Al fin nos quitamos de encima a este molesto!

La segunda línea defensiva volvió a iluminarse con mayor intensidad que durante el ataque del 11 al 12 de junio. El intercambio de proyectiles de todo tipo era incesante.

Seguidamente, el Comando Militar nos ordenó que enviáramos el Equipo de Combate que nos habían solicitado para ejecutar un bloqueo en Moody Brook; y que la Sección de Morteros 120 mm debía hacer fuego sobre ese sector.

A medida que transcurrían las horas, entre fuego cruzado, los diálogos que se escuchaban por radio nos hacía prever que se acercaba el fin. La temperatura bajaba cada vez más. La nevada incrementaba su intensidad. Por momentos nuestros dientes chocaban entre sí sin que pudiéramos controlarlos.

Con las primeras luces del 14 de junio, todas las armas se silenciaron repentinamente. Un silencio sepulcral dominó totalmente la escena. Las transmisiones se detuvieron. Por medio de mis binoculares observé, a la distancia, que algunos soldados ingleses trasladaban a un grupo de soldados argentinos prisioneros.

En silencio, me senté en la trinchera, apoyé la cabeza sobre mis manos, los brazos sobre las rodillas. "¡Perdimos las islas!", reflexioné con dolor en mi corazón...

EPISODIO 46

"LE SALVÉ LA COMPAÑÍA"

La noche del 13 al 14 de junio, la posición de Puerto Argentino se estremecía bajo un permanente y duro fuego inglés.

—Teniente Coronel Seineldín, de acuerdo con lo previsto, ordene que el Equipo de Combate que debía alistar inicie el avance hacia Moody Brook. En inmediaciones del Hospital, un Jefe del Estado Mayor del Comando Militar le impartirá la misión a cumplir.

—Reunirse sobre el punto ordenado —fue la orden del Teniente Sosa Bari, cuando recibió el mensaje (este Oficial había sido agregado al Regimiento); sus jefes de Secciones eran los Subtenientes: Carlos Polidano, Luis Fernando Bracht y Abel Aguiar. A continuación ordenó avanzar.

—Desplegarse en cuña invertida de Sección. ¡Seguirme! —ordenó el Subteniente Polidano, con firmeza, poniéndose al frente del dispositivo. Sin dudas que sus reflexiones giraban sobre este momento de la guerra; las particularidades de esta misión en el primer grado de oficial.

—Soldados, con nosotros avanza el espíritu de nuestros camaradas que dieron su vida en los combates de San Carlos y Darwin-Goose Green. ¡Sigamos su ejemplo! —gritó, en medio del ensordecedor ruido de los proyectiles de artillería enemiga, el Subteniente Bracht.

—Avanzar rápidamente después de la próxima ráfaga de artillería —gritó, a su vez, el Subteniente Aguiar, bizarro abanderado del Regimiento 25 de Infantería.

Mientras el aguerrido Equipo del Teniente Sosa Bari avanzaba con grandes dificultades, se encontraba de frente con fuerzas argentinas que se replegaban con cierto desorden; algunas fracciones habían perdido a sus jefes, a otras les habían destruido sus posiciones defensivas. El hecho poco estimulante para esta fracción que iniciaba un contraataque era ver a sus propios aliados regresando en clara actitud de derrota. El fuego recibido, las carencias logísticas, y el clima implacable, lastimaron cruelmente el espíritu de lucha.

—Mi Subteniente, me parece, por lo que veo, que las cosas en el frente no van bien —comentó el Soldado Torello al Subteniente Polidano.

—Es posible. Para ello nos ordenaron este ataque, quizás para cerrar una brecha abierta por los ingleses en el frente —fue la respuesta del Subteniente; por momentos mirando al frente y por momentos mirando hacia atrás para controlar a su Sección de Tiradores Especiales.

—En esta confusión, descarto que haya alguien esperándonos. De todas maneras, y en cumplimiento de la misión, esperaremos el tiempo que sea necesario —dijo el Teniente Sosa Bari al Suboficial Encargado del Equipo de Combate.

Sorpresivamente, se presentó, desde el linde del Hospital, un Jefe del Comando Militar.

—Teniente, el frente ha caído. Ya no hay más nada que hacer. La retirada de nuestras fuerzas es generalizada. Repliegue rápidamente al Equipo de Combate a su posición.

—Sargento Ayudante, imparta por radio la orden de repliegue. Recomiende no romper las formaciones de combate bajo ningún pretexto.

—Soldados, debemos retirarnos. Recomiendo mantener la formación y la disciplina —ordenó el Subteniente Polidano a su fracción, cuando recibió el mensaje.

—Mi Subteniente, créame que estoy profundamente amargado por retirarnos sin haber podido combatir —dijo el Soldado Lacabane.

—Todos tenemos el mismo sentimiento, pero debemos cumplir el mandato —contestó el Subteniente.

Los soldados, de sólo dieciocho años de edad, demostraban que a pesar del escaso tiempo que estuvieron incorporados, estaban a la altura de los hombres que hicieron nuestra historia Patria.

Cuando regresó el Equipo de Combate, que lo hizo cantando la marcha del Regimiento, y en momentos en que pasaban frente a un grupo de periodistas ingleses —que habían sido adelantados en helicópteros para lograr las primeras fotografías del fin de la guerra—, el Oficial Domínguez Lacreu giró sobre sí mismo, y les hizo el clásico gesto de "corte de manga".

—Mi Teniente Coronel, del Comando Militar lo llaman.

—Mi Teniente Coronel, pongo de manifiesto el buen espíritu del Equipo de Combate, pero por razones de la crítica situación en la que nos encontrábamos, ordené su repliegue. Creo que le salvé la compañía.

EPISODIO 47

"NOSOTROS HEMOS PERDIDO UNA BATALLA, PERO NO LA GUERRA"

—Observo grupos dispersos de tropas, provenientes de Puerto Argentino, que se desplazan hacia nuestra posición —informó el Capitán Pugliese.

—¿Supongo que no se concentrarán en este lugar? —le respondí, a modo de pregunta mientras los observaba con mis anteojos de campaña. La zona había sido bombardeada continuamente, y existían muchas bombas sin explotar dispersas en la extensión; además, nuestras posiciones estaban rodeadas por campos minados. Asentar tropas en este lugar representaba un grave riesgo para las personas.

—Me parece que sí —agregó el Capitán Izturiz.

—Mayor Vergara, evitemos el desorden, se encargará de lo siguiente: primero, convoque al Padre Jorge Luis Piccinali, que pertenece al clero de la Capital Federal, para que reciba la Imagen de la Virgen de Fátima; segundo, repliegue hacia este lugar a todos los efectivos del Regimiento 25 de Infantería que se encuentren fuera de esta posición, y tercero, proceda a destruir el armamento pesado y los vehículos, de acuerdo con el Plan de Destrucción.

—Mi Teniente Coronel, por orden del General Jofre, todos los Jefes de Unidades deberán reunirse con él en el linde de Puerto Argentino —intervino el Subteniente Flores.

Mientras me desplazaba con mi vehículo, me crucé con el Padre Piccinali y le dije:

—Padre, estimo que los Sacerdotes serán evacuados al Continente en primer término, por lo tanto, le ruego que reciba la Imagen de la Virgen de Fátima que le entregará el Mayor Vergara, y que la devuelva a la Hermana Pilar Bañares, en el Instituto Fátima.

—Señores Jefes, la Batalla de Puerto Argentino ha terminado —dice el General Jofre—; todos hemos puesto lo mejor de cada uno para que este final no ocurriera, pero ocurrió. Debo decirles que estoy orgulloso de haberlos comandado. Nos queda, ahora, un duro y triste camino que debemos enfrentar con la misma entereza con que lo hicieron en estos aciagos días; no sé si los volveré a ver; después que se firmó la rendición han restringido nuestros movimientos. Nos impusieron una custodia con Policías Militares ingleses.

Al despedirnos, y mientras nos dispersábamos para atender los graves problemas que nos imponía la situación, tuve oportunidad de saludar al Teniente Coronel Don Omar Giménez, Jefe del Regimiento 7 de Infantería, digno soldado con quien habíamos compartido gran parte de nuestra vida militar. Su semblante denotaba la angustia, por la derrota, y el rigor de las horas de combate sostenidas. Me miró y dijo: "Me destruyeron el Regimiento".

—Ánimo, Omar, no aflojes... ánimo... vamos... vamos...; todos cumplieron con su deber. Vi cuando caía el infierno sobre ustedes. Te debes a los que quedaron; contar la Verdad sobre esta Gesta será el mejor homenaje para los muertos, para los heridos y para aquellas familias que esperan en el Continente —fue mi única respuesta. Lo abracé en silencio.

—Tengo muchos muertos y heridos, ¿merezco un castigo tan grande? —agregó, con lágrimas en los ojos. La urgencia de la emergencia me imponía partir de inmediato; luego del abrazo, me alejé haciendo mío su dolor.

Mientras regresaba a mi Puesto de Comando, crucé largas columnas que marchaban sobre ambos lados del

camino hacia el Aeropuerto. Me detuve ante una de ellas y, desde el vehículo, le pregunté a un Oficial: "¿Quién les ordenó concentrarse en el Aeropuerto?" El estado de agotamiento por la intensa actividad de combate justificaba su apagada voz en la respuesta: "Nadie, mi Teniente Coronel." Recibí dos respuestas similares, más adelante. Parecía un desplazamiento instintivo, como el de algunas manadas, hacia la "puerta de salida", el Aeropuerto. Precisamente, al lugar donde habían arribado. Ninguna autoridad impartió la orden de concentrarse en ese lugar, sin embargo, había prevalecido el natural deseo de volver al hogar. Estos hermanos, los de las Islas, nos habían desconocido.

Fue en esos momentos cuando sentí un fuerte ardor en el estómago. Al bajar del vehículo comprobé rastros de sangre sobre el asiento. "Lo único que me faltaba, enfermarme ahora... no lo acepto... prefiero la muerte." Las dramáticas experiencias vividas y la angustia por los acontecimientos por venir estaban dejando dolorosas consecuencias psicofísicas. En mi caso particular, estas dolencias se mantuvieron durante todo el período de cautiverio.

—Mi Teniente Coronel, ¿me permite unas palabras? —me solicitó el Mayor Doglioli, integrante del Estado Mayor Personal del General Menéndez.

—Lo escucho Doglioli.

—Mi Teniente Coronel, usted debe hacerse cargo de todos los efectivos de Puerto Argentino, los que se han estado concentrando en la zona del Aeropuerto.

—Vea, Doglioli, yo no soy el de mayor jerarquía, además, debe existir una orden de operaciones específica, son casi nueve mil personas en un profundo estado de crisis.

—Mi Teniente Coronel, le ruego que se haga cargo, en caso contrario pueden producirse hechos lamentables por falta de control. Hace unos instantes un soldado, por curiosidad, subió a un avión Pucará que estaba en la pista y al mover una palanca se eyectó, recibió un serio golpe —agregó, con mucha vehemencia.

—Está bien. Reúna inmediatamente a todos los Jefes responsables de las Unidades y Fracciones.

Más tarde, pude hablar con esos Jefes.

—Señores, el panorama que presenta el Aeropuerto es desolador. El Mayor Doglioli me solicitó que me hiciera cargo para ordenar esta situación. Al respecto no existe ninguna orden formal, y los generales están prisioneros. ¿Alguien tiene alguna objeción para que me haga cargo?

El silencio fue unánime. Utilizando los medios logísticos del Regimiento 25 de Infantería, procedí a organizar el lugar. Distribuimos los sectores para los campamentos; se asignaron las horas para las comidas; el sistema de seguridad; atención médica; turnos de controles; limpieza de sectores por explosivos diseminados; baños; purificación del agua obtenida de los cráteres dejados por las bombas; y los turnos para la evacuación del personal, en la oportunidad en que se autoricen los embarques para regresar al Continente.

—Deseo recordarles algo muy importante: nosotros hemos perdido una batalla, pero no la guerra. Mi intención es que se preparen para regresar al Continente en las mejores condiciones posibles. Por lo tanto les comunico que no quiero ver a ningún Oficial, Suboficial o soldado con aspecto de derrotado. Estoy seguro de que dentro de algunos instantes, esta posición hervirá de ingleses y de periodistas. Ante estas presencias deseo verlos erguidos, activos, limpios y realizando actividades, como por ejemplo: gimnasia, orden cerrado, limpieza de armamentos, etcétera.

—Mi Teniente Coronel, mi Unidad debió abandonar todos sus equipos, con los elementos de higiene incluidos. Nos faltan elementos para afeitarse.

—Mayor Salinas, deseo recordarle que nuestros gauchos se afeitaban con el filo del cuchillo. Yo he visto, hace muchos años en el campo, romper una botella y con el vidrio más filoso afeitarse.

Para no ofenderlos, en consideración al estado en que se encontraban, terminé la reunión diciéndoles: "Estoy cum-

pliendo con aquello que hacemos en las reuniones familiares; previo a las fotografías, le damos prolijidad a nuestro aspecto y a todo lo que se encuentre alrededor; debemos evitar la compasión de las generaciones futuras".

Observé distensión en sus semblantes; entendí que el mensaje les llegó, por la diligente forma con que partieron para cumplir con la misión. En mis frecuentes recorridas, a pesar de mi manifiesta disminución física, sólo tuve palabras de satisfacción para ellos. La moral se había recuperado a pesar de la adversidad.

—Todos los efectivos del Regimiento 25 están aquí, incluso el Equipo de Combate que concurrió al bloqueo de Moody Brook. Además, se encuentra presente un Jefe inglés que desea hablar con usted —informó el Mayor Vergara.

—*Good morning, sir, I am the Lieutenant Colonel David* —me dijo cuando me acerqué a él, ejecutando un correcto saludo militar y extendiéndome la mano.

—Buenos días, Teniente Coronel David, soy el Teniente Coronel Seineldín, Jefe del Regimiento 25 de Infantería y, en este momento, responsable de mantener el orden en la zona del Aeropuerto.

—Señor Teniente Coronel, mi misión es colaborar para la evacuación de los argentinos al Continente y limpiar la zona del Aeropuerto, con la finalidad de poder utilizar la pista de aterrizaje —me dijo, siempre con un tono amable y respetuoso—. Voy a proceder a entregarle los planos de los campos minados, de acuerdo a lo que establece la Convención de Ginebra.

Posteriormente, buscamos coordinar la misión que me había autoimpuesto con la que él tenía. Debo reconocer que, por el respeto en su trato, por momentos comencé a considerarlo como si fuera un subalterno. Situación que no lo molestó en ningún momento.

Cuando intenté entregarle mi pistola, se negó a recibirla, indicándome que la siguiera portando; además, expresó elogiosas palabras que me indicaron que disponía de un conocimiento cabal del Regimiento 25 de Infantería.

EPISODIO 48

"IT IS PROHIBITIED TO SING!" (¡Está prohibido cantar!)

—*Good morning, sir.* Hoy comenzará el embarque de soldados para regresar a su País. Deberá conformar grupos que no excedan las cien personas; estos grupos serán guiados por un policía militar británico hasta el puerto de embarque. Durante el trayecto encontrarán un puesto inglés para requisa del armamento —estas indicaciones las impartió el Teniente Coronel inglés David.

—Soldados, antes de emprender el regreso al Continente les pido que recuerden lo que hemos estado reflexionando durante estos días: ¡jamás deberán sentirse derrotados! Manténganse orgullosos de haber participado de la única gesta del siglo, y que debimos enfrentar, nada menos, a la alianza de Gran Bretaña con los Estados Unidos, que contaron, además, con el apoyo de la OTAN. Como gesto de satisfacción por el deber cumplido, les demando que se retiren cantando con todas sus fuerzas. —De esta forma arengué al primer grupo que emprendía el regreso. Luego, fui siguiendo su desplazamiento con ayuda de mis anteojos de campaña.

—*It is prohibitied to sing!* —les ordenó el Jefe del Grupo de Requisa, una vez que entregaron el armamento. Cuando me enteré de esa prohibición, de inmediato impulsé, a quienes aún esperaban a ser trasladados, que acompañaran con sus cantos a los grupos que se fueran retirando.

Así, grupo tras grupo, con intervalos de aproxima-

mente tres horas, se fue evacuando a los casi nueve mil hombres reunidos en la Posición Defensiva "Virgen del Rosario".

Luego, le ordené al mayor Vergara que hiciera formar al Regimiento 25 de Infantería completo, para despedirme antes de su partida.

—Queridos soldados, como tantas veces lo hicimos, nuevamente nos reunimos en este escenario. En este lugar desarrollamos una intensa actividad desde nuestra llegada a las Islas; participamos en su recuperación y, con fervor cristiano y patriótico, las colocamos bajo la protección de la Santísima Virgen María. Aquí completaron su Instrucción militar; juraron fidelidad a la Bandera Nacional, y soy testigo de que supieron defenderla con heroísmo. El Regimiento participó en el desarrollo de la Batalla, se combatió con valor e hidalguía; y el esfuerzo se proyectó cuando debimos dar apoyo logístico al resto de las unidades. Nuestra última actividad fue la de recibir a más de nueve mil compatriotas, atenderlos, y despedirlos desde este mismo lugar. Ahora, me despido de ustedes; agradezco a Dios y a la Virgen del Rosario por el jalón de honor que se ha fijado en la historia del Regimiento, pido por ustedes y sus familias. Jamás abandonen la Causa de Malvinas, aquí quedan nuestros ilustres muertos por la Patria. Buen regreso.

Al terminar la ceremonia, saludé a cada uno, de los casi mil soldados, con un abrazo muy sentido; recibí una respuesta similar; en muchos casos hubo lágrimas. De inmediato me reuní con los Oficiales.

—Señores Oficiales, en esta íntima ceremonia, procederemos al entierro de nuestros sables; quemaremos la Bandera Nacional y enterraremos sus cenizas. Y nos comprometeremos a defender la Causa de Malvinas, mientras Dios nos lo permita. Con el ferviente anhelo de que algún día se nos conceda el honor de regresar.

Iniciamos una austera ceremonia, cargada de emoción; se procedió a recoger todos los sables de ceremonias y, previo a envolverlos cuidadosamente con unas fundas de plástico, los enterramos. Inmediatamente, se

extendió la Bandera Nacional, con un sable bayoneta se procedió a recortarle los soles. Encendí el fuego. Mientras las llamas la consumían, permanecimos en la rígida posición militar; luego hicimos un minuto de silencio. Observé, en todos esos hombres, dolor y resignación; alcanzamos un alto nivel de emoción. Sus cenizas ya son parte de la turba, se integraron a la esencia de la tierra malvinense. El dolor y la angustia por la quema era superado por el orgullo de haber impedido que integrara la galería de trofeos del imperio.

—Teniente Primero Lamas, usted será el responsable de entregar en el Cuartel del Regimiento, a su regreso, estos soles como testimonio de nuestra actitud. Exprese que hicimos todo lo posible para regresarla triunfante, pero al no ser posible, procedí conforme a las prácticas de la Guerra.

Mi situación física se agravaba con el pasar de los días como consecuencia de las continuas hemorragias. Para evitar mayores inconvenientes, solamente me alimentaba con agua, obtenida de los cráteres de las bombas, previamente hervida.

—Mi Teniente Coronel, hoy a las diecinueve quedará concluida la evacuación del personal, solamente quedaremos usted, yo y diez hombres de Logística. El Teniente Coronel inglés David desea despedirse de usted y facilitarle su vehículo para trasladarlo hasta el campo de prisioneros, en razón de que no lo ve bien de salud —me dijo Lamas.

—Haremos algo mejor, invítelo a compartir una ración de combate, en respuesta a su atención.

—*Good afternoon, sir. Thank you for your invitation.*

—Pase David, póngase cómodo.

Al entrar en la estrecha trinchera de mi Puesto de Comando, me entregó su fusil, tratado como si fuera un paraguas, para que yo lo ubicara. Como era mi costumbre, encendí el grabador para hacerle escuchar marchas militares argentinas. Nos ubicamos alrededor de una mesa improvisada sobre el piso, él con su ayudante y yo con el Teniente Primero Lamas. Improvisa-

mos una cena, abriendo un par de raciones de combate enlatadas.

—Quiero expresarle que ha sido un gusto conocerlo personalmente. Yo soy cristiano y soldado al igual que usted —con amabilidad, iniciamos la conversación llena de facetas interesantes, ausente de gestos de soberbia y demostraciones propias de un vencedor.

—¿Por qué, en vez de atacar la Posición de Puerto Argentino por delante, lo hicieron por la parte de atrás? —le pregunté.

—Nosotros, por doctrina militar, respetamos a las Unidades de Fuerzas Especiales, en razón de que nos provocan muchas bajas. Esto pudimos ratificarlo en los duros combates de Darwin-Goose Green; allí vimos a su Compañía "C" pelear con un gran espíritu, nos produjeron muchas bajas, entre ellos a un Jefe de Batallón.

—Para su conocimiento David, le diré que el "25" no es un Regimiento de Fuerzas Especiales en su verdadera significación, sino, simplemente, son conscriptos de sólo dieciocho años, con dos meses de instrucción, con un curso aceleradísimo de operaciones especiales, pero sí con un gran espíritu de combate —le dije.

—*Really, I can't believe it* —contestó algo consternado, mirando a su Ayudante, como compartiendo su duda—. *Sir*, pongo a su disposición mi vehículo para trasladarlo al campo de prisioneros —me dijo cuando llegaba a su fin ese encuentro.

—Muchas gracias, David, pero caminaré como lo hicieron mis soldados —le contesté con firmeza.

—Algún día, cuando toda esta pesadilla termine, lo invitaré a Inglaterra para seguir conversando. Nosotros los soldados nos entendemos perfectamente, pero son los políticos que, con el argumento de la paz, hacen las diferencias y nos mandan a la guerra. Nosotros somos los que quedamos con la responsabilidad por las muertes y los sufrimientos.

—David, en nuestro caso, la guerra la definió el Pueblo Argentino; llevamos estas Islas en nuestras almas; las sentimos como una Herencia de Dios y de nuestros

Próceres. Por eso, no renunciaremos —le contesté, sin perder el tono de humildad y amabilidad con que se desarrollaba la conversación, y fiel a la consigna que siempre utilicé: intransigente en los Principios, pero tolerante con las personas.

Después de despedirnos, preparé mi equipo, con los elementos indispensables, desarmé mi pistola y arrojé sus partes en los cráteres dejados por las bombas. Hice formar a los últimos hombres de la Posición Defensiva "Virgen del Rosario" y comenzamos a marchar a paso redoblado en una disciplinada formación, hasta que fuimos detenidos en el primer Puesto de Control y Requisa inglés. Nos pusieron en una fila, nos hicieron desnudar; nos quitaron todo, menos la ropa que traíamos puesta, los elementos de cama y algunos de higiene. Cuando vi mi grabador, regalo de mi esposa que me acompañó en los mejores acontecimientos, tirado en el suelo, sentí una gran congoja y la tomé como una "señal" de lo que nos depararía el futuro. A partir de este momento, dos policías militares ingleses guiaron la formación. Ocupé la cabeza de la misma.

Al llegar al Puerto de la localidad nos agruparon para el embarque; el Teniente Primero Lamas, observando mi estado de salud, insistió en que me quitara el grado militar para que, confundido entre tanta gente y el poco control de los ingleses, pudiera regresar al Continente.

—Vea Lamas, yo soy un soldado que actué siempre de frente y jamás oculté mis Banderas de Lucha, de modo que olvídese de que renuncie a todo ello —lo abracé fuerte y me despedí de él. Mientras se embarcaba lo vi darse vuelta por última vez, como un gesto de insistencia para que lo siguiera.

—*Sir, I am the Lieutenant Colonel Seineldín, chief of 25th Infantry Regiment* —así me presenté ante un Jefe Inglés, quien me trasladó a un depósito de fardos de lana, que hacía las veces de prisión transitoria. Allí encontré a varios camaradas de armas. Me acosté sobre uno de los fardos y me quedé dormido.

EPISODIO 49

"¿FALLÓ LA ORGANIZACIÓN INGLESA?"

Después de permanecer tres días en el depósito de fardos de lana —y cuando nos habíamos organizado en el lugar como para pasar un tiempo más prolongado—, sorpresivamente, el 16 de junio, un Oficial Inglés nos ordenó preparar nuestros equipos porque seríamos trasladados; se negó a informar sobre el destino.

Nos transportaron en un helicóptero Sea King; luego de, aproximadamente, cuarenta y cinco minutos de vuelo, llegamos a la Bahía de San Carlos. Fuimos conducidos a un edificio que, por sus características, se asemejaba a un ex frigorífico. Dentro del mismo se llevaron a cabo las actividades de rutina para con los prisioneros de guerra: clasificación de las personas por grado y cargo; confección de fichas con los datos personales; interrogatorio de inteligencia; control médico, baño y desinfección, de personas y vestuario; fotografías. Me colocaron un rótulo con el número 682 y, posteriormente, me enviaron al Pabellón destinado para alojar a Jefes de las Unidades de Combate; por sus características deduje que nos instalaron en el sector destinado a la faena del ganado, de ese frigorífico, ahora inactivo.

—Señores, el Ejército Inglés lamenta las pocas comodidades que puede ofrecerles, en el naufragio del buque de carga "Atlantic Conveyor", que ustedes hundieron, se perdió todo el material que habíamos previsto para instalar los campos de prisioneros —haciendo gala de la flema inglesa, el Mayor Smith, Jefe del Campo, comen-

zaba, sutilmente, a hacernos sentir la derrota y el castigo por el "atrevimiento" de haber intentado enfrentar al Imperio.

Sin perder un instante, comenzamos a limpiar el lugar. En poco tiempo, cada uno se había ubicado en un sector, colocando el precario bagaje en el suelo, y nos dispusimos a descansar.

—¿Qué es lo que te causa gracia? —me preguntó el Teniente Coronel Don Jorge Romero Mundani, Oficial Ingeniero Militar que formaba parte del Gobierno Militar de las Islas, quizás sorprendido por una sonrisa mía.

—Es que tengo los pies calientes por primera vez en mucho tiempo; no lo puedo creer.

La ausencia de sanitarios la suplimos con unos viejos tachos de cincuenta litros, que estaban ubicados en el centro del pabellón, de veinte por veinte metros. Allí vivíamos unas cuarenta personas de la categoría de Oficiales Jefes. Para las necesidades menores no había problemas, pero para las mayores sí; debido a nuestra idiosincrasia, esperábamos la noche para hacerlo. A la mañana, vigilados por dos soldados ingleses, dos Jefes por turno, eran los encargados de vaciarlos fuera del edificio.

Los días de lluvia eran críticos, en razón de que los techos estaban llenos de agujeros. Si esto ocurría de noche, era doblemente gravoso, porque debíamos desplazarnos constantemente para buscar lugares secos, en medio de la oscuridad. Nuestra mayor preocupación era evitar que nuestros elementos de cama se mojaran, por las dificultades que existía para el secado. Por supuesto que el inglés que nos visitaba nos pedía disculpas, haciendo gala de una gran caballerosidad; sabíamos que nos estaban escarmentando. Ésta fue su modalidad a lo largo de la historia.

Al terminar las tareas de higiene, naturalmente nos organizábamos en grupos; allí cambiábamos opiniones sobre las experiencias vividas y sobre el futuro próximo.

—Capitán de Fragata Pérez, lo felicito por su excelente capacidad para hacer funcionar los proyectiles Exocet

en los aviones Super Etendard; pero le digo que me impresionó mucho más la instalación de ese proyectil para disparar desde tierra. Fui testigo del impacto en el buque HMS Gramorgan.

—Le agradezco sus palabras, pero considero que debemos terminar con estas improvisaciones. Una Fuerza Armada profesional debe contar con todos los medios necesarios en oportunidad, debemos evitar las adaptaciones de último momento, uno no sabe con seguridad si funcionarán. En pocas palabras, y como se dice habitualmente, terminemos de atar con alambre —me contestó.

—Espero que esta gran experiencia que hemos tenido, y el nivel del adversario, Gran Bretaña, apoyada por los Estados Unidos y la OTAN, nos permita analizar profundamente todas las alternativas y perfeccionar, con seriedad profesional, a nuestras Fuerzas Armadas —agregó el Teniente Coronel Romero Mundani.

—Dios lo oiga, pero le aseguro que lo más difícil será superar el individualismo propio de los argentinos y la escasa disposición para trabajar en equipo. No lo veo fácil —les dije.

—Lo primero será lograr que las tres Fuerzas dispongan de la misma Doctrina. No es posible que existan las diferencias que se manifestaron en este conflicto —agregó Romero Mundani.

—Debemos ser el único País que dispone de un Estado Mayor Conjunto que carece de las facultades necesarias para conducir las operaciones —atiné a decir como conclusión.

—*Lieutenant Colonel Seineldín, please* —grita un Suboficial inglés en el medio del pabellón.

—Yo soy. ¿Qué desea? —le pregunté.

—*An Officer needs you.*

—Teniente Coronel, lo he llamado en razón de que su Posición Defensiva está rodeada de campos minados, y éstos no coinciden con los Planos entregados por usted —me dijo el Teniente Coronel inglés.

—Mire, yo soy un profesional militar, y le puedo ase-

gurar que los Planos coinciden perfectamente; cuando se los instalaba, yo estuve siempre presente en el lugar —le contesté.

—Teniente Coronel, hemos tenido varias muertes y accidentes de soldados ingleses. La guerra terminó; debe ayudarme a solucionar este problema —agregó.

—Tengo la impresión de que ustedes perdieron los planos, ¿falló la organización inglesa? —le pregunté con su propio estilo, sutil, amable e irónico—. ¿Por qué no lo dijo desde un principio? Permítame su mapa que le voy a indicar, nuevamente, el lugar donde están los campos minados.

Al regresar al pabellón, encontré a mis camaradas reunidos compartiendo un mate improvisado, con una lata de conserva vacía, la cobertura plástica de una lapicera, usada como bombilla y yerba secada reiteradas veces al calor; otros bebían té, preparado con un saquito utilizado varias veces. Después de escuchar atentamente mi relato, se dividieron en dos bandos: los que estaban de acuerdo con que yo hubiera cumplido con las Leyes de la Guerra, indicadas en la Convención de Ginebra —que establece como obligación demarcar los campos de minas al finalizar el conflicto—, y los que estaban en contra. En este último grupo, llamativamente, había tres Jefes descendientes de ingleses.

De esta manera, integrando por momentos grupos distintos, tratando temas profundos o superficiales, íbamos dejando atrás una jornada, para iniciar otra casi igual, el siguiente día.

EPISODIO 50

"¿DÓNDE ENCONTRÓ ESA IMAGEN?"

Como consecuencia de la intervención directa de la Cruz Roja Internacional, en la mañana del 30 de junio, sorpresivamente, nos comunicaron que seríamos trasladados a otro lugar de detención. El transporte se hizo por medio de helicópteros, y nuestro destino fue un enorme barco de transporte de tropas, el "St. Edmund".

Nuestras condiciones de vida cambiaron radicalmente; contábamos con alojamientos, agua corriente, baños y calefacción. Después de las experiencias que debimos sostener, todo esto nos resultaba extraño, eran demasiadas las comodidades. El grupo de personas, perteneciente a la Cruz Roja Internacional, estaba formado por extranjeros que hablaban un perfecto español, recorrían permanentemente las dependencias donde había prisioneros alojados; inspeccionaban las instalaciones, los servicios que debían ser suministrados y, además, recogían quejas o inquietudes.

No obstante esta presencia, los ingleses mantenían la rigidez en el régimen impuesto; las inspecciones, requisas y revistas se hacían en forma diaria. Nuestros traslados hacia el comedor, en las horas de las comidas, se realizaban con excesiva custodia; numerosos soldados, armados con fusil y sable bayoneta, se mantenían apuntando sus armas hacia nosotros, mientras nos desplazábamos y cuando tomábamos los alimentos. Estas actitudes de los responsables de la custodia motivaron otras intervenciones de los agentes de la Cruz

Roja. Ante la realidad, que nos ofrecía esta particular faceta de la profesionalidad militar, pudimos comprender plenamente la razón de la presencia de esta Institución. La pérdida de la libertad individual, en cualquier circunstancia, es el castigo más duro que puede recibir una persona.

—Romero Mundani, mira, allí va el HMS Glamorgan, lo lleva un remolcador de arrastre —ambos observábamos, con asombro, a través del ojo de buey, la popa destrozada por el impacto del Exocet lanzado por el Capitán de Fragata Don Julio Pérez, la noche del 13 al 14 de junio.

—No creo que puedan recuperarlo. Está totalmente destrozado.

—Escucha, Seineldín, ordenan, por los parlantes, que nos preparemos para concurrir a cobrar los sueldos. ¿Sueldos?

—Es cierto, eso dicen, no puedo creerlo.

Festejando el acontecimiento, regresamos a nuestro alojamiento, luego de recibir tres libras cada uno, en concepto de sueldo para prisioneros de guerra.

—Si continuamos mucho tiempo así, podemos abrir una cuenta bancaria —dijo jocosamente.

La calidad de vida había mejorado. Los ánimos se tranquilizaban. Los días transcurrían con normalidad. Cuando no había demasiada vigilancia inglesa, se escuchaba desde algún lugar no localizado, una canción interpretada por la cantante María Martha Serra Lima; seguramente desde el alojamiento de alguien que logró salvar la grabación de la requisa inglesa. Esta única distracción nos acompañó en toda esta parte del cautiverio. Era corriente escuchar a muchos de nosotros repetir las letras de las canciones de memoria.

Los rumores sobre futuros traslados eran permanentes, algunos días rodaba la versión de que nos llevarían a la Isla Ascensión, otras, a Gran Bretaña; esto era motivo de constante preocupación. Personalmente, jamás le di importancia, sabía que se trataba de operaciones de acción psicológica de los británicos.

—Buenos días, mi Teniente Coronel. ¿Cómo le va?
—¡Hola!, Vergara. ¿Cómo van las cosas?
—Mi Teniente Coronel, con restos de una pequeña radio, y con la ayuda de algunos técnicos amigos de comunicaciones, logramos fabricar un modesto receptor que nos permite escuchar algunas emisoras argentinas.
—¿Qué noticias hay?
—Entre otras, que el gobierno del General Galtieri ha caído y que se están realizando gestiones diplomáticas con Inglaterra, para repatriar a todos los prisioneros. También, que el nuevo Comandante del Ejército es el General Cristino Nicolaides. Está pronto a viajar hacia Sarmiento, para hacer una visita de inspección al Regimiento 25 de Infantería. Otra noticia obtenida, a través de un soldado inglés, es que después que embarque la Sección de Ingenieros Argentinos, que colaboraron para levantar los campos minados, regresaremos al Continente.

Ocupamos gran parte del tiempo haciendo conjeturas sobre las noticias recibidas. Nuestra mayor preocupación se relacionaba con el futuro de nuestra Patria, y en particular el de las Instituciones Militares.

Durante la mañana de un día domingo nos visitó el Padre Pacheco y Pacheco, capellán de la Fuerza Aérea Argentina y único sacerdote embarcado; estaba acompañado por un miembro de la Cruz Roja, nos informó sobre la celebración de la Santa Misa para todos, que se realizaría en el lugar destinado para el estacionamiento de vehículos, que disponía el "St. Edmund". Después de insistentes gestiones había logrado convencer a las autoridades militares inglesas; los ingleses sospechaban de posibles acciones militares argentinas; eran reiterados los simulacros de ataques aéreos.

—Debo decirles, además, que ya está embarcada la Sección de Ingenieros Argentinos y que se corren seguras versiones de que es inminente nuestro regreso al Continente.

Mientras me desplazaba hacia el lugar donde se realizaría la Santa Misa, descubrí, en el centro de un grupo

de soldados, y atada a una columna, la imagen de la Virgen de Fátima. Al reconocerla, inmediatamente salí de la formación y le pregunté al soldado que parecía ser el responsable de la tenencia. "¿Dónde encontró esa imagen?" No tuve tiempo de recibir la respuesta, el suboficial inglés que nos trasladaba me obligó a integrarme y continuar la marcha. Debo reconocer que mi preocupación, ante esta imprevista situación, me impidió concentrarme debidamente en la Misa.

Al regresar a mi alojamiento, y por medio de la Cruz Roja, le envié un mensaje al Padre Pacheco y Pacheco para que resolviera el problema. Él se hizo presente.

—Padre, observé la Imagen de la Virgen de Fátima en el lugar donde se dio la Misa. Debo informarle que me fue enviada desde el Instituto Fátima; está bajo mi custodia —el Padre no me dejó continuar.

—Seineldín, conozco el tema. Le explicaré lo que pasó: el Padre Piccinalli no fue autorizado a embarcar la imagen cuando él lo hizo. La Imagen quedó, en consecuencia, abandonada en el muelle. Un suboficial inglés se la entregó a los soldados de Ingenieros Argentinos que estaban alojados en uno de los galpones, el soldado Ramón Zalazar es quien la recibe, la acondiciona y la integra a su grupo, que se transformó en una verdadera comunidad de oración. El Padre Piccinalli habría hecho los reclamos ante la Cruz Roja Internacional. Ésta es la historia resumida.

—Padre, le ruego que le comunique al Soldado Zalazar que continúe cuidándola, una vez que lleguemos al Continente deberá entregármela —de esta manera logré tranquilizar mi espíritu.

El 13 de julio, el "St. Edmund", último barco que transportaba prisioneros argentinos, puso proa hacia nuestro Continente.

—*Good morning. The Lieutenant Colonel Seineldín?* Soy el Mayor Williams, de la Inteligencia Militar. ¿Me permite invitarlo al Casino de Oficiales para conversar? —se expresó con caballerosidad y en un buen castellano.

Una vez que nos sentamos, y con un café de por medio, en tono amable me dijo:

—¿Podemos conversar sin ocultarnos nada? Además, todo ha terminado.

—De acuerdo —le contesté.

—Le contaré un poco sobre mi vida. Apenas asumió el Gobierno Militar, en 1976, yo fui destinado a la Embajada Inglesa en la República Oriental del Uruguay, como agregado de Inteligencia, exclusivamente, para controlar el comportamiento argentino sobre el problema de las Islas Malvinas. Apreciábamos que su País podría asumir una actitud ofensiva. Desde que llegué y hasta el inicio del Campeonato Mundial de Fútbol, cumplí con esta tarea. Como nada sucedía hasta esa oportunidad, y ante el deterioro político del gobierno militar, se suspendió mi misión y se me ordenó que regresara a Inglaterra. Insistí en que debía permanecer con la Misión, pero no se aceptó mi reclamo —seguidamente, recabó mi opinión respecto de cómo evolucionaría esta situación en la República Argentina.

—Mayor Williams, le repito lo que dije a varios oficiales ingleses, con quienes he conversado sobre este tema. Malvinas es un sentimiento muy arraigado en el corazón del Pueblo Argentino. Le puedo asegurar que es el único tema que jamás podrá arreglarse en un cenáculo político. Yo concurrí a Malvinas por el mandato político y militar del Gobierno Militar, en lo formal; pero con el mandato Espiritual del Pueblo Argentino, en lo trascendente, de los actuales ciudadanos y de aquellos que hicieron la historia de nuestra Patria —con esta contestación, contundente pero muy amable, debió tomar conocimiento de que nosotros consideramos a las Malvinas como una Herencia Sagrada recibida de Dios y de nuestros Antepasados; para ellos eran, simplemente, una colonia más. Nos despedimos con amabilidad.

En pocas horas más estaríamos en el Continente. Sentía emoción por el regreso. Mi preocupación era saber cómo nos recibirían.

EPISODIO 51

"¡ENTRÉGUEME LA IMAGEN!"

El 14 de julio, en horas de la mañana, el "St. Edmund" atracaba en Puerto Madryn, en la Provincia del Chubut, transportando el último contingente de prisioneros argentinos. La guerra había terminado.

Cuando pisé suelo continental, experimenté una sensación particular, la que aun hoy me conmueve. Había realizado el sueño de mi vida, y me estaba despertando; tuve la sensación de que fui sorprendido mientras soñaba, y al despertar se me recriminaba tal osadía. Incertidumbre y vergüenza; mi primera reacción fue la de apartarme para estar solo. Mi refugio sería mi familia.

A los primeros que estreché en un abrazo fue a los Generales Osvaldo García y Américo Daher, quienes, con mucho afecto, me dieron una calurosa bienvenida. Inmediatamente, nos trasladaron a una unidad militar, donde nos proporcionaron nuevos equipos y armamento; pudimos higienizarnos debidamente y, finalmente, nos ofrecieron un refrigerio. El General García había atendido todos los detalles, en esta recepción; intentó mitigar el dolor de nuestra experiencia; y lo logró.

—Teniente Coronel Seineldín, por el excelente desempeño de su Regimiento 25 de Infantería en la guerra, durante las dos fases de la campaña, usted permanecerá un año más como Jefe de la Unidad; lo solicité al Comandante en Jefe del Ejército, el General Cristino Nicolaides, quien lo aceptó y me autorizó a decírselo.

—Ésta fue la buena noticia que me transmitió el General García, con una evidente muestra de alegría.

—Mi General, le agradezco su deferencia. Estoy muy orgulloso de seguir al frente de la Unidad.

En un momento, le solicité permiso para retirarme y me aboqué a buscar la Imagen de la Virgen; tenía la sensación de que sus actuales custodios se negarían a entregármela. Recorrí las compactas formaciones de soldados, que estaban siendo preparados para ser enviados a sus destinos de origen; y allí estaba, envuelta en una manta marrón, disimulada entre varios bultos similares; manifiestamente oculta en el medio de un grupo de soldados conscriptos.

—Soldado Zalazar, ¡entrégueme la Imagen! —el pedido fue hecho con firmeza, ante los indicios que demostraban pocas ganas de hacerlo.

—Sí, mi Teniente Coronel —comenzó, lentamente, a quitar la manta que la protegía; su expresión de tristeza me sorprendió. Sus compañeros observaban compungidos la escena.

—Al menos me quedo con la manta, como único recuerdo; créame que la voy a extrañar. Ella nos hizo una compañía inolvidable y nos permitió encontrarnos con Dios; nos protegió cuando debimos trabajar en campos minados. Créame que más de uno de nosotros recibió su ayuda —evidentemente él esperaba que yo cediera en mi reclamo y se las dejara.

—Ustedes deben disculparme, por esta exigencia, pero esta Imagen no me pertenece. No me queda otro camino. Sinceramente, lo lamento —debo reconocer que me resultaba incómoda la situación—. No se preocupen, les prometo que, cuando llegue a Buenos Aires, les haré llegar una réplica proveniente del Instituto Fátima —de esta manera, sujetándola bajo mi brazo, me reintegré a la reunión que había abandonado minutos antes. Cuando arribé al salón, sorprendí a muchos con mi carga; lógicamente, vinieron las explicaciones correspondientes.

A las pocas horas, ya estábamos volando en un avión

militar hacia Comodoro Rivadavia. El General Daher se ubicó a mi lado. No lo vi como en épocas pasadas. Su rostro demostraba cansancio y tristeza. Su estado de ánimo era distinto al de aquellos momentos en que planificábamos la Operación "Virgen del Rosario".

—Mi General, a pesar del revés militar, no debemos desanimarnos. Estoy seguro de que ahora comenzará la parte más importante de la Gesta. Le recuerdo lo que dice la Historia Militar, que no existe nada mejor, para preparar una victoria, que partir de una derrota.

—Mohamed, para mí será muy difícil reponerme de la tristeza que tengo. Jamás me voy a perdonar no haber estado presente hasta el final del conflicto —me dijo, pronunciando mi nombre en perfecto idioma árabe, propio, también, de su ascendencia.

—Pero, mi General, usted fue enviado por el General Menéndez para hablar ante el Alto Mando. Debía explicarle la situación real que se vivía en el Teatro de Operaciones, y proponer una operación militar de apoyo sobre la retaguardia enemiga (Darwin-Goose Green y San Carlos), y así poder salir del trance. Lamentablemente, por la falta de medios, no fue aceptada. ¿Qué culpa tiene usted de esta negativa? Luego, cuando intentó regresar, las Islas eran realmente un infierno. Además, no fue usted el que decidió no aterrizar, sino la responsabilidad y el criterio del piloto. Usted debe aceptar estas circunstancias.

De todas maneras, comprendí que las causas profundas eran otras. Primero, la derrota, que jamás pudo superar; y, segundo, el relevo que se produjo en la Conducción de las Fuerzas terrestres, en razón de que el General Jofre era de mayor rango. Esto le impidió comandar en la guerra, como era su intención. Su espíritu, de auténtico soldado, no le permitió aceptar las excusas que, insistentemente, yo trataba de presentarle.

—Llegamos —interrumpimos esta larga conversación, y quedé consternado.

—Mohamed, tu Regimiento se encuentra, en estos momentos, con licencia. También tomarás algunos días

de descanso. Cuando regreses, ya no seré el Comandante de la Brigada Novena, pues presentaré mi pedido de retiro del Ejército. Deseo que sepas que estoy orgulloso de haber sido tu Comandante.

—Mi General, estoy muy apenado.

Mientras el avión aterrizaba, observé por la ventanilla a un grupo de personas que corrían hacia el lugar donde se detendría el avión, distinguí a mi esposa. Me recordó a otras tantas veces en que me esperó, con mis hijos pequeños, cuando regresaba de las grandes maniobras. Al descender del avión, el primer abrazo que recibí, lleno de lágrimas y de palabras de cariño, fue de ella. La acompañaban el Segundo Jefe de Regimiento, el Mayor Don Carlos Cáceres, y su esposa.

—Gracias, Tuchy, por esperarme. Esta vez te necesitaré más que nunca —le susurré al oído.

Como las lágrimas no se detenían, dirigiéndome al grupo les dije:

—Después de haber participado de esta experiencia, en contra de Gran Bretaña y los Estados Unidos, voy a averiguar si tenemos algún problema territorial con la Unión Soviética, para comenzar a encararlo —esta graciosa expresión reemplazó las lágrimas por sonrisas.

Antes de subir al vehículo que me transportaría a la querida localidad de Sarmiento, el Mayor Cáceres me hizo entrega de una campera militar nueva, en reemplazo de la que llevaba, totalmente desgastada por la vida en la trinchera. Una vez iniciada la marcha, mi esposa me sirvió café caliente y una rica medialuna, de las que se elaboraban en la Panadería de la Guarnición Militar. Todos, generosamente, conociendo mis sentimientos, ponían su grano de arena para hacerme sentir bien.

Al avistar los edificios de la Guarnición, comenzamos a escuchar la Banda de Guerra del Subteniente Don Roberto Batalik, que ejecutaba la marcha militar "25 de Infantería". Nos dieron la bienvenida las familias y los soldados de la Guarnición y los amigos de la Localidad de Sarmiento. Me sentí más emocionado que el día en que fui a hacerme cargo.

EPISODIO 52

"¿POR QUÉ NO HABRÉ MUERTO YO, EN LUGAR DE ESTOS JÓVENES?"

Al llegar al Regimiento, el distinguido grupo de ciudadanos, que conformaban la entidad de Defensa Civil de la zona de Sarmiento, y además, auténticos amigos, me dieron la bienvenida con palabras de afecto y de cariño. Más tarde, al quedar solos, el Mayor Cáceres, con el rostro conmovido, me entregó la lista de los muertos y heridos en combate; en su momento supe de la existencia de bajas, pero recién ahora conocía sus nombres.

—¿Por qué no habré muerto yo, en lugar de estos jóvenes?

El Mayor Cáceres me presentó sus fotografías. Los fui nombrando en voz baja:

Teniente Roberto Estévez,
Sargento Sergio García,
Cabo Miguel Ávila,
Cabo Mario Castro,
Cabo Héctor Oviedo,
Soldados: Horacio Giraudo,
Armando Zabala,
Fabricio Carrascul,
Ramón Cabrera,
José Ortega,
José Allende y
Ricardo Austín.

Ésta fue mi primera conmoción espiritual; recién co-

mencé a entender al General Daher. Si bien la derrota no llegó a conmoverme —en razón de que la había considerado como la primera parte de la lucha que debía realizar, para contribuir a la independencia de mi Patria del imperialismo anglosajón—, debo reconocer que la muerte de estos héroes golpeó con mucha dureza a mi corazón.

—Siempre estuve al frente en toda situación de peligro. ¿Cómo haré para aceptar que hayan muerto mis subalternos y no yo? —el Mayor Cáceres me observaba en silencio.

—Mi Teniente Coronel, Dios es el que dispone el destino de las personas y no nosotros. El Capitán Giachino murió en su lugar, por los cambios que se dispusieron sobre la Operación "Virgen del Rosario", en el último momento. Nadie puede prever los acontecimientos. Estimo que a usted le espera una larga lucha para mantener vigente la Causa de Malvinas y el nombre de estos héroes.

—Cáceres, prometo que, a partir de hoy, me comportaré como si hubiera muerto con ellos. Todo lo que haga, lo haré desde esta perspectiva; mi compromiso con la Patria, y con la Causa Malvinas, asume también las razones de sus muertes.

—Mi Teniente Coronel, tengo sus pasajes para que viaje mañana a Buenos Aires, y pase algunos días con su familia.

Guardé la nómina en mi bolsillo izquierdo y me dirigí caminando hacia mi casa, con mucha pena. Mi esposa se encontraba preparando las valijas para viajar a Buenos Aires al día siguiente.

—Ahora debemos retomar la vida. Tu familia te espera; Marianito estuvo aguardando tu llegada, pero al no tener seguridad del día del arribo, regresó a Buenos Aires por sus problemas de estudios. Cuidado, él está muy sensible.

—¿A qué se debe?

—Mira, el 2 de abril yo tomé conocimiento del desembarco por una llamada telefónica, que me hizo tu ex

soldado De Diego. Inmediatamente, desperté a nuestros hijos para darles la novedad. Mientras todos festejábamos el acontecimiento, Marianito se puso muy serio e impresionado, y haciendo uso de la bibliografía militar inglesa, que vos le regalaste, nos dijo "¡Perdimos!". Y, seguidamente, nos dio algunas explicaciones muy racionales sobre su afirmación. A pesar de todas las bromas que le hicimos, se mantuvo así todo el tiempo. Estuvo de visita el General Nicolaides y se reunió con todas las señoras de los Oficiales y Suboficiales que participaron en la guerra —agregó.

—¿Surgió algo importante de la conversación?

—No, en absoluto —de esta manera, trataba de sacarme de la situación crítica en que me encontraba y ubicarme, lo antes posible, en la realidad. Me llevó mucho tiempo asumir esa realidad. Recuperarse de una derrota, y de sus dolorosas consecuencias, no es nada fácil.

El viaje en automóvil hacia Comodoro Rivadavia lo hicimos en compañía del Mayor Vergara y su esposa. Durante casi todo el trayecto me mantuve callado. No tenía ganas de hablar. Continuaba teniendo la lista de los héroes muertos en mi bolsillo izquierdo, la que, de tanto en tanto, leía. Más atrás, nos seguían otros vehículos que trasladaban a los Oficiales con quienes había compartido el campo de prisioneros.

En el Aeropuerto de Buenos Aires me esperaba mi familia; al verme corrieron a abrazarme muy emocionados. Mariano no pudo contener las lágrimas y se desahogó de sus tensiones.

En momentos en que nos dirigíamos, abrazados, hacia la puerta de salida del Aeropuerto, me sorprendí por la presencia del Señor Coronel Arbeloa, un ex Jefe del Regimiento 25 de Infantería de mucho prestigio, que se había casado con una distinguida ciudadana argentina nacida en las Islas Malvinas. Conocía al Coronel por los viajes de índole familiar que él realizaba a Sarmiento. En esas oportunidades, lo invitaba al Regimiento, le presentaba la Unidad y se la dejaba a sus órdenes, para que la comandara durante veinticuatro horas, desde mi

propio despacho. De esta manera, rendía culto a todos los que me precedieron. Sus enseñanzas me aportaron conocimientos, que me facilitaron la conducción del Regimiento. Recuerdo que el tema Malvinas estaba vigente en nuestras largas conversaciones. Lo acompañaban, en esta oportunidad, un grupo reducido de personas, cuyos rostros me eran familiares.

—Querido Teniente Coronel Seineldín, en nombre de los que hemos sido Jefes del Regimiento 25 de Infantería, le damos la bienvenida, orgullosos por la gloria que sus soldados le dieron a la Unidad —nos estrechamos en un fuerte abrazo.

—Voy a presentarle al primer Jefe del Regimiento, el Teniente Coronel Patalano.

—Mi Teniente Coronel, no se imagina el honor que tengo de conocerlo personalmente y de que usted me haya venido a esperar. A pesar de los años, su nombre sigue vigente en el Regimiento; lo que hice fue gracias a la personalidad que usted le imprimió al "25", allá por el año mil novecientos cuarenta y cinco, cuando se estableció en Sarmiento —saludé a cada uno de ellos, con la misma emoción; retenía sus rostros por las fotografías que figuraban en la galería de los ex jefes.

—Teniente Coronel Seineldín, faltaron a la cita los ex Jefes del Regimiento que aún están en actividad. Debo decirle que no se mostraron proclives a darle a usted este testimonio. Aún no me explico el porqué. Me dieron razones políticas que no he llegado a comprender —agregó el Coronel Arbeloa, soldado profesional, ejemplar y honesto.

La alegría del encuentro con mis seres queridos sufría un revés por esta "mala señal", que me estaba definiendo el futuro que me esperaba. Sin duda los Jefes en servicio activo que no concurrieron obedecían órdenes expresas de sus superiores.

EPISODIO 53

"NECESITO CONVERSAR CON VOS, A SOLAS"

Al llegar a mi domicilio, tuve el reencuentro con el resto de mi familia y los amigos íntimos, quienes, entre abrazos, palabras de afecto y lágrimas, me dieron la bienvenida. De inmediato se formó una gran rueda familiar; vinieron las preguntas y mis respuestas; todos ellos trataban de entender las causas de la derrota. Me di cuenta de que la tensión que soportaron, durante la guerra, fue muy grande.

—No entiendo, ¿por qué han relevado del mando a todos los Jefes de Regimientos, menos a vos, según está publicado en la prensa de hoy? —preguntó mi cuñado, José Labeau, hermano mayor de mi esposa.

—Todos los Jefes de Unidades han luchado hasta el límite de sus posibilidades y bajo una abrumadora superioridad militar inglesa. Por lo tanto, si bien no conozco las causas reales, aunque las sospecho, considero que la medida es arbitraria. En mi caso particular, pienso que se debe a tres aspectos: primero que el Regimiento 25 tuvo un correcto desempeño, a pesar de la derrota; segundo, como un premio, en razón de que fue la Unidad que participó de toda la campaña militar; y tercero, por haber mediado un pedido especial del General García al Comandante en Jefe del Ejército, General Nicolaides.

—¿Cuáles son tus sospechas, respecto de estos relevos?

—Por la poca información que he recogido, y por lo

que enseña la historia de las últimas décadas, creo que la Embajada de los EE.UU. intervino para el relevo de la Junta Militar (Galtieri, Anaya y Lami Dozo) y para enfriar la situación, en previsión de agravamientos futuros. Estas previsiones incluyen, seguramente, el relevo de los principales Jefes militares. Los anglosajones tienen experiencia al respecto. Si no toman estas medidas, la situación se volverá más crítica hacia ellos.

Más tarde, luego de despedir a los visitantes, se acercó mi hijo Mariano y me dijo:

—Viejito, necesito conversar con vos, a solas.

—Marianito, hace cuatro meses que no pruebo un churrasco, ¿qué te parece si esta noche me invitas a cenar, y conversamos?

—Está bien, te llevaré a un restaurante del tipo tenedor libre, donde te vas a cansar de comer carne asada.

Ubicados ambos en una mesa bastante aislada, iniciamos la conversación.

—Para llegar a comprender lo que pasó, debemos repasar, primero, algunos antecedentes históricos. Trataré de ser muy sintético, en caso contrario, me temo que no podré saborear este rico churrasco.

"En la dimensión de la Naturaleza, existen dos de los elementos naturales que luchan constantemente entre sí: el mar y la tierra. Su posesión o dominio definió el comportamiento de las distintas civilizaciones. Pueblos, y luego naciones, crecieron con las modalidades propias de esta circunstancia. Inglaterra se expandió sobre la geopolítica del mar, en cambio España, sobre la geopolítica de la tierra. Estos términos no deben ser considerados de manera absoluta, España también utilizó el mar, pero no como exclusiva forma de obtención de bienes económicos, sino como medio para prolongar un modo de vida, fundamentalmente, Cristiano.

"Durante el siglo XV se producen dos acontecimientos en ambos reinos. En España, la Reina Isabel La Católica, con la finalidad de dar un gran impulso a la sociedad católica, concibe un maravilloso Plan: unir a todos los príncipes católicos europeos, para conformar el Primer

Continente Católico. Al mismo tiempo, en Inglaterra, que era Católica, se produce una situación que alterará el Proyecto de Isabel; Enrique VIII, Rey de Inglaterra, se divorcia de Catalina de Aragón, hermana de Fernando, el esposo de Isabel. Como consecuencia de que el Papa Clemente VII no le convalidó el divorcio, que había solicitado, para casarse con Ana Bolena, se separa, y con él todo el pueblo de Inglaterra, de la Iglesia Católica Apostólica Romana; se inicia, así, el Protestantismo Anglicano, erigiéndose, al mismo tiempo, como Monarca y Jefe de la nueva Iglesia.

—¿No te parece que estás yendo demasiado atrás para explicarme la guerra de las Malvinas? —interrumpe.

—Ya verás que no. ¿Continúo? El Plan de la Reina Isabel comienza a tener problemas con los Príncipes Franceses, quienes finalmente se alían a los Turcos y, juntos, se enfrentan a la Corona Española.

"Ante estos dos inconvenientes, que le retardaban la concreción de su Plan, la Reina Isabel envía en el año 1492 al marino genovés Cristóbal Colón, para que a través de las Indias Orientales tome contacto con los Príncipes Mongoles, con la finalidad de atacar a los Turcos. De esta manera se lograría debilitar la unión franco-turca, que le impedía llevar adelante sus objetivos.

—Viejo, lo que dices no es lo que aprendí en la escuela, ni se lee en los libros de historia.

—Espera, espera, dame tiempo. ¿Sigo? Colón cree llegar a las Indias Orientales, allí debía cumplir las órdenes de la reina Isabel, pero en realidad hace pie en un Nuevo Continente: América. A partir de este hallazgo, surgirán dos alternativas de la historia, que modifican totalmente el Plan Isabelino. España y Portugal se dedican a profundizar el descubrimiento del Nuevo Mundo y, como contrapartida, Inglaterra los acosará con dos maniobras estratégicas: una Religiosa, que intentará implantar el Protestantismo, como religión y forma de vida, desplazando al Catolicismo; y la otra Militar, la que se desarrolló a lo largo de los siglos, con la conocida forma de guerrilla naval, llamados vulgarmente corsa-

rios y piratas. Estas dos maniobras inglesas tenían una sola, y última, finalidad: el control de los recursos de materias primas.

"Inglaterra, con posterioridad al descubrimiento de América, y aprovechando el dominio absoluto del mar, fue consolidando su imperio mediante el sistema de instalación de colonias; éstas serían sus proveedoras de materias primas, lo que le permitiría conformar su gran poderío mundial. Resumiendo, y a modo de conclusión, podemos decir que fue el choque entre dos civilizaciones: la Española, que era en esencia espiritualista y buscaba establecer a las sociedades conforme a la Doctrina Católica; y la Inglesa, que se destacaba por su pragmatismo, utilizando al hombre sólo con fines utilitarios.

"Es así, que en oportunidad en que pierde su dominio más importante en América, con la independencia de las Colonias del Norte, en el año 1776, y aprovechando la debilidad militar, política y económica de la Corona Española, invade el Virreinato Español en la línea general Buenos Aires-Chile-Perú y más al norte. Con la excusa de apoyar sus respectivas independencias, establecerían una zona de libre comercio, organizada y controlada por la corona británica.

"Apenas iniciada la ocupación de Buenos Aires, y tal su costumbre, no cumplieron con su palabra, traicionaron a sus colaboradores nativos y llevaron a cabo la ocupación territorial. Ante esta situación, un grupo de verdaderos patriotas reaccionó y logró expulsarlos en dos oportunidades."

—Ahora sí estás entrando en temas que conozco.

—Estos fracasos militares, de 1806 y 1807, más el advenimiento de las ideas de independencia con los posteriores acontecimientos de la Revolución de Mayo, la Campaña Sanmartiniana, y la Alianza de España con Inglaterra para enfrentar la amenaza napoleónica, produjeron una pausa en su plan de dominación militar.

"Aprovechando las nuevas circunstancias, adaptaron su Plan incorporándole nuevas y modernas armas para

reforzar la dominación: la desculturización, o sea el reemplazo de los valores espirituales por su materialismo utilitario; el manejo coercitivo de las finanzas; la compra de grandes extensiones de tierra, la corrupción y compra de voluntades; la infiltración de sectas y de ideologías políticas no coincidentes con nuestra idiosincrasia criolla (como el nazismo, el fascismo, el anarquismo, etc.). Conductas impulsadas por sus ya conocidas Logias Secretas y los sumisos colaboradores nativos."

—Papá, es lo que están haciendo ahora; no han cambiado sus métodos.

—¡Es cierto! Así llegamos a la Década del '30. Su nuevo Plan, en ejecución, pretendía: conformar, con las naciones del hemisferio sur (hoy denominadas como Tercer Mundo), una Comunidad de Naciones con su Cabecera de Mando en la República Argentina, pero bajo el control de Gran Bretaña, con la finalidad de establecer una zona de Libre Comercio. Esto último siempre fue su objetivo principal. La Revolución de 1943, su proyección al Pronunciamiento Cívico-Militar del Año 1945 y las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, dieron por tierra con este nefasto Plan, quedando los ingleses sin posibilidades. Aunque continuaron accionando con todos sus medios sobre nuestra Patria.

—Viejo, por lo que estoy escuchando, parece que yo estudié historia en libros de autores ingleses.

—Sobre la nacionalidad de esos autores no podría opinar, pero sí que están vacíos de contenido nacional. Y antes de entrar de lleno en el tema del conflicto en sí, te digo que el sentido de la Gesta del 2 de abril de 1982 va más a allá de la recuperación de nuestro territorio; se concurrió a buscar definitivamente nuestra tan ansiada Segunda Independencia; la que incluye lo Cultural, lo Tradicional, lo Político y lo Económico. Sin dudas, desfigurado y avasallado por los permanentes intentos de dominación. No fue la decisión de un gobierno en particular, sino la de todo el Pueblo Argentino que, sin distinciones, apoyó la Gesta, haciendo gala de un grande y profundo sentimiento. Sabíamos, perfectamente, dónde

estaba el real y verdadero problema. Si los ingleses son coherentes, y lo son, a partir de la Gloriosa Gesta incrementarán su accionar sobre nuestra Patria, pero ahora con métodos mucho más duros, pero sutiles, entre ellos: la droga, el control de la natalidad, el aborto, la esterilización de hombres y mujeres y el dominio de territorios plenos de riquezas, con pretextos ecológicos o indigenistas.

—Viejo, entendí perfectamente esta introducción que me has hecho, te prometo que la profundizaré. Ahora vayamos al conflicto que es lo que me interesa.

—Bueno, voy a dibujar un pequeño gráfico sobre esta servilleta; como ves se parece a un témpano. ¡No te rías! Como todo témpano, éste presenta la característica de que sólo asoma, sobre la superficie, un décimo de su tamaño, el resto está debajo. Existe otro aspecto, que deseo que tengas en cuenta para poder comprender el tema, son los denominados niveles de conducción: el Estratégico, significa todo lo referente a las actividades exclusivamente intelectuales, que es facultad de los más altos niveles de decisión; en cambio el Táctico, además de pertenecer a los bajos niveles de la conducción, son actividades puramente ejecutivas.

"Comenzaré desde el fondo del témpano, con el primero, que es el Nivel Estratégico Político. Dentro de este importante nivel, debo recordarte que llevábamos soportando casi ciento cincuenta años de ocupación inglesa de las Islas Malvinas, pese a los reiterados pedidos por la vía diplomática. En el año 1973, la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, por la Resolución 3160, reitera lo dicho en otras oportunidades, exhortando a ambos países a resolver el litigio. En el año 1975, Gran Bretaña vuelve a negarse a negociar sobre soberanía. En el año 1976, Gran Bretaña califica de estéril la disputa sobre soberanía. A fines del mes de enero se procede al retiro de embajadores de ambos países. Posteriormente, el Comité Jurídico Interamericano, de la Organización de Estados Americanos (OEA), reconoció a la Argentina *"el incuestionable derecho de soberanía sobre las Islas*

Malvinas". Declaración que, posteriormente, hizo suya la Asamblea General de la ONU. Ante esta agotada instancia jurídica (aquí quiero acotar lo que, personalmente, pude observar el mismo día en que reconquistamos las islas; encontré indicios de un posible cambio en su situación de dependencia, probablemente, de un Estado Dependiente a un Estado Independiente aunque Protegido, lo que nos hubiera inhibido en un futuro, de aspirar a su recuperación), a la República Argentina no le quedó otro camino que el de reaccionar militarmente.

"Nuevamente, la violencia moral, soportada durante ciento cincuenta años, daba sus naturales frutos: la violencia física. La Argentina, herida en su honor, se dispone a preparar una operación que era más Política, Jurídica y Diplomática, que Militar, cuyas bases fundamentales eran, y siempre evitando las muertes de ingleses, presionar con un hecho militar a los Organismos Internacionales para que resuelvan urgentemente el conflicto. Sin dudas, partieron de una base falsa, que sostenía que Gran Bretaña no reaccionaría y que los Estados Unidos, por los favores hechos al Gobierno de Reagan, en el apoyo a la lucha contra el terrorismo en Centroamérica, se mantendría neutral."

—Pero viejo, esta equivocación es inadmisible.

—Estoy de acuerdo con vos. Creo que no han tenido en cuenta las alianzas occidentales. ¿Cómo se pretendía que los Estados Unidos permanecieran neutrales y que no concurrieran en auxilio de su Madre Patria? Además, no se tuvieron en cuenta las grandes riquezas de la zona, especialmente en lo que hace al petróleo, la pesca, los minerales estratégicos, los pasos comerciales, la proyección sobre el Continente Antártico y su cercanía con la Patagonia; zona de gran importancia para el futuro de la humanidad. Por lo tanto, era lógico suponer, luego de este análisis, que Gran Bretaña jamás cedería las Islas Malvinas.

—Sigo sorprendido por lo que me decís, no lo puedo creer.

—En este punto encontrás el cincuenta por ciento del

fracaso. Es como si el arquitecto hubiera errado en los cálculos para confeccionar los planos del edificio a construir. A pesar de todo lo que digo, estoy totalmente de acuerdo en haber ido a la guerra; Malvinas, más allá de su recuperación física, significó la posibilidad histórica para lograr nuestra independencia definitiva, algo que nos permitiría manifestar las expresiones nacionales auténticas, referidas a la Historia, a la Tradición, a los Derechos Soberanos y al Honor de la Patria, y a partir de aquí, recuperar la Nacionalidad en su plenitud.

"Ahora continuaremos ascendiendo en este témpano; subimos otro escalón y arribamos al Nivel Estratégico Militar. Las Fuerzas Armadas deben enfrentar dos problemas: el primero se refería al escaso tiempo que se disponía para la planificación, y el segundo, a la excesiva distancia a las Islas, especialmente por los trastornos logísticos que trae esta situación."

—Explicame, ¿qué es la Logística?

—Son todas las actividades que deben realizarse para permitir que funcionen los medios de Combate. Por ejemplo: un avión de combate sale del Continente con sus tanques llenos de combustible (logística); disponen solamente de diez minutos para cumplir su misión sobre las Islas, y regresar. Si se pasa de ese tiempo, corre el riesgo de caer al mar; en ese caso un avión cisterna sale a su encuentro y lo abastece con combustible en pleno vuelo (logística).

"Continúo. Sobre esta base, se establece como fecha para la iniciación de las operaciones, el 24 de mayo, lo que nos permitiría completar la instrucción, perfeccionar los planes, desarrollar una adecuada acción psicológica entre la población; y al mismo tiempo, contar con el factor climatológico en nuestro favor, ya que las posibles acciones inglesas estarían limitadas por las condiciones extremadamente frías, de la región, en invierno."

—Antes de que continúes, contame la historia verdadera de la Empresa que desató el conflicto.

—Esa Empresa, de propiedad del Señor Davidoff, que

había adquirido legalmente los edificios de una planta pesquera en las Islas Georgias, provocó un incidente con las autoridades inglesas, cuando un obrero izó una bandera argentina. Se tomaron represalias contra los integrantes de la empresa y además, provocó una alerta, ante una eventual acción militar Argentina. Ante esta situación y la posibilidad de que los británicos forzaran las Islas, se adelantó la fecha de la operación, trasladándola para el 2 de abril; es decir, se adelanta en cincuenta días, quedando, de esta manera, incompleta la Primera Fase (Recuperación), la que podía solucionarse; pero la Segunda Fase (Defensa) quedó sin su debida preparación. Aquí nos encontramos con el otro treinta por ciento del fracaso...

—Papá, sigo sin creer que todo haya sucedido así; con estas explicaciones, ya llevamos el ochenta por ciento de las causas de la derrota.

—Así es como pasó, Mariano. Las Islas Malvinas jamás fueron consideradas como Hipótesis de Conflicto. No existían planes al respecto. De todas maneras, te seguiré sorprendiendo con mi opinión personal. A pesar de los inconvenientes, había que continuar, tal como se hizo.

—Viejo, mi capacidad de asombro se agotó. ¿Ahora qué sigue?

—Ahora pasaremos al siguiente nivel de conducción, que se denomina Estratégico Operacional. Ya nos encontramos próximos a aflorar en la superficie de este témpano. Al desembarcar el 2 de abril, y a pesar de la exitosa operación, comprobamos inmediatamente que el déficit del ochenta por ciento, producto de la planificación defectuosa en los niveles Estratégicos, dejó a las fuerzas argentinas en una crítica situación militar, imposible de solucionar. Nuestra situación se agrava cuando los Estados Unidos, en principio, le otorgan a Inglaterra el libre empleo de la Isla Ascensión, solucionando sus inconvenientes de logística, y más tarde, cuando junto a la OTAN y Chile, se inclinan abiertamente en su favor. Esto les facilitó la concreción de una Operación pura-

mente Militar, en contraposición a la nuestra, que si bien había nacido Política, improvisadamente se la había transformado en Militar.

"Por todo ello, nos encontramos de repente bloqueados totalmente y rodeados de barcos, submarinos, aviones ingleses, más los satélites estadounidenses. Esta ingrata situación provocó en los mandos desde el Continente, la pérdida de la Unidad de Comando; cada Fuerza comenzó a preocuparse por sus propias acciones; y segundo, asomó el fantasma de la improvisación; grave en cualquier caso, pero mucho más en una guerra. Aquí debes agregar un quince por ciento más al fracaso."

—Con esos detalles, me doy cuenta de la manera en que se trataron estas cosas. Por favor, come tu postre, mientras hablo. No entiendo por qué se engañó a la opinión pública con información falsa. Nosotros, desde aquí, creíamos que estábamos ganando la guerra. ¿No hubiera sido mejor haber explicado la verdad, con los términos sencillos con los que vos me estás relatando los hechos? Creo que todos los ciudadanos lo hubieran comprendido.

—Creo que ha sido consecuencia de la inexperiencia en situaciones de guerra. Evidentemente se pretendió animar a la población. Pero, es cierto lo que decís; esta suma de mentiras provocó desilusión, ira y pesimismo entre la población. Ése es el principal punto que facilitó, a los sucesivos gobiernos, llevar adelante la desmalvinización, ordenada por Inglaterra y fielmente ejecutada por la mayoría de los políticos y los agentes ingleses locales.

"De todas maneras, te insisto que la Gesta de Malvinas debe ser contemplada desde el punto de vista Espiritual. Nos hemos enfrentado directamente al poder mundial. Todos los argentinos, y especialmente en Iberoamérica, han valorado esta dimensión.

"¡Ahora sí! Agregamos al dibujo del témpano, lo que asoma, lo que se ve; ahora nos referimos al Nivel Táctico. Es lo que la gente vio y criticó. Esa gran cola

deficitaria, que arrastrábamos, trajo como consecuencia principal una escasez de medios logísticos; aspecto agravado por el difícil terreno que nos impedía movernos; la artillería inglesa, cuyos fuegos nos aplastaban día y noche, y la superioridad aérea británica que controlaba las posiciones, trajeron como consecuencia un gran desgaste psico-físico, en general, y la imposibilidad de darle una victoria a las armas de la Patria."

—Todo lo que me contás, sin saberlo, lo intuía desde el primer día del desembarco. Ahora, la historia se aclara plenamente.

—La única manera de salir de esta encrucijada es, a partir de hoy, dejando de lado los errores militares, levantando las Banderas de Malvinas, en su sentido filosófico, moral, ético e histórico, para poder comprender el espíritu de la lucha. No debemos capitular ahora; el Pueblo Argentino debe adherir a este sentimiento; espero que los políticos de turno no conduzcan esta derrota para su beneficio.

—Viejo, una última inquietud. ¿Es posible, además, que la Guerra haya sido provocada por los Comandantes del Proceso para consolidar su poder?

—Es común que en los grandes acontecimientos de la historia universal se hayan mezclado las grandezas con las miserias humanas. Que existieran esas intenciones secundarias no empaña el sentido primario de la Gesta. También, ese argumento podría ser aplicado a las actitudes de la señora Thatcher; Inglaterra estaba sosteniendo una verdadera crisis política y económica, y se agotaba su proyecto neoliberal.

—¡Oh! Mi reloj marca las tres; la vieja debe estar preocupada.

EPISODIO 54

"POR EXIGENCIA DE LOS GENERALES, DEBO RELEVARLO"

A partir del momento en que recuperé la Sagrada Imagen de la Virgen de Fátima, no me separé en ningún momento de ella. Con un grupo de camaradas de armas acordamos que, el mismo día de nuestro arribo a Buenos Aires, concurriríamos al Instituto Fátima para entregarla, personalmente, a la Hermana Pilar Bañares. Ella había sido la responsable de la iniciativa de enviarla a las Islas Malvinas.

—Mi Teniente Coronel, lamento informarle que no podremos acompañarlo al Instituto Fátima, en nuestra Unidad nos dieron un plazo de doce horas para entregar todas nuestras pertenencias y retirarnos en uso de licencia, hasta nuevas órdenes. Me llamó la atención la forma con que nos trataron, prácticamente nos expulsaron —comunicó, telefónicamente, el Mayor Villarruel, bastante preocupado por esta medida imprevista.

—No se preocupe, Eduardo, ya veré cómo lo soluciono, la Hermana Pilar me está esperando para recibir la Imagen.

Aseguré el envoltorio con que la recibí de manos del Soldado Zalazar, tomé la Imagen de la Virgen y salí a la calle; detuve el primer taxi que pasaba y me dirigí al Instituto Fátima. Al llegar y en el momento en que descendía del vehículo, pensando que la entrega se haría en forma sencilla y personal, me sorprendí al ver que todos los integrantes del Instituto, y del Colegio, maes-

tros y alumnos, se encontraban formados en doble fila, flanqueando el camino que terminaba en la misma Capilla.

—Teniente Coronel Seineldín, le doy la bienvenida.

—Hermana Pilar, muchas gracias por haberme enviado tan importante Presencia. Usted no tiene idea de lo que sufrí por la tenencia de esta Imagen. Por momentos pensé que jamás la podría restituir.

—Créame, Teniente Coronel, que nos costó decidir su envío a las Islas Malvinas, pero le aseguro que, cuando el Instituto lo decidió, estábamos seguras de que los protegería; que usted y su Regimiento 25 la cuidarían y la regresarían, tal como se produce en este momento —con suavidad en su voz, la Hermana logró emocionarme.

—Hermana, lamento por la forma en que trasladé la Imagen, en un taxi, no acorde a la solemnidad del recibimiento que su Instituto y el Colegio me hicieron. No me imaginaba esta recepción.

—Teniente Coronel, no se preocupe; por la forma en que la vi actuar durante estos años, le aseguro que a Ella le agrada todo lo sencillo.

Una vez reunido todo el Colegio de Señoritas en la Capilla del Instituto, fui invitado por la Hermana Pilar para dirigirme a las alumnas. Les transmití todos los favores que recibí en la guerra. Las preguntas fueron interminables; mis contestaciones, expuestas con sencillez, refirieron fielmente mis vivencias. Doblando cuidadosamente la manta con que la había envuelto, me despedí; dejaba a la Madre en su casa; me encaminé hacia la salida dando gracias por su protección y feliz por haberla podido retornar personalmente.

—Hay una visita sorpresa para vos —me anunció mi esposa al arribar a mi domicilio.

—¡Padre Jorge! Es un gusto volver a verlo. Muchas gracias por su visita —al padre le debía su asistencia espiritual, y su colaboración, junto al Padre Petitti, para el fortalecimiento del nivel religioso del "25".

Mientras conversábamos animadamente con el Padre Jorge, sonó el teléfono.

—Habla un Suboficial Mayor, Encargado de la Secretaría del Comandante en Jefe del Ejército, General Nicolaides —me indica mi esposa.

—Parece una broma —me resultaba muy raro que el Comandante en Jefe se comunicara conmigo.

—Mi Teniente Coronel Seineldín, el Comandante en Jefe del Ejército quiere hablar con usted.

—Teniente Coronel Seineldín, le hablo personalmente, para comunicarle que, por exigencia de los generales, debo relevarlo. Conozco el buen desempeño del Regimiento 25, pero no me quedó otro camino que el de decidir su relevo —dijo el general Nicolaides.

—Mi General, le informo que no me afecta y lo acepto. Desde el primer momento en que supe que sería el único Jefe que continuaría en sus funciones, me sentí incómodo, en razón de que todos mis camaradas Jefes de Unidades cumplieron correctamente con su misión —le respondí.

Ante esta contestación, que creo que él no esperaba, me dijo:

—De todas maneras, sepa que lo voy a condecorar por su desempeño.

—Mi General, le ruego que no lo haga, pues si recibo alguna condecoración, correré el riesgo de caer en la soberbia; mi obligación moral es la de seguir trabajando por la Patria y el Ejército; una condecoración significa que la tarea ya fue acabada, y no es así; ahora me impulsan los espíritus de todos los camaradas que dejaron su vida en el campo de combate.

—De todas maneras, una vez que entregue el Regimiento 25 de Infantería, al nuevo Jefe designado, lo integraré a un Equipo de Trabajo para que, sobre la base de las experiencias obtenidas en la guerra, reorganicemos y revitalicemos el Ejército.

—Esa tarea me agradará, mi General; estoy con ganas y fuerzas para abocarme de lleno.

El Padre Jorge y mi esposa, que habían seguido atentamente la conversación, me miraron en silencio y con cierta consternación en sus rostros.

En horas de la tarde, los diarios anunciaban la noticia de mi relevo del Regimiento 25 de Infantería, juntamente con el retiro del Ejército del General Don Osvaldo García, recordado ex Comandante del Teatro de Operaciones de la Operación "Virgen del Rosario". El general pidió su pase a retiro al enterarse de mi relevo; él habia recibido la promesa de mi continuidad, y así me lo transmitió cuando regresé al Continente. Ante este incumplimiento, por parte de la Superioridad, y haciendo una cabal demostración del honor y la ética, adoptó esta resolución.

—¡Qué extraña, e interesante, ha sido tu relación con el General García! Comenzaron muy mal y ahora él se va a retiro por vos —fue la reflexión de mi esposa.

EPISODIO 55

"ME FUI, COMO QUIEN SE DESANGRA"

Al llegar a la ciudad de Sarmiento, con la finalidad de hacer entrega del Regimiento 25 de Infantería al Jefe designado, me recibió el nuevo Comandante de la Brigada Novena, el General Don Teófilo Saa, quien había reemplazado al General Daher.

—Seineldín, en el lapso de una semana deberá entregar el Regimiento al nuevo Jefe. Le ruego que el traspaso se haga en orden. Recuerde que nos conocemos desde mucho tiempo —esta expresión no estaba acorde al léxico militar que se usa para estas circunstancias.

—Mi General, me sorprende un poco la forma como usted se expresa.

—Mire, Seineldín, entre los Generales hay mucha desconfianza de los que regresaron de la guerra. Existen temores.

—Mi General, usted me conoce desde hace mucho tiempo. Desde que ingresé al Ejército he tenido el mismo comportamiento. ¿Qué sospechan de mí? Yo fui a la guerra cumpliendo una orden superior, y regresé con la misión cumplida y héroes para la historia del Regimiento. ¿Cuál es la preocupación de los Generales?

—No se intranquilice, yo confío totalmente en usted.

—Mi General, ahora me doy cuenta del porqué del relevo urgente de todos los Jefes de Unidades y el recibimiento penoso que nos hicieron.

Tuve la triste sensación de la traición, lo que me trastornó realmente. A partir de ese momento comencé a

experimentar un estado psicológico distinto. Sospeché que la conversación telefónica con el General Nicolaides era parte de una puesta en escena.

Después de finalizar las actividades del traspaso del mando, y despedirme de la Guarnición Militar y de los queridos amigos de Sarmiento, a punto de iniciar el viaje hacia la ciudad de Comodoro Rivadavia, me sorprendieron los sones de la Banda de Guerra del Subteniente Batalik. En ambos lados de la calle se habían agrupado algunos ciudadanos de Sarmiento, Jefes, Oficiales, Suboficiales y Soldados, que me dieron su despedida con un cerrado aplauso. Con mucha emoción, bajé del vehículo y los fui saludando uno por uno. Al final de la columna, me esperaba el vehículo con mi esposa, la que observaba con emoción esta afectuosa demostración.

Mientras el vehículo se alejaba, mi rostro se cubrió de sentidas lágrimas. Mi esposa, disimulando, observaba por la ventanilla y, casi dándome la espalda, permitió que me desahogara de tanto dolor, emoción, afectos y recuerdos.

—Gracias, Madre, por haberme permitido participar de esta página de gloria del querido Regimiento, que ha honrado su historia con la memoria de sus héroes —fui recreando sus rostros, en la infinidad del paisaje sureño, como para apostarlos allí, para su custodia hasta la eternidad.

Recordé las últimas palabras del *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes, que tantas veces leí en mi juventud, y que no había logrado interpretar en su plenitud, hasta ese preciso momento: "Me fui, como quien se desangra".

ANEXO DOCUMENTAL

P.D. El sobre que utili... esta carta era el us... autoridades británicas ... pondencia oficial.

By air mail
Par avion

Señor Administrador Gene...
Coronel (R) Ing. N...
Palacio Cen...

de mi mayor consideración.

Como ya le informara oficialmente, en la fecha hemos habilitado la radio postal Islas Malvinas, creada por Ud. mediante Resolución Nº 515. No quiero dejar de expresarle el inmenso orgullo por el privilegio de tan honrosa distinción, que como argentino siento hasta lo más profundo de mi ser.

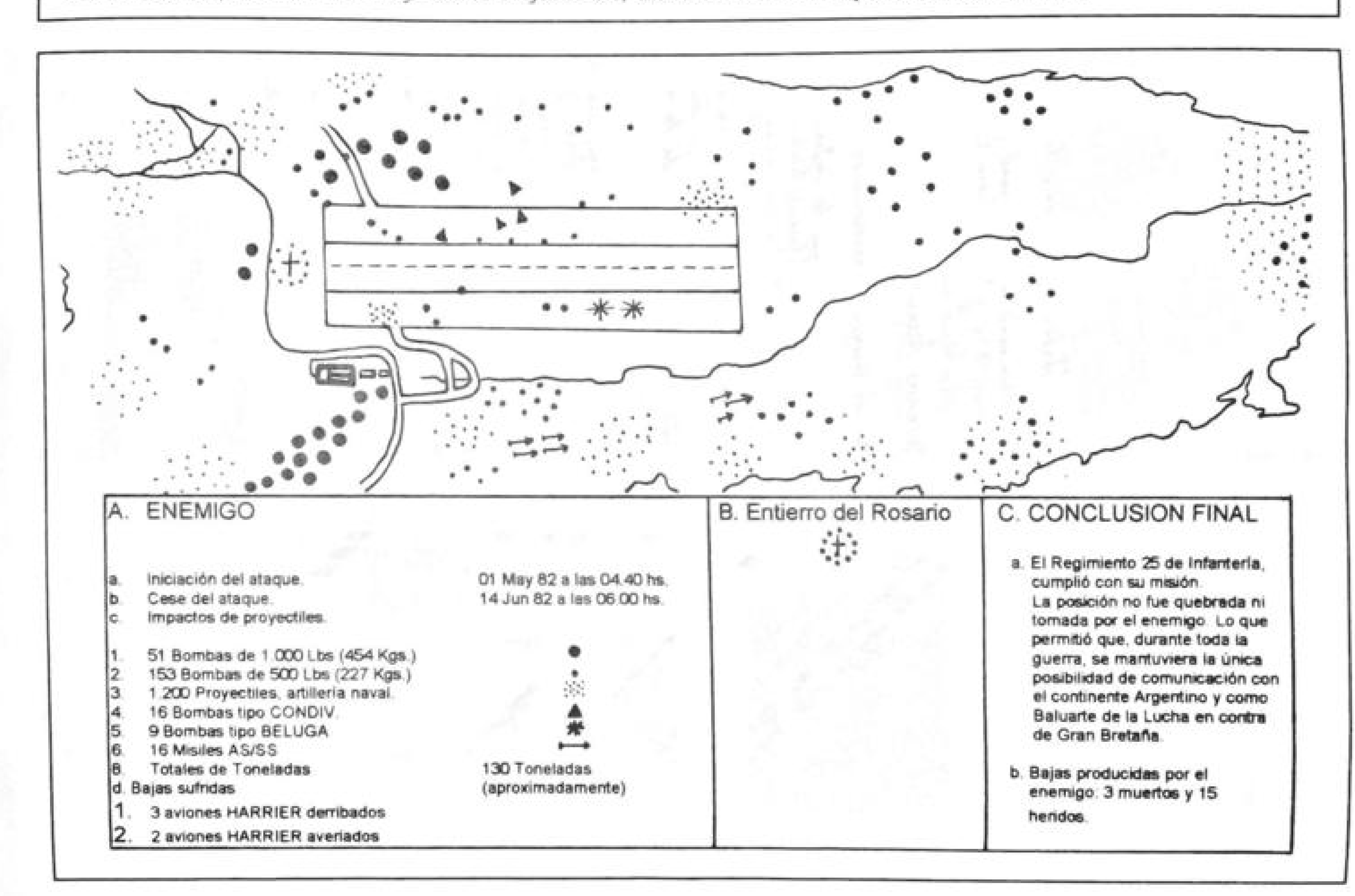
A primera hora, cuando estaba colocando las escarapelas gigantes con los colores patrios y pintaba el cartel con la leyenda de nuestra empresa, me sostenía la escalera un tremendo soldado, el Teniente Coronel Mohamed Alí Seineldín, que usted tuvo bajo su mando y que me encargó muy especialmente le hiciera llegar su afectuoso saludo.

Señor Coronel, permítame despedirme de usted con un abrazo.

Atte E. H. Caballero

Primera carta enviada desde Malvinas por el Sr. E. H. Caballero al administrador general de la Encotel según lo relatado en el episodio 26.

Croquis de Impactos recibidos en la posición "Virgen de las Victorias" (aeropuerto). Ocupada por el RI 25 (Ca FFAA y 1 Secc As ARA), desde el 01 mayo 82 al 14 junio 82, durante el conflicto por las Islas Malvinas



4. Tactica

F: 5%

3. Estr. Op.

F: 15%

2. Estr. Mil.

Sin Hip. Confl.

F: 30%

1. Estr. Pol.

Desconoc. total del tema.

F: 50%

Dibujo realizado en la servilleta descripta en el episodio 53.

Trabajo: 09

PLANILLA SINTESIS DEL CONFLICTO DEL ATLANTICO SUR

N-	Nivel Cond	Situac Planteada	Proceder Argen.	Errores Argentino	Definic. Pers	Opinion Pers.
5	General	POST-GUERRA Acceso GB con apoyo local para la desmalvinizac.	En silencio el pueblo Argentino guarda el Sentimiento	1. Aceptar la DESMALVINIZAC	Traición a la Patria	Lo rechazo.
4	Táctico Militar	Pers: desgaste. Medios: escasos por bloqueo. Terreno: muy dicil.	Rens sin posibilibilidad de maniobrar.	Escasa preparación de la Opinión Publica. **Fracaso: 5%**	Agotamiento	Estoy de acuerdo de haver resistido hasta el final
3	Estr-Oper.	a. Islas Malvinas rodeadas. b. Apoyo de USA y NATO. c. GB resuelve problema de la destancia (Ascensión). d. Op Mil - pol - jur - dipl.	Gran Esfuerzo Aéreo.	a. Perdida de la Unidad de Cdo. b. Improvisación. c. Fracaso: 15%	Sin Doctrina Conjunta.	Habia que resistir, tal como se hizo.
2	Estr-Mil.	a. Escaso tiempo de Planificación b. Excesiva distancia.	a. Recuperación para el 24 mayo: -Imponerles el invierno. -Complet Instruc de Soldados.	a. No habia HHCC. b. Problema en las Giorgias: -Adel FJ: 50 d. -Sin Planes F2. c. Fracaso: 30 %	Sin Planes.	A pesar de los inconvenientes, habiá que continuar.
1	Estr-Pol.	a.1973:Resol 3160 de la ONU (descolonización) b. 1975:GB se niega. c. 1976: se retiran Embajadores, OEA establece Soberania sobre Islas M. d. 1982:Cambio de sit. de dependencia. (Estado Indepen.)	a. Op.POL -jur - dipl - mil. 1) Argumento: GB se adaptaria y no reaccionaria.	a. No conocían las Alianzas Occidentales de la II GM. -Riquezas enormes. b. Fracaso: 50%	Desconocimiento total por parte de los reponsables, sobre el tema.	A pesar de estos errores estoy de acuerdo en razón de que Malvinas significó la posibilidad Histórica para manifestar las Expresiones Nacionales Auténticas referidas a la Historia, a la Tradición, a los Derechos Soberanos y al Honor de la Patria, y a partir de aquí recuperar a la Nación Argentina.

POR DIOS Y LA PATRIA

~~Por: Mohamed Ali Seineldin~~

Gráfico correspondiente a las operaciones narradas en el episodio 53.

ÍNDICE

Composición de originales
Gea XXI

Esta edición de 5.000 ejemplares
se terminó de imprimir en
Indugraf S. A.,
Sánchez de Loria 2251, Buenos Aires,
en el mes de mayo de 1999.

Otros títulos de Editorial Sudamericana

1093 TRIPULANTES DEL CRUCERO ARA GENERAL BELGRANO. Testimonio y homenaje de su Comandante.
Héctor E. Bonzo

LOS CIEN DÍAS. Las memorias del Comandante de la flota británica durante la guerra de Malvinas.
Almirante Sandy Woodward

ILUMINADOS POR EL FUEGO. Confesiones de un soldado que combatió en Malvinas.
Edgardo Esteban y Gustavo Romero Borri

MALVINAS. Testimonio de su Gobernador.
Carlos M. Túrolo

MALVINAS. Ésta es la historia.
Nicanor Costa Méndez

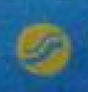
MALVINAS, LA DEFENSA DE PUERTO ARGENTINO.
Oscar Luis Jofre y Félix Roberto Aguiar

LOS AÑOS DE DOWNING STREET
Margaret Thatcher

LA GUERRA SECRETA POR LAS MALVINAS. Los exocets y el espionaje internacional.
Nigel West

Mohamed Alí Seineldín

MALVINAS, UN SENTIMIENTO



RESPALDO
BACKUP

: : : : INFOANALISIS : : : :
NSRARG.TK
NSRARG.BLOGSPOT.COM
SITES.GOOGLE.COM\SITE\NSRARG

- - - - - - - VARIADOS - - - - - - -
ARCHIVOS Y RESPALDOS
ARCHIVO-NSRARG.BLOGSPOT.COM